

TEORIZANDO SOBRE  
LA REVOLUCIÓN MEXICANA  
INTERPRETACIONES  
DE SUS HISTORIADORES Y CRONISTAS

JUAN GÓMEZ-QUIÑONES



**Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México**

**Secretaría de Educación Pública**





TEORIZANDO SOBRE  
LA REVOLUCIÓN MEXICANA  
INTERPRETACIONES  
DE SUS HISTORIADORES Y CRONISTAS



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Secretario de Educación Pública  
Emilio Chuayffét Chemor

Subsecretario de Educación Superior  
Efrén Rojas Dávila



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Directora General  
Patricia Galeana

Consejo Técnico Consultivo  
Fernando Castañeda Sabido

Luis Jáuregui  
Álvaro Matute  
Érika Pani

Ricardo Pozas Horcasitas  
Salvador Rueda Smithers  
Adalberto Santana Hernández

Enrique Semo  
Mercedes de Vega Armijo  
Gloria Villegas Moreno

TEORIZANDO SOBRE  
LA REVOLUCIÓN MEXICANA  
INTERPRETACIONES  
DE SUS HISTORIADORES Y CRONISTAS

JUAN GÓMEZ-QUIÑONES

María Rosa García  
*Traducción*



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA  
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

México, 2015

F1234

G65

2015 Gómez-Quiñones, Juan

*Teorizando sobre la Revolución Mexicana* / Juan Gómez-Quiñones. —  
México, D.F. : Secretaría de Educación Pública : Instituto Nacional de  
Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2015  
224 páginas

ISBN: 978-607-9419-16-5

I. México – Historia – Revolución, 1910-1920 – Filosofía. I. t. II. ser

D.R. © Primera edición, INEHRM, 2015.

ISBN: 978-607-9419-16-5

D.R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México (INEHRM)  
Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,  
Del. Álvaro Obregón, México 01000, D. F.

[www.inehrm.gob.mx](http://www.inehrm.gob.mx)

Queda prohibida la reproducción, publicación, edición o fijación material de esta obra en copias o ejemplares, efectuada por cualquier medio ya sea impreso, fonográfico, gráfico, plástico, audiovisual, electrónico, fotográfico u otro similar sin la autorización previa del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, titular de los derechos patrimoniales.

*Impreso y hecho en México*

# CONTENIDO

## PRESENTACIÓN

Patricia Galeana . . . . .	11
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO	
EL TEMA . . . . .	17
MOVIMIENTOS . . . . .	19
PALABRAS . . . . .	26
TEORIZANDO . . . . .	31
EL ESTADO/CIRCUNSTANCIAS . . . . .	35
CUATRO EXPLICACIONES . . . . .	39
LA REVOLUCIÓN MEXICANA COMO PROCESO . . . . .	51
Condiciones contextuales . . . . .	51
Programas . . . . .	53
La contrarrevolución . . . . .	64
Economía cultural . . . . .	66



EL PROCESO DE 1899-1940 .....	71
Puntualizaciones económicas, políticas y culturales .....	71
Fases cronológicas de asuntos políticos, culturales y económicos: .....	72
I. 1890-1900 .....	72
II. 1910-1913 .....	79
III. 1913-1914 .....	83
IV. 1914-1916 .....	84
V. <i>La asamblea co-nacional (1917): las luchas, el botín,         las ganancias y ganadores divididos</i> .....	86
VI. 1919-1940 .....	90
VII. 1934-1940 .....	98
SECTORES Y ACTORES ESPECÍFICOS .....	105
Las mujeres .....	106
Las élites/la clase media .....	108
Obreros .....	110
Los indígenas .....	113
Las fuerzas armadas .....	115
Muchos ángeles, presentes y de pie .....	117
PATRONES AMPLIOS DE PARTICIPACIÓN	
NO PARTIDARIA/IDEOLÓGICA .....	121
El rol del fuereño dentro del país y los intereses de Estados Unidos .....	123
EL APARATO TRANSFORMADOR DEL ESTADO Y EL GOBIERNO CLASISTA: OBJETIVOS, FASES Y DESENLACES .....	131
NEGACIONES .....	138
UN PARADIGMA INCLUYENTE: LA TESIS DE REGENERACIÓN NACIONAL .....	149
Temas que se entretajan .....	154

<i>Género/sexualidad</i> . . . . .	156
<i>Sexualidad</i> . . . . .	159
<i>Violencia</i> . . . . .	159
<i>Raza/racismo</i> . . . . .	160
<i>Clase</i> . . . . .	163
<i>Etnias/eticismos</i> . . . . .	166
<i>Los religiosos</i> . . . . .	169
<i>Hegemonías</i> . . . . .	171
<i>Lo nacional</i> . . . . .	173
<i>Lo ideológico</i> . . . . .	178
<i>Lo demográfico y lo espacial: gente y espacio</i> . . . . .	181
<i>Lo extranjero y lo trasnacional</i> . . . . .	183
<i>Cultura, el megatema</i> . . . . .	185
<i>Singularidades, elementos comunes y sumas</i> . . . . .	191
CONCLUSIÓN . . . . .	202
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	205





## PRESENTACIÓN

**E**n la abundante historiografía que existe sobre la Revolución Mexicana, son pocos los intentos de su teorización. El doctor Juan Gómez-Quiñones, con base en las diversas interpretaciones que se han hecho sobre los procesos revolucionarios, hace un análisis teórico y metodológico sobre las revoluciones sociales en general y sobre el movimiento mexicano en particular. Su objetivo es “contribuir a explicar el multifacético fenómeno histórico de revolución social” y dilucidar cuestiones que considera pendientes.

En la primera parte de la obra, el doctor Gómez-Quiñones hace un estudio riguroso y sintético de las diversas interpretaciones que se han hecho de la Revolución Mexicana y señala sus deficiencias. Destaca que a la amplia historiografía de las revoluciones se han sumado estudios comparativos que han permitido analizar sus similitudes y especificidades. Incorpora en su análisis aspectos que antes no habían sido considerados o que se habían tratado tangencialmente, como son las cuestiones raciales y de género. De acuerdo con el autor “un pronunciamiento comprensivo sobre una revolución debe considerar a las múltiples bases sociales, así como a las estructuras culturales, y no sólo a los protagonistas y eventos políticos claves”.

El historiador define a la revolución en México “como un proceso dinámico desarrollado en diversas etapas durante más de treinta años” (1900-1940). Afirma que si bien “las fuerzas determinantes están culturalmente arraigadas y relacionadas con el poder [...] deben examinarse los aspectos sociales y culturales a la par de los políticos”.

Gómez-Quiñones nos propone revisar y ampliar las interpretaciones que se han hecho sobre la Revolución. Muestra cómo la mayoría de los estudios sobre este periodo han omitido o menospreciado la modernización previa a 1910, así como las tradiciones y patrones de resistencia a la modernización, no sólo en el territorio nacional, sino en las regiones fronterizas de Nuevo México, Arizona y Texas.

Nuestro autor considera que no se ha dado suficiente atención a la agitación ideológica previa y posterior a 1910, ni a la resistencia de los trabajadores antes, durante y después del periodo revolucionario. Que también se ha subvalorado la participación de las mujeres y de los pueblos indígenas y se han pasado por alto las identidades de género, de raza, de clase e ideológicas de los participantes. Piensa asimismo que se ha comprendido poco el impacto negativo de los poderes extranjeros sobre el curso de la Revolución.

El historiador clasifica a los estudios sobre la Revolución Mexicana en cuatro grupos: 1) los dedicados a la crisis política del Estado; 2) a la economía capitalista, la agrícola y la agrarista; 3) a la dependencia y desarrollo estructural desigual; y 4) a la indignación moral. Después de señalar las principales argumentaciones de cada uno de estos grupos, concluye que son insuficientes, pues no bastan “para comprender el proceso revolucionario antes de 1910 ni el multifacético proceso transformativo que culminó después de 1920 y determinó el alcance de los cambios sociales pretendidos. Ignorar la gestación de la revolución, o descartar sus orígenes como simples ‘precursores’, significa despreciar a los primeros impulsores y a la importancia de la disensión urbana y rural”.

Don Juan utiliza el modelo de análisis e interpretación que define como paradigma incluyente, que abarca los temas de género y

sexualidad, la violencia, la raza, la clase social, las etnias, los grupos religiosos, las hegemonías, lo nacional, lo ideológico, lo demográfico y espacial, lo extranjero y trasnacional, y la cultura.

Desde esa perspectiva integral, analiza los programas políticos, la contrarrevolución y lo que denomina economía cultural. Agrupa a los acontecimientos políticos, económicos, sociales y culturales en etapas cronológicas, de 1899 a 1940.

Profundiza en los temas que han sido tratados de manera insuficiente en la historiografía de la Revolución Mexicana: las luchas de las mujeres, las élites y clases medias, los obreros, los indígenas, las fuerzas armadas, los extranjeros, así como la participación no partidaria o ideológica, el papel de los Estados Unidos y la actuación del Estado. Descalifica a los autores que aseguran que no hubo una revolución, sino que se trató simplemente de una gran rebelión, con el argumento de que no se dieron cambios sustanciales en la economía y la sociedad.

Quien también se ha distinguido como luchador social concluye: “La mexicana fue la más temprana de las revoluciones sociales de gran alcance del siglo XX. Duró largo tiempo y tuvo un altísimo costo material y de vidas humanas. Exhibió algunas similitudes con las revoluciones que vendrían después, pero también muchas diferencias. Fue un *proceso* complejo y multifacético que involucró a diversos sectores, grupos, clases y líderes con una multiplicidad de objetivos”.

La obra no sólo nos ofrece una sólida argumentación teórica y metodológica, sino que nos da la perspectiva de historia comparada. Contrasta lo que ocurrió en este periodo de nuestra historia con lo acontecido en otras revoluciones modernas consideradas paradigmáticas: la francesa, la rusa y la china.

En sus reflexiones queda de manifiesto la solidez de los puntos de vista del autor, con un uso riguroso de las fuentes y categorías, que se han empleado indiscriminadamente en los estudios históricos de este proceso de la historia mexicana. Como es el caso del concepto mismo de *revolución*, de *movimiento social*, de *ideología*, de *hegemonía*, de *sub-alternidad*, entre otros.

Otra de las aportaciones del texto es la exhaustiva bibliografía teórica e histórica que presenta en su aparato crítico, de gran ayuda para quienes quieran conocer y profundizar en los diversos temas que va desarrollando a lo largo de sus páginas.

En suma, la investigación de Juan Gómez-Quiñones es una importante contribución a la reflexión sobre la Revolución Mexicana, novedosa, original y rigurosa, que obliga a repensar lo que se ha escrito desde hace décadas sobre el proceso revolucionario.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) se congratula en publicar esta obra valiosa para los estudiosos de la revolución que forjó al México del siglo XX.

PATRICIA GALEANA

*Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México*



*Para las hijas y los hijos de Parral  
de esas décadas*





Los modernos procesos de cambio social en los albores del siglo XX tuvieron un enorme impacto y profundas consecuencias para México, un país con gran población, una economía productiva y una vasta extensión territorial. Sus secuelas en México sacudieron luego a otras naciones del continente americano e incluso a comunidades mexicanoamericanas en la frontera norte y más allá.<sup>1</sup> Los mexi-

<sup>1</sup> Para narrativas históricas amplias sobre México al final del siglo XIX e inicios del XX, véanse Daniel Cosío Villegas (ed.), *Historia moderna de México*, y José C. Valadés (ed.), *Porfirismo, historia de un régimen*. Sobre los cambios sociales del siglo XX medidos por indicadores estadísticos: James Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditures and Social Change*, y James W. Wilkie (ed.), *Society and Economy in Mexico*. Existen varios ensayos disponibles que reseñan la literatura del Porfiriato tardío y de la Revolución Mexicana, véase también Álvaro Matute, et al., *Memoria del Simposio de Historiografía Mexicanista*, y Paul J. Vanderwoud, “Re-surveying the Mexican Revolution”, en *Mexican Studies*, V. 5, invierno de 1989. Sobre corrientes historiográficas alrededor de los años noventa véase *Hispanic American Historical Review (HAHR)*, mayo de 1999; Allen Wells, “Oaxtepec Revisited: The Politics of Mexican Historiography, 1968-1988”, en *Mexican Studies*, V. 7, verano de 1991; Eric Van Young, “To See Someone not Seeing: Historical Studies of Peasants and Politics in Mexico”, en *Mexican Studies*, V. 6, 1990, y Alan Knight, “Patterns and Prescriptions in Mexican Historiography”, en *Bulletin of Latin American Research*, V. 25, 2006. Las revistas *Mexican Studies* y *HAHR* analizan la literatura periódicamente. Para un análisis actualizado de

canos experimentaron una prolongada transformación de grandes proporciones. Vertiginoso al principio, el proceso de cambio se llevó a cabo en un periodo de transición que duraría más de tres décadas. Este fenómeno de dramática transformación lo conocemos como la Revolución Mexicana (en adelante RM). Este término incluye las acciones ocurridas entre 1900 y 1940 y a sus protagonistas, quienes transformaron el Estado, la economía y la sociedad existentes. Esta afirmación resalta los temas principales de este ensayo: ¿cuál fue la realidad, amplitud y contingencia de un proceso que ocurrió hace más de cien años pero que trascendió a lo largo del siglo XX? Mientras la Revolución Mexicana experimentaba su gestación socioeconómica, las de Rusia y China vivían la suya, pero su detonación política fue la primera de las revoluciones del siglo XX, y fue la primera revolución social en transitar hacia una fase posrevolucionaria antes de la Segunda Guerra Mundial.

En realidad, la RM es una expresión importante del fenómeno moderno referido como revolución social, porque delineó los patrones definitorios de este concepto antes de que los historiadores o teóricos elaboraran estudios comparativos de revolución social. Pero los académicos no están aún de acuerdo en su composición social y en sus consecuencias culturales; es más, las generaciones jóvenes de mexicanos tienen visiones contradictorias sobre la relevancia histórica de la Revolución. Aunque siguen apareciendo detallados estudios monográficos de la RM al lado de obras generales, son pocos los intentos por teorizar sobre ella. Utilizar la teoría amplía los múltiples acercamientos pedagógicos al estudio de la Revolución como fenómeno de acelerado cambio social y no como conmemoración anecdótica.

Este ensayo estudia a la RM desde una perspectiva teórica y está influido por escritos e interpretaciones anteriores a ese movimiento de cambio social —que surgió de conflictos políticos y transformaciones económicas— pero su alcance es mayor, su perspectiva tem-

---

contención y negociación en la política mexicana del siglo XX, véanse Heather L. Williams, *Social Movements: Markets and Distributive Conflict in Mexico*, Cambridge, y Norah Hamilton, *Mexican Transitions: Contemporary Challenges, Lasting Legacies*, Oxford.

poral más larga, y tiene un énfasis más analítico que otros escritos sobre esta revolución. En lugar de una narrativa lineal —de orden principalmente cronológico— como la realizan casi todos los estudios de la RM, el ensayo está organizado a lo largo de las líneas de análisis crítico del contexto económico, las generaciones de líderes y los sectores sociales. Además, estimulado por los desenlaces visibles de otras revoluciones del siglo XX, mi intención es contribuir a explicar el multifacético fenómeno histórico de revolución social cuyos hilos, cabos sueltos y nudos los historiadores continuamos intentando dilucidar, ya sea enfocado en México o en otro lugar. El caso mexicano es necesario para estudiar las revoluciones tal y como transcurrieron —no imaginadas—, retomando historiográficamente las obras clásicas de la Revolución Francesa.

## MOVIMIENTOS

Aunque los movimientos sociales y las revoluciones sociales parezcan intrínsecamente enlazados en la historia, en realidad son distintos. Los primeros son el producto activo, social y colectivo de seres humanos que buscan el cambio social y responden al mundo que les rodea según sus formas de vida, mentalidades y patrones culturales. En la historia política, este tema no se limita a antecedentes y consecuencias, porque las preguntas significativas se refieren a transformaciones fomentadas y anticipadas durante muchos años, y reflejadas en las características generales de una movilización popular que aboga por cambios cívicos y sociales. Múltiples preocupaciones, intereses, variedad de prácticas y, lo que es más importante, alcance y amplitud de la movilización denotan un movimiento social. Conforme aumenta, este fenómeno social emergente puede tomar varias —incluso opuestas— direcciones, integrantes de una totalidad ideológica, definitoria y cohesiva según lo determinado por los participantes. Ciertamente, las transiciones del movimiento pueden llevar a éste más allá de su proceso e identidad original. En algunos casos, los movimientos sociales han antecedido a revoluciones sociales, pero también es posible

que uno o más se desprendan de una revolución multifacética. En el caso mexicano hubo, sin duda, una movilización amplia y específica con objetivos articulados, transiciones y transformaciones. Dadas las múltiples actividades, varias preguntas surgen: ¿fue la RM un levantamiento partidario, una movilización para lograr una constitución política, una revolución radical en sus demandas económicas y culturales, o un amplio movimiento social polifacético de alcance nacional? ¿Su naturaleza cambió en diferentes momentos del proceso? ¿Fue la movilización cambiando en diferentes momentos durante el proceso? Porque la misma movilización y lo que ésta hace son analíticamente importantes. Allí subyacen las cuestiones sociales pertinentes de los participantes quienes generan, forman o se oponen a la movilización.

En algún momento, y en cierta medida, los agraviados, disidentes u opositores que confrontan al *statu quo* se comunican rudimentariamente y empiezan a actuar —tenuemente— en común, fusionando un movimiento social. Las consecuencias de sus actos plantean desafíos de interpretación al historiador cuando analizan su significado para el cambio social. Buscando un consenso, Marcy Darnovsky y sus colaboradores propusieron esta afirmación sintética y clara: “Los movimientos sociales son esfuerzos colectivos por personas social y políticamente subordinadas, es decir, grupos que desafían las condiciones y asunciones de sus vidas”.<sup>2</sup> Así, identifican esas iniciativas como un tipo distintivo de actividad social, pero agregaría que tienen la meta de subrayar la búsqueda de equidad cívica o el reconocimiento social mediante negociaciones sostenidas dentro de parámetros establecidos por el orden político, usualmente basados en la premisa de derechos constitucionalmente sancionados. Darnovsky y sus colaboradores agregan: “La acción colectiva *se vuelve* un ‘movimiento’ cuando los participantes se rehúsan a aceptar los límites de las reglas establecidas [...] El término se refiere a los desafíos colectivos y persistentes al *statu quo*, con patrones ampliamente distribuidos”.<sup>3</sup> No obstante, esta orientación

<sup>2</sup> *Cultural Politics and Social Movements*, p. VII.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. VII..

determinante debe desarrollarse más al resaltar el hecho de que los movimientos se definen tanto por actores que generan o que expresan sus aspectos culturales e ideológicos como por sus facetas políticas, sin olvidar su diversidad y la intensidad de participación. Los movimientos están hondamente enraizados en las realidades socioeconómicas de la sociedad y del tiempo donde emergen, y se articulan más allá de los confines del Estado y su aparato. Las luchas por los derechos civiles parten de un orden constitucional y su carácter distintivo es proveer una crítica política y una visión cultural de y para la sociedad. Cualquier movimiento se agudiza y se extiende en la práctica, y amplía su definición operativa. Como manifestaciones históricas, los movimientos sociales tienen un tiempo, aunque se podría argumentar que sus metas sólo pueden evaluarse a largo plazo. Estos movimientos pueden anteceder a una revolución o surgir de los parámetros más amplios de una revolución, que es la consecuencia de aspiraciones y acciones previas. Quizá no de inmediato, pero eventualmente se entretejerán lo local y lo nacional. Movilizaciones anteriores o paralelas por parte de activistas podrían delinear aspectos y extender los parámetros de una revolución, por ejemplo, conquistar derechos democráticos exige acciones cada vez más dramáticas conforme se acerca a la meta. Ciertas cuestiones pueden plantearse para elucidar si la inercia política analizada incluye esfuerzos por lograr el cambio social que tiendan hacia un movimiento social o evolucionen hacia la revolución social, especialmente si en esta última cobra importancia el empoderamiento o contestación del Estado. Son especialmente significativas las cuestiones de las reformas gubernamentales y la contestación del Estado o el empoderamiento estatal.

El diccionario *Webster* (1984) define revolución, primero, como el movimiento de un gran cuerpo espacial en órbita y, enseguida, como el cambio social radical o total. Theda Skocpol afirma: “Las revoluciones sociales son transformaciones rápidas y básicas de las estructuras del Estado y clase en una sociedad, acompañadas de y llevadas a cabo en parte por rebeliones de clase surgidas desde abajo. Las revoluciones sociales se distinguen de otros tipos de conflicto y

procesos de transformación; sobre todo al reunirse dos coincidencias: la del cambio estructural con el levantamiento de clases y la de la transformación política con la social”. Respecto de esta última, se debe tener en cuenta que se necesita tiempo para evaluar el cambio. Estos elementos son útiles para comenzar a aproximarse a la comprensión de las revoluciones del siglo XX. Hay por lo menos tres aspectos cuestionables de la visión de Skocpol relacionados con los orígenes, el proceso y el tiempo. En realidad esta autora argumenta que lo ideológico —que desde su punto de vista subsume lo cultural— tiene una importancia secundaria, quizás terciaria. Por otra parte, Skocpol considera que el Estado —y un Estado en particular— tiene autonomía de clase y de otras fuerzas sociales. Además de simplemente contradecir esta parte de su conceptualización, señalando que los pros y contras de las revoluciones implican invariablemente relaciones de clase, la afirmación de la autonomía del Estado es en sí misma ideológica. Sin duda, manteniéndose en el Estado es útil en muchos sentidos ya que, después de todo, las revoluciones se centran en cuestiones de la condición del Estado, pero también en muchas otras. Junto con su enfoque del Estado es que la probabilidad de guerras extranjeras o revoluciones es importante, así como la coacción financiera. Esta era la situación en algunos casos, por ejemplo en México, Cuba e Irán, cuyos gobiernos existían en paz y cuyos presupuestos estaban equilibrados e incluso contaban con superávit. En suma, Skocpol ha ido más allá en su análisis que muchos que la precedieron, pero no tiene la última palabra en torno a la tarea de teorizar sobre las revoluciones. En su estudio de cuatrocientas páginas, el índice enumera cinco referencias sobre México. Aun así, su trabajo indica el progreso a lo largo de las décadas; y si se considera a la revolución paralela al estudio de gobierno, el Estado y sociedad, su discusión se remontaría a la época de los griegos y, al Renacimiento y el Siglo de las Luces. Mucho más cercanos a nuestro tiempo serían los opositores y partidarios de las revoluciones del siglo XIX, por ejemplo, conservadores liberales de épocas tempranas quienes declararon que el progreso estaba asegurado por el crecimiento económico, la organización racional, la contribución

intelectual a través de las iniciativas de los ciudadanos y un gobierno participante pero acotado que regía lo menos posible. Anarquistas y socialistas radicales tempranos estuvieron de acuerdo con tres de estas medidas y cuestionaron la parte del gobierno sin descuidar la importancia de la gobernabilidad. Para los radicales, si las medidas (arreglos) presentes no pudieron asegurar (prever) el progreso, la plenitud y la armonía, entonces la Revolución era necesaria para regenerar o encender o instalar el ímpetu de progreso. Así incluso en las propuestas radicales se encuentra un énfasis abierto o encubierto en el progreso; el futuro está incrustado en el pasado y el cambio implica continuidad. Los campesinos de Morelos lucharon contra el presente para lograr un pasado idealizado para el futuro.

En el siglo XX, tradicionalmente los estudios históricos definen revolución como el derrocamiento de un régimen o gobierno y su sustitución por algunos participantes entre los que históricamente fueron subalternos, gobernados o dominados. Normas más exigentes requieren medir la regeneración social, institucional y cultural —las innovaciones— como señales de una revolución en proceso, y expresadas en intentos de institucionalización. El análisis contemporáneo, cada vez más a menudo, enfatiza más aproximaciones matizadas de lo que constituye la revolución más allá de simplemente cambiar el régimen y lo que socialmente identifica a los revolucionarios dentro de un proceso enmarcado en un contexto específico e influenciado por circunstancias inmediatas —el entorno humano y la contingencia humana—.<sup>4</sup> El término revolución es analíticamente progresista en el sentido que designa

<sup>4</sup> Clásicos tratados históricos comparativos de la revolución son Crane Brinton, *Anatomy of Revolution*, y Lyford P. Edwards, *The Natural History of Revolution*. Para un reciente examen analítico de movimientos sociales, véase Marcy Darnovsky *et al.*, *Cultural Politics and Social Movements*. Una reciente colección sobre movimientos sociales y sus relaciones con la política es Jack A. Goldstone (ed.), *States, Parties and Social Movements*. Sobre clases sociales, consulte Erik Olin Wright, *The Debate on Classes*. Para una mirada a movimientos sociales tardío-modernos en México, véase Heather Williams, *Social Movements: Markets and Distributive Conflict in Mexico*; para estudiar los movimientos a nivel mundial véase Tom Mertes (ed.), *A Movement of Movements*, Londres, Verso, 2004. Sobre el Estado véase Gianfranco Poggi, *The State: Its Nature, Development and Prospects*.



una inicial y particular coyuntura que entrelaza los elementos sociales, económicos, culturales y políticos determinantes que están en juego, seguido por una combinación procesual que establece el precedente histórico y propulsa un cambio social que resulta positivo para las multitudes durante un tiempo y en una sociedad determinada.<sup>5</sup> Para los historiadores, el concepto *revolución* designa una época social en transición, traumática y transformadora. El contexto, alcance, amplitud, densidad, intensidad, complejidad y duración definen la existencia de una revolución como una muy significativa demarcación sociohistórica. Empero, todos estos aspectos sólo se aproximan a un paradigma ideal e imaginado de revolución. En realidad, jamás ha ocurrido una revolución ideal, ya que todas han sido cuestionadas con respecto a los beneficios que causan en las sociedades.

La historia está marcada por revoluciones profundas con características específicas. Los protagonistas de las revoluciones rusa y china del siglo XX juzgaban que la consideración más pertinente era la lucha por el poder con el fin de controlar el Estado y la sociedad.<sup>6</sup> Vladimir Lenin (1870-1924), un teórico y práctico de

<sup>5</sup> Sobre movimientos sociales y políticas contestatarias están dos libros pioneros de Barrington Moore: *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Land and Peasant in the Making of the Modern World*, e *Injustice: The Social Basis of Obedience and Revolt*. Dos teóricos importantes del siglo XX del cambio y el cuestionamiento, A. Gramsci y M. Foucault, están contemplados en algunos escritos de los movimientos sociales y las revoluciones sociales, también por algunos historiadores culturales sobre la Revolución Mexicana. Sobre Antonio Gramsci véase, en particular, las selecciones de *Prison Notebooks of Antonio Gramsci*; para un conjunto diverso de comentarios consulte a F. Fernández (ed.), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*. Sobre Michel Foucault véase lo que se considera entre algunos de sus trabajos importantes *Madness and Civilization*, pero más al punto consulte sus comentarios retrospectivos *Abnormal, Lectures at the Collège de France, 1974-1975*; y *Society Must be Defended, Lectures... 1974-1975*, para comentarios diversos consulte a David Couzens (ed.), *Foucault, A Critical Reader*. Dos escritores sobre la Revolución Mexicana considerados útiles: James C. Scott, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, y Phillip Corrigan, *Social Forms/Human Capacities*.

<sup>6</sup> Sobre Lenin, véase *The Lenin Anthology*; para Trotsky, *The History of the Russian Revolution*; sobre Mao, "Address to the Preparatory Committee of the New Political Consultative Conference", 15 de junio de 1949, "On the People's Democratic Dictatorship", 30 de junio de 1949, y "Proclamation of the

la revolución, destacaba el papel de las demandas y movilizaciones de las masas, y la dirección popular que persigue el cambio total del Estado, la economía y el sistema social. León Trotsky (1877-1940), lugarteniente de Lenin y practicante de tácticas revolucionarias, enfatizaba esos aspectos, pero hacía hincapié en la persistencia y tenacidad de los participantes populares y líderes. Ninguno de ellos pensaba que la Revolución Rusa concluyera con la embestida del Palacio de Invierno en 1917 o la inauguración de la Nueva Política Económica en 1921. Para los líderes rusos y chinos, la revolución podría implicar permitir la violencia —una circunstancia seminal—, pero los elementos definitorios de sus insurrecciones fueron prolongados forcejeos, búsqueda de políticas de equidad y la aplicación de determinados valores —supuestamente populares— a largo plazo. Tras la Larga Marcha de 1930, lo más importante en determinar la revolución, según afirmó Mao Tse-Tung (1893-1976) en la Plaza de Tiananmén en 1949, fue implantar los objetivos revolucionarios al servicio de la población de acuerdo con los valores revolucionarios. En las coyunturas rusa y china, las respectivas revoluciones sólo adquirieron su carácter y perfil cuando una de las fuerzas que disputaban el poder asumió la rectoría del Estado, controló los recursos y comenzó a gobernar siguiendo sus criterios revolucionarios. Antes, el popular impulso revolucionario era multifacético, con diversos participantes, ideas y valores. Estos casos se distinguen entre sí y de otras revoluciones posteriores, aunque hay una amplia bibliografía y retórica que sostienen su semejanza partidaria. Comparten ciertamente una característica: ambas cambiaron dramáticamente en el transcurso del tiempo. Sus líderes reconocerían que era mucho más fácil

---

Establishment of the Government of the People's Republic of China", 1 de octubre de 1949, en K. Fan (ed.), *Mao Tse-Tung Post-Revolutionary Writings*. Sobre la Revolución Francesa: George Comninet, *Rethinking the French Revolution*, y Albert Soboul, *A Short History of the French Revolution, 1789-1799*. Sobre el movimiento de independencia en Estados Unidos está Gordon S. Wood, *The Idea of America. Reflections on the Birth of the United States (1986)*. Theodore Draper comenta la falta de ideología en los eventos antes de 1776 en *A Struggle for Power: The American Revolution*; también lo hace Robin L. Einhorn, *American Taxation, American Slavery*.

predicar la revolución que practicarla y que exigir una ortodoxia consistente e imaginada es una verdadera tarea digna de Sísifo, ya que las circunstancias rebasan la teoría.

## PALABRAS

Lograr una visión razonablemente clara del concepto de *revolución* implica aclarar, deconstruir e incluso descolonizar algunos impedimentos de nuestra percepción. Los estudiosos se esfuerzan por ser más precisos que los portavoces de la revolución, pero sus resultados son mixtos debido a las herramientas analíticas, el léxico, los paradigmas dispuestos y las tendencias académicas en favor de ciertos modos políticos o herencias idealizadas.<sup>7</sup> Lamentablemente, el primer obstáculo para estudiar una revolución específica, aun para el analista experimentado, surge de la aproximación al proceso revolucionario siempre delimitado por

<sup>7</sup> Los análisis de grandes cambios sociales que se citan frecuentemente en la literatura son Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*; Theda Skocpol, *States and Social Revolution: A Comparative Analysis of France, Russia and China*; Jack A. Goldstone, *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*; James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant*, y Jefferey M. Paige, *Agrarian Revolution*. Análisis erróneos del cambio social en el caso mexicano se deben en buena parte al uso de un léxico político repleto de términos como *revuelta*, *rebelión*, *golpista*, *estadista*, *bonapartista*, empleados a menudo sin explicar su aplicación al caso o su contexto. Aunque bonapartista (de la experiencia francesa) se ha aplicado a las transiciones políticas mexicanas, no es analíticamente adecuada ni históricamente apropiada. Algunos vocablos, usados con especificidad, podrían servir para identificar partes subordinadas de un proceso más amplio en casos de sociedades europeas, pero su uso debe orientar al lector sobre el cambio social-histórico reflejado al implementar revolución en un país en desarrollo durante los primeros decenios del siglo XX. Errores comunes incluyen confusiones por imprecisiones en el uso de términos políticos como *nación*, *Estado*, *nacionalismo*, *cultura*, *conciencia*, *etnicidad*, *ideología*, etcétera. Ciertamente, en un proceso de revolución social, estas palabras pueden referirse a experiencias dentro del cambio general de la sociedad. Esta imprecisión se agrava por la tendencia común y concurrente de aplicar abstracciones y esencialismos a fenómenos sociológicos o a instituciones como México, Estados Unidos, Iglesia, campesino y, recientemente, subalterno, entre otras generalizaciones que pueden ofuscar el significado en lugar de aclararlo. Para trabajos sobre estudios subalternos véase las publicaciones de *Subaltern Studies*, publicados por Oxford University Press, Delhi, y los escritos de Ramachandra Guha y G.C. Spivak.

la selección y aplicación de palabras y términos claves. Los primeros especialistas de Europa Occidental o del Atlántico del Norte, como Crane Brinton, usaron frases como “revolución abortada”, “revolución territorial”, “revolución conservadora”, “revolución popular” y “revolución de países atrasados” (la más exitosa). En algún momento, algunos escritores como Adolfo Gilly y Juan Felipe Leal usaron los términos extraídos del marxismo como “revolución democrática burguesa” en contraste con “revolución proletaria”, “revolución de liberación nacional”, “revolución nacional democrática” de los pueblos o “revolución permanente”. Ejemplos prístinos de estos conceptos no han ocurrido en la historia, así que estos términos no son plenamente explicados, sino más bien son referencias a abstracciones o hasta personificaciones. Algunos de estos términos de gran alcance obstaculizan las posibilidades de definición del término *revolución* y simplifican sus acciones. Los escritores —identificados con el centro del espectro político— se referirían a “la proliferación de la política violenta” y a la “apropiación estatal indefendible”, limitando el estudio de las metas revolucionarias al cambio de régimen como objetivo. Este tipo de ejercicio sectario no es tampoco útil analíticamente. Es importante anotar todo esto porque el uso poco claro de las palabras y las preferencias ideológicas permean la literatura sobre revolución social. Y esta retórica confusa es exacerbada por otra: la de personificar a agrupaciones como agentes causales. Predomina, por ejemplo, el manejo impreciso e inexplicado de *masa* o *masas*, *lucha de clases*, *liberales*, *nacionalistas*, *revolucionarios* y *contrarrevolucionarios*. También hay términos más nuevos influenciados por intérpretes posmodernos, tales como los utilizados por F. Mallon: *casta* o *subalterno* y *neopopulista*. Asimismo, los especialistas en estudios culturales usan algunos términos como *hegemónico*, *contrahegemónico*, *discurso discursivo*, *hegemonía de la comunidad*, muy comunes en la llamada literatura poscolonial del conflicto social y específicamente extraídos de la historia social de India. La cuestión es que la escasa utilidad comparativa para el México del siglo XX no se

explica, dando la impresión de un neocolonialismo académico. A menudo detrás de estas palabras y significados se intentan usos sociológicos y entendimientos de “clase” en el análisis, a veces descritos y más a menudo dejados como una generalización nunca totalmente explicada, incluso descriptivamente; es decir, supuestamente en India todos los indios son subalternos *vis-à-vis* el rajá británico, así si en el México del siglo XX todos los mexicanos son subalternos, ¿a quiénes obedecen dichos subalternos?

Existen también tendencias prejuiciosas que deben notarse en la literatura sobre la revolución. Como comentaré, es curioso que la más burda caracterización ocurre en referencia a la sociedad rural, cuya población es continuamente homogenizada y descalificada por sus rasgos sociales y conciencia política. En el caso mexicano, palabras como *agraristas* y *rancheros* serían un poco mejores que *campesinos*, pero su aplicación es muy limitada entre los diversos pueblos y circunstancias de las muchas regiones rurales de un país extenso. En el relato de las revoluciones, cuando el sector rural es priorizado por encima del urbano o viceversa, es degradado analíticamente. Aparte, la literatura tiene sesgos raciales ocultos porque los autores juzgan que los revolucionarios de color o no europeos y sus acciones no alcanzan un estándar ideológico u organizativo elevado, reservado exclusivamente al mundo anglosajón o europeo. Se trata de una visión que privilegia las revoluciones moderadas de Francia (1789) y Rusia (1917) o, en algunos casos, subraya cómo la clase alta motivó la guerra civil en Inglaterra durante los años de 1640, así como la movilización conservadora antiimpuestos, anti-nativa y en favor de la esclavitud, liderada por una élite de colonos ingleses en Norteamérica durante la década de 1770. Encontramos, además, académicos modernos que desde su torre de marfil denuncian las acciones de los revolucionarios por promover valores que son, en el fondo, antihumanistas. Tampoco debemos perder de vista que el léxico usado en muchos estudios puede ser ideológicamente sesgado por autores que defienden o desprecian, según sus creencias políticas —liberales o conservadoras—, su lealtad al Estado o, en algunos casos, la experiencia y juicios de sus propios

familiares. Así es que buena parte de esta literatura refleja un claro sesgo colonialista que es preciso descubrir y desafiar en el interés de una mayor claridad analítica.

Desde la obra pionera comparativa de Crane Brinton y los minuciosos estudios monográficos de la Revolución Francesa de 1789, pasando por las contenciosas diferencias entre teóricos que persisten actualmente, podemos mencionar algunos avances en el análisis de revolución.<sup>8</sup> Los científicos sociales, incluidos los historiadores, han progresado en estudios comparativos del comportamiento social, de las condiciones estructurales y de las motivaciones y articulaciones de la revolución. Desde la perspectiva de estudios no europeos se han dado varios avances teóricos multifacéticos en el estudio de la revolución, mismos que ayudan a desarrollar un examen más crítico de este fenómeno. Entre éstos hay acercamientos que resaltan por su énfasis político, social o cultural, pero que comparten un enfoque en las causas iniciales y tienen un abierto aprecio por sus consecuencias transformadoras. Estos avances pertenecen a lo que es singular y comparativo, y a lo general y particular de los patrones y aspectos de revolución(es). Un adelanto importante es la realización de estudios empíricos y comparativos que reflejan una creciente sofisticación teórica. Casi todos los teóricos estudian intensamente una o más áreas geográficas del planeta. Ambos, el paradigmático acuerdo operativo y el práctico acercamiento académico, consisten en analizar concurrentemente dos o más revoluciones del siglo XX mediante posibles coincidencias y ciertas diferencias.

Estos pasos hacia una perspectiva comparativa son analíticamente positivos a la luz de posteriores acuerdos sobre la modernidad del concepto de revolución y pueden plantearse de la siguiente

<sup>8</sup> Escritos contemporáneos sobre acercamientos a la teoría de revolución incluyen la colección de John Foran (ed.), *Theorizing Revolutions*, y Nikkie R. Keddie (ed.), *Debating Revolution*. Para un examen analítico de la RM, además de J. Foran, “Reinventing the Mexican Revolution: The Competing Paradigms of Alan Knight and John Mason Hart”, en *Latin American Perspectives*, está Walter L. Goldfrank, “Theories of revolution and revolution without theory, the case of Mexico”, en *Theory and Society*.

manera: primero, revolución es una expresión sociopolítica que ocurre bajo ciertas condiciones económicas y culturales; un segundo hallazgo científico es el de la larga duración (*longue durée*) de la revolución, es decir, las revoluciones no son eventos simples de corta vida, circunscritos a unos pocos meses o años. Las revoluciones tienen raíces en el pasado y constituyen una compleja progresión que consta de una serie de etapas cuyos resultados sólo pueden evaluarse durante un periodo de cambio sociopolítico que abarca varias décadas o más. En efecto, el proceso de transformación es más importante que los orígenes dadas sus consecuencias históricas y porque el proceso impacta a más gente. Un tercer avance es la conclusión de que aquello que se juzga como parte íntegra de una revolución puede evaluarse mejor y esclarecerse a la luz de la historia específica; así, lo “nacional” de la revolución es un elemento implícito de la comparación analítica. Cuarto, el estudio de revolución está en ocasiones severamente constreñido porque enfatiza fundamentalmente las causas y las crisis, pero es necesario un marco más amplio que vaya más allá de lograr la cobertura adecuada de alguna revolución en particular. En quinto lugar, los estudios comparativos nos hacen entender que las revoluciones no son el fin de la historia, sino una transición hacia un futuro incierto, tanto nacional e internacional. Sexto, un estudio comparativo de cada revolución permite apreciar no sólo la singularidad del evento, sino también sus similitudes con otras. Debe evitarse en todo caso un análisis condescendiente que menosprecie a unas revoluciones y que exalte otras; actitud a la que los estudiosos están muy propensos cuando examinan las sociedades no europeas, como es el caso de los escritos predominantemente negativos de algunos autores estadounidenses sobre la Revolución Mexicana. Ciertamente, aunque la RM compartió algunos aspectos y patrones con otras, fue totalmente una revolución social, plenamente sincronizada con los acontecimientos del siglo XX y, en retrospectiva, una expresión nacional única, explicable en términos histórico-culturales. No fue un movimiento de reforma trunca o fallida, ni una simple rebelión; fue una revolución social.

Las especificidades de sus registros narrativos dibujan esta singularidad y sus principales rasgos genealógicos detallan su fuerza social a lo largo de casi cuatro décadas.

## TEORIZANDO

Las revoluciones son grandes movimientos sociopolíticos que procuran el cambio social. Surgen de las multifacéticas condiciones y aspiraciones de grandes contingentes que se movilizan para lograr una vida más equitativa tanto social como material. Al hacerlo, expresan su contexto cultural siempre en constante evolución. Las revoluciones son procesos que abarcan muchos años y generan múltiples facetas. La ejecución de las políticas revolucionarias predicadas por sus líderes sustenta la importancia histórica de la revolución; se trata de políticas con claras dimensiones de cambio cultural. Los desenlaces de la revolución son la materialización de la eficacia de las movilizaciones políticas y de los límites de las posibilidades utópicas de la cultura nacional. Las revoluciones del siglo XX son las consecuencias políticas y culturales del modo dominante de producción: un enardecido capitalismo internacional acompañado de las relaciones de producción que engendra. Inevitablemente, estas fuerzas exhiben la explotación de una sociedad dividida en clases, caracterizada por la permanente denigración de muchas, la magra supervivencia de algunas y el lujoso enriquecimiento de unas pocas. El desarrollo económico, la inestabilidad y las crisis son recurrentes. Aunque la manera en que interactúan en la arena de las relaciones sociales variará en diferentes momentos, sin excepción, las distinciones de clase y sus subdivisiones se hacen cada vez más complejas con el avance del desarrollo, dando lugar, con el paso del tiempo, a conflictos, algunos moderados y otros mayores. Las revoluciones sociales, sin embargo, no borran disparidades económicas o marginalidades políticas, también exhiben crisis. Ni la revolución ni el capitalismo detienen a la historia. La revolución es una tormenta con una dinámica compleja que va cobrando fuerza, cuyas condiciones pueden cambiar por lo mejor o



lo peor. Los meteorólogos no pueden crear ni detener la tormenta, sólo pueden detectar algunos signos de ella.

Habrà que tomar en cuenta lo que propusieron en algùn momento los primeros teóricos: un paradigma cronológico que examine las transiciones políticas y económicas.<sup>9</sup> La intención aquí consiste en conceptualizar y aplicar un conjunto más amplio de condiciones a una revolución en particular: contexto, precondiciones contextuales, iniciadores, crisis, así como sus etapas preliminares, intermedias y de culminación, estas últimas miden las demarcaciones de contención de un largo proceso. Se podría argumentar que el proceso es el acoplamiento de causas y sus manifestaciones, las realizadas por individuos a través de facciones y liderazgos que posibilitan el cambio social. Casi todos los estudios de las llamadas revoluciones mayores han enfatizado temas económicos con sus expresiones sociales asociadas, especialmente clase y conflictos entre facciones. Sin embargo, en lugar de resaltar las facciones hay que prestar más atención a las tendencias contrarrevolucionarias, movilizaciones y articulaciones, detallando sus bases tanto económicas como ideológicas. La insatisfacción económica a menudo abastece de combustible a los participantes de lo que se podría definir como tendencias contrarrevolucionarias.

Los analistas han discutido a detalle las variaciones de alineaciones, pertenencia e identificaciones de clase, pero las revoluciones no son simples conflictos directos de confrontación de clases, también implican contestaciones sociales y culturales. Es importante recordar que estudiosos de la Revolución Francesa ampliaron los parámetros de análisis para incluir el género, no por ser política-

<sup>9</sup> Para tempranos influyentes teóricos de la revolución, véanse James Davies, "Toward a Theory of Revolution", *American Sociological Review*, y Lawrence Stone, "Theories of Revolution", en *World Politics*. Otra obra que se menciona a menudo es Chalmers Johnson, *Revolutionary Change*, aunque se reconoce su habilidad, realmente teorizó la contrarrevolución. Teóricos contemporáneos que examinan la cuestión y sustancia del poder son S. Lujes (ed.), *Power*; Gianfranco Poggi, *The State, Its Nature*; Charles Tilly, *From Mobilization to Revolution*; Göran Therborn, *The Ideology of Power and the Power of Ideology*, y Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*. Se podría argumentar que Gramsci dedicó toda su obra a este tema y al significado del poder en relación con las posibilidades de la revolución.

mente correcto ni como contexto amorfo, sino como una variable. Asimismo, conforme emergían los movimientos anticoloniales de liberación nacional y como mostraron los movimientos sociales en los países industrializados de los años sesenta, un renovado interés en el tema de clases nos obligó a prestar atención no sólo al género, sino también a cuestiones raciales en contextos revolucionarios y de movimientos sociales. Inicialmente se concebían como contención entre el dominador blanco y el subalterno de color; en realidad, los aspectos de clase en situaciones revolucionarias son múltiples e interactúan en múltiples dimensiones raciales con detalles y comportamientos diversos, incluso contradictorios. Estos elementos étnicos también deben dilucidarse. Clase y raza implican números, edades, características y, sin duda, incrementos y decrementos demográficos; todo impacta la revolución. La demografía revolucionaria no consta sólo de cifras. Amplias cuestiones demográficas pertinentes a las características sociales se acentúan en condiciones de modernización en ciertos tiempos y lugares, intensificando el drama del escenario revolucionario. Temas de población son, en efecto, cuestiones culturales.

Otra tarea importante para entender mejor la revolución consiste en integrar lo político y lo económico. El ejercicio contemporáneo de teorización histórica y sociológica de la revolución exige un análisis social y político más preciso del tema. La labor de desarrollar un marco analítico de revolución social nos obliga a pulir un prisma con un lente adecuado, capaz de amplificar los aspectos de género, clase, etnicidad y cultura. El trabajo analítico debe enfocarse críticamente en lo político para entender el cambio social. Aunque informado por una noción básica de la sociedad como un ente energizado por múltiples contenciones, las diferencias de clase son sólo un aspecto de un escenario de cambio multifacético. Los elementos de género y etnicidad también son muy importantes en los asuntos humanos y deben ser contextualizados y situados. El más amplio y complejo marco de la cultura es más eficaz para llevar al análisis más allá de los elementos de significancia material y relevancia ideológica. Al enfatizar aspectos sociales: participan-

tes, liderazgos, logros, contradicciones y obstáculos, reconocemos de facto que son condicionados y expresados culturalmente. Una revolución es ni más ni menos que una acelerada forma macro de cambio social estructural-cultural. En el proceso revolucionario, las demandas de cambio envuelven influencias, agendas y adaptaciones culturales, aparte de las bases materiales y sus adaptaciones, el proceso realmente crea cambios sociales de diversos tipos.

Un pronunciamiento comprensivo sobre una revolución debe considerar múltiples bases sociales, estructurales y culturales, y no sólo a los protagonistas y eventos políticos claves. En última instancia, es en lo social donde se gesta y engendra la revolución. Para lograr una mejor comprensión, los estudios sobre la revolución deben reunir y valorar elementos culturales y subjetivos. En suma, el análisis debe enfatizar tres elementos omnipresentes de revolución que son a la vez subjetivos y objetivos: historia, política y cultura. Además, en el siglo XX hay que resaltar críticamente agentes externos o instituciones cuyas acciones inciden en los posibles desenlaces de revolución. Ciertamente, estudiar ampliamente una revolución podría conducir a una síntesis, a un parteaguas para posteriores análisis comparativos del tema. Este aprecio por el tema quizá lleve a la conclusión de que todas las síntesis existentes de la Revolución Mexicana estén incompletas y que es prematuro premiar la “síntesis definitiva”.

Las influencias teóricas de este ensayo proceden de John Foran, Jack Goldman y de las obras primeras de Chalmers Johnson, S. N. Eisenstadt y Harry Eckstein. Ciertamente, Chalmers y Foran presentan lúcidos contrastes con atractivos modelos amplios, pero no ofrecen uno completo de movimientos revolucionarios de cambio social como la Revolución Mexicana, no obstante que Foran ha estudiado ésta y otras revoluciones. En conjunto, estos estudios concluyen que la lucha por el poder es el meollo de las dinámicas revolucionarias. En este ensayo sobre revolución, el poder se identifica explícitamente como motivador, meta y vehículo del pretendido cambio social; revolución es la desintegración, desconstrucción y reconstitución del poder centrado en el Estado

con el fin de lograr un cambio social impulsado conscientemente. Es éste el principal tema de estudio. Igual de importante es reformular las relaciones sociales y las innovaciones en los patrones culturales e instituciones. Corregir las aproximaciones evolutivas, sociopsicológicas y de los sistemas políticos —que suelen alentar reflexiones idealistas— exige un tratamiento más realista, enfocado en la lucha política y el cambio social, interno o externo. Es preciso investigar el poder a fondo y no darlo por sentado simplemente —tal como ocurre en varios estudios relacionados con el cambio radical—, el rol del Estado, el descontento social, la acción inducida, los objetivos conscientes, así como la reformulación del Estado basada en la participación de clases, el liderazgo y la (o las) ideología(s) racionalizadora(s). Así, la Revolución Mexicana se identifica como un proceso dinámico desarrollado en fases (1900-1940), compuesta de diversos actores, participantes, causas, crisis, procesos, logros y consecuencias desarrollados durante más de treinta años. Además, deben examinarse los aspectos sociales y culturales a la par de los políticos en su contexto, corolario o consecuencias, aunque identifiquemos que las fuerzas determinantes están culturalmente arraigadas y relacionadas con el poder. La RM reflejó contenciosamente tres grandes contradicciones: 1) los modos y las condiciones históricas surgidos del dominio colonial europeo; 2) las imposiciones y manipulaciones establecidas por el capital internacional y los acomodos nacionales del trabajo y los procesos de comercialización, y 3) los retos socioculturales de una sociedad emergente, compleja y moderna frente al constreñimiento conservador y una represiva moralidad sociohistórica.

#### EL ESTADO/CIRCUNSTANCIAS

El contexto histórico de la Revolución Mexicana abarca trescientos años de colonialismo europeo y cien años de luchas civiles e intervenciones neocolonialistas. Los mexicanos lograron su independencia en 1821, hazaña confirmada por su base política que anheló un Estado republicano y democrático. Al inicio del siglo XX, México

era una sociedad y un Estado semejante a los de otras entidades soberanas y organizadas constitucionalmente, caracterizado por una marcada estructura clasista dominada por una élite rica y presidida por un gobernante autoritario-carismático. Como en otras sociedades contemporáneas, la legitimidad del Estado descansaba en una constitución y sus leyes secundarias, aunque en la práctica el poder se personificaba en la figura del gobernante con sus colaboradores inmediatos y sus seguidores. La base de la riqueza de la élite descansaba en múltiples inversiones y capital político. Para pertenecer a las altas esferas del gobierno no hacía falta riqueza heredada o vínculos dinásticos; varias personas adquirieron propiedades y estatus mientras ocupaban puestos políticos sin ser descendientes de aristócratas o pertenecer a la exclusiva clase terrateniente.

La mexicana siempre fue —y seguía siendo— una sociedad compuesta de diversos grupos étnicos, diferentes regímenes de propiedad y sectores de obreros asalariados, aunque con un núcleo “nacional” socialmente plural y multclasista enraizado en actividades económicas desarrolladas y asentado en las ciudades. Fueron especialmente importantes los múltiples y complejos sectores de la clase media urbana y de la clase obrera. Si contemplamos un paradigma de desarrollo *versus* atraso, resulta que esta configuración de clase refleja la combinación de desarrollo económico y subdesarrollo productivo en un proceso que sacudió a un país geográficamente extenso y con una población mayor a los diez millones. La nación mexicana tenía enclaves modernos de intensa vida económica y vastas áreas donde las actividades económicas hacían eco de periodos y modos de producción antiguos, como en Rusia y China. Esos enclaves no estuvieron segregados geográficamente y ambos sectores interactuaban. La sociedad era multirracial y pluriétnica, contando con grandes grupos indígenas. Hubo varios subsectores sociales en ciertas localidades con profundas inconformidades o resentimientos, así como personas con ideales democráticos, mientras que los pueblos indígenas del país anhelaban el respeto a sus derechos y autonomía local. En general, social y políticamente, la teoría de revolución adecuada al caso mexica-

no exige una megateoría viable de la sociedad de acuerdo con su desarrollo histórico, económico y social en el contexto mundial de su tiempo, así como una teoría del Estado adaptada al proceso histórico de las primeras décadas del siglo XX.

Los Estados son escenarios de luchas por el poder antes de erigirse como instrumentos de poder. Ambas transformaciones anteceden la racionalización y fetichización del Estado que seduce a algunos académicos, quienes aluden a una supuesta especie de meta-esencia, a la Prusia, y asignan lecturas de G. W. F. Hegel y Max Weber a estudiantes universitarios en escuelas de élite. En vez de filosofía, el encaprichamiento es vía el personaje de Pangloss en *Cándido* (1759) de Voltaire; así, en lugar del mundo en general, el Estado es mejor cuando es más grande y mucho mejor al ser más grande y más grande. Los Estados continuamente evolucionan para bien o para mal. Hay una historia de esta evolución. En el caso mexicano, la revolución involucró disputas por el poder y mucho más: los asuntos de clase. La mayoría de los revolucionarios y casi todos los contrarrevolucionarios tácitamente entendieron esto. Supuestamente, las “revoluciones llegan” o “se hacen”; las primeras enfatizan lo estructural; las segundas, lo político, y ambas están relacionadas con el Estado. En México, desde el liberal Valentín Gómez Farías hasta el conservador Emilio Rabasa eran ejemplo de un cierto tipo de funcionario político dedicado, casi religiosamente, al Estado. Tal vez esta reificación del Estado, “ser hombre de Estado”; es una respuesta enérgica masculina a la feminidad transparente de las culturas mesoamericanas. Dialécticamente, la RM combinó tanto aspectos políticos como aspectos de clase y ambos compartieron un contexto que los enmarcaba en índole cultural. La revolución se hizo cuando los principales actores y sus seguidores, por así decirlo, vincularon las bases regionales a las coaliciones nacionales. Los revolucionarios decidieron conscientemente enfrentar al Estado y al régimen; luego lucharon entre sí y enfrentaron a los contrarrevolucionarios tratando de reconstruir el poder estatal, así como los programas y los recursos. Las contiendas revolucionarias fueron conflictos seculares entre

grupos o liderazgos, sectores o subclases sobre cuestiones de política pública y del poder del Estado. Las cuestiones políticas fueron resueltas primero temporalmente y, a final de cuentas, por el aparato militar, político-burocrático o legislativo de la sociedad, en este orden. El Estado y sus instituciones fueron dominados y las medidas innovadoras determinaron la creación de un nuevo aparato político que devendría en un partido político nacional. La emergente agenda política abarcaba liderazgos, recursos, programas y el uso de la fuerza, así como la paulatina consolidación de un Estado con estabilidad, legitimidad, recursos y apoyo social. En la práctica, el poder acumulado tras el conflicto —externo o interno por los protagonistas del movimiento revolucionario— tiene que ver con la iniciativa, la instrumentación y el apoyo total de la sociedad. Utópicamente, gobernar significaba dirigir a la sociedad, escoger a sus principales actores y determinar su política exterior con otros Estados y sociedades. Esta revolución tuvo que tratar, más que a otros Estados, con Estados Unidos.

El meollo en juego para la revolución es el poder del Estado, el poder que decide las cuestiones sociales y económicas, que determina las relaciones de la sociedad en su totalidad y que controla los aparatos de la administración pública y de expresión institucional. Las inequidades políticas son una realidad importante. Al inicio, se intenta resolverlas mediante reformas graduales, quizá seguidas por catalíticas propuestas radicales. No hay sociedades sin desigualdades de poder entre los pocos privilegiados y las multitudes desamparadas, antes, durante o después de la revolución. Dentro de un movimiento revolucionario hay distinciones e instrumentaciones de poder y sus fases son calibradas por, y ordenadas según, cambios de poder concurrentes y siempre están sujetas a contingencias y errores humanos. De hecho, algunos revolucionarios llegan a constituir la élite del Estado revolucionario que se acompaña de “aviadores” (*free riders*) reclutados o enquistados; es decir, la revolución promueve una nueva élite, pero no todas las élites posteriores son revolucionarias. El proceso revolucionario contiene varios elementos constituyentes e incluyentes relaciona-

dos con individuos y grupos de la sociedad moderna plenamente identificables. Tal como se presenta aquí, estas declaraciones paradigmáticas pueden estar dispersas en las revoluciones actuales y en los detalles de procesos revolucionarios actuales, según la lucidez de un intérprete dado.

#### CUATRO EXPLICACIONES

La convicción guía es que la explicación de la RM se tiene que revisar y ampliar. Podemos iniciar este proceso evaluando lo que ha sido —y no ha sido— narrado o examinado. No pretendo repasar toda la literatura, sino sacar las grandes formulaciones de las explicaciones claves. Ciertamente, la literatura contiene algunos puntos de acuerdo, pero son limitados. La mayoría de los autores que han escrito sobre la RM reconoce que las fuerzas sociales y la voluntad individual son aspectos importantes, pero terminan considerándolas idiosincráticas y erráticas.<sup>10</sup> Son contadas las precondiciones

<sup>10</sup> Hay numerosos y excelentes textos sobre la RM en español e inglés. Entre los tempranos y más recientes que ejemplifican los aspectos mencionados: Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution, Genesis under Madero*; Frank Tannenbaum, *Peace by Revolution: Mexico after 1910*; John Tutino, *From Insurrection to Revolution*; Alan Knight, *The Mexican Revolution*; John Hart, *Revolutionary Mexico, The Coming and Process of the Mexican Revolution*; François-Xavier Guerra, *México del Antiguo Régimen a la revolución*, y Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, *In the Shadow of the Mexican Revolution*. Dos obras excelentes sobre acontecimientos posteriores a 1920 son: Mary Kay Vaughan, *Cultural Politics in Revolution: Teachers, Peasants and Schools in Mexico, 1930-1940*, y Claudio Lomnitz-Adler, *Exits from the Labyrinth: Culture and Ideology in the Mexican National Space*. Excelentes historias regionales que cubren y sintetizan aspectos sociales y políticos son Allen Wells y Gilbert M. Joseph, *Summer of Discontent, Seasons of Upheaval, Elite Politics and Plural Insurgency in Yucatán, 1876-1915*, y Romana Falcón, *Revolución y caciquismo*. Dos obras básicas fundamentales de Arnaldo Córdova contienen un análisis pionero: *La ideología de la Revolución Mexicana* y *La formación del poder político en México*. Varios escritores aducen aplicar principios históricos marxistas: M. S. Alperovich *et al.*, *La revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*; Robert Millon, *Zapata, the ideology of a revolutionary*, y Juan Felipe Leal, “El Estado y el bloque en el poder, 1867-1914”, en *Latin American Perspectives*, la que más abarca es la de Enrique Semo, *Historia Mexicana: economía y lucha de clases*. También ampliamente leído es Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, quien hace malabares entre su admiración por Zapata y su devoción a la familia Cárdenas (*El cardenismo: una utopía mexicana*), mientras ve en la RM una revolución nacional



y causas que se consideran fundamentales de la crisis y de los impulsos revolucionarios. Se podría argumentar que éstas subyacen a los eventos políticos como objetivos de cambio articulados en sí. Aunque se enumeran los actores y se describe el escenario, el guión es abreviado. No trata con suficiente profundidad el espectro completo de los grupos, figuras y acciones previos a 1910, los de 1910 a 1920, y los cruciales en los desenlaces posteriores a 1920. Se suele hacer hincapié en la campaña electoral de Francisco I. Madero (1910) y la rebelión que derrocó al régimen de Porfirio Díaz (1911), para luego seguir a los partidarios de Díaz que derribaron a Madero (febrero 1913), al presidente constitucionalmente elegido (1913), y finalizar con la exitosa respuesta de 1913-1914 al derrocamiento. Después, sobrevino una amplia lucha encabezada ostensiblemente por Venustiano Carranza, el Primer Jefe (1914-1920), que culminó con la promulgación de la Constitución de 1917 en manos de los que ganaron esa lucha. Invariablemente, esos eventos se presentan en forma de crónica. Sin duda, las diversas causas identificadas de la RM son posibles marcadores consistentes para evaluar el proceso revolucionario posteriores a 1919, el cual otorga importancia a las discusiones de los altibajos económicos durante el régimen de Álvaro Obregón (1920-1924), la época del predominio de Plutarco Elías Calles (1925-1932) y la administración de Lázaro Cárdenas (1934-1940).

Sin embargo, la mayoría de esas narrativas omite varios vínculos revolucionarios, por ejemplo, subestiman las consecuencias de la modernización y los modernizadores antes de 1910. Cierta ingenuidad emerge de esas versiones al presentar el conflicto

---

burguesa que le merece, reuientemente, una calificación de 7; y proporciona una compilación útil en *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*. Desde los años noventa, historiadores y antropólogos han resaltado significativamente los aspectos sociales, culturales y humanistas de los procesos de la RM con trabajos que enfatizan lo personal, lo local y sus relaciones. Su especificidad etnográfica atenúa el trauma y las tribulaciones del cambio social radical; véase Mary Kay Vaughan, “Cultural Approaches to Peasant Politics in the Mexican Revolution”, en *Hispanic American Historical Review*. Para una evaluación de estudios regionales, consulte a Heather Fowler Salamini, “The Boom in Regional Studies of the Mexican Revolution: Where is it Heading?”, en *Latin American Research Review*.

en cuestión como uno solo; es decir, uno entre modernizadores y tradicionalistas, aunque obviamente los regímenes de Díaz (1876-1880, 1884-1911) y Huerta (1913-1914) tuvieron varios modernizadores en sus filas. Así, es importante señalar que el proceso modernizador estaba en juego, la cuestión era cómo implantarlo; de allí la paradoja: la modernización alimentó la disensión, pero a la larga la contuvo. Otra importante omisión en esas obras es que no evalúan las tradiciones y los patrones de resistencia antes de 1910, incluidos los que surgieron en las regiones fronterizas de Nuevo México, Arizona y Texas. Esta laguna tiene que ver con la historicidad y con las prácticas políticas transfronterizas del periodo. Aparte, no delinear el multifacético clima ideológico elaborado públicamente por los voceros reformistas, por radicales sociales, protorrevolucionarios sociales. Esta subestimación ideológica es multiplicada por no advertir la amplia y persistente agitación ideológica de individuos revolucionarios mucho antes e inmediatamente después de 1910 y por muchos años posteriores. El hecho de que esos protagonistas tuvieran una identidad revolucionaria no se ha valorado lo suficiente, como tampoco la persistencia de esta identificación por años y décadas. Pero lo que realmente debilita el análisis es el escaso valor atribuido a la organización obrera y sus conflictos, y la virtual ausencia de referencias a la resistencia de los trabajadores y su protagonismo permanente, organizado y público en los años de 1920 y 1930. En las historias generales de la RM, la totalidad de las contribuciones hechas por los trabajadores son subestimadas. Igualmente subvaloradas a menudo son las participaciones diversas, nutridas y persistentes de las mujeres y de los pueblos indígenas, lo que constituye una exclusión de participantes masivos muy significativa. Los estudios políticos de esta revolución prestan poca atención a las angustias, disensiones, contradicciones e innovaciones culturales, y cuando en ocasiones se mencionan —por ejemplo las artes gráficas— no son contextualizadas analíticamente y los artistas son clasificados como excepciones. No se habla de los significativos cambios en la cultura popular o en la diversidad artística que floreció con el paso de los

años; tampoco de la existencia de un creciente público que apreció las variadas expresiones artísticas. A menudo, la literatura ignora a los que se inconformaron con el *statu quo*, gente de mente reformista comprometida con el camino electoral que estableció un sub-movimiento social distinto a las acciones revolucionarias abiertas y armadas que lo precedían y coincidieron en el tiempo; este es un movimiento que reflejó una tendencia persistente: la lucha por la participación electoral. Claramente, el género, la clase, la raza y las identidades partidarias de los participantes, así como la matriz cultural de éstos, no son plenamente tomados en cuenta en los estudios realizados hasta la fecha. Además, la composición social de esa amplia revolución hasta 1940 no ha sido abordada plenamente.

Cabe pensar que la supuesta ausencia de ideología que algunos anuncian es juzgada simplemente como un pretexto de facto que justifica dejar de lado los contextos de las ideas, inspiraciones y normas entre 1900 y 1940. La proclamación de que ninguna ideología puede ser juzgada como una estrategia neocolonialista constituye una desacreditación de que cualquier participación masiva puede ser concebida como el resultado de una falsa conciencia política. Pero está claro que hubo articulaciones entre grupos que duraron varias décadas, así como cambios en ellas, quizá más que en otros escenarios revolucionarios. Es curioso que algunos académicos marxistas denuncien que el proceso mexicano carecía de una figura marxista dominante o una articulación hegemónica de este tipo. Pero el que no las hubiera hace más desafiante analizar esta revolución. Sin duda hubo articulaciones ideológicas durante la RM y el hecho de que este aspecto haya sido subvaluado o juzgado como deficiente refleja una postura política. Igualmente revelador es la forma en que se suele tratar las relaciones exteriores de la revolución. A pesar de que hay una literatura sobre las relaciones diplomáticas y económicas con estados extranjeros, hay pocas evaluaciones críticas exhaustivas del impacto negativo de las potencias extranjeras en el transcurso progresivo de la RM. Hágase de cuenta que alguien escribiera la historia política de Polonia en el siglo XX sin tocar el

papel de Alemania. Todos los aspectos mencionados aquí fueron partes de esta multifacética revolución.

En resumidas cuentas, los múltiples impulsores de la RM fueron la falta de gobierno constitucional; la injusta distribución de la riqueza; la monopolización de la tierra en pocas manos mientras la mayoría carecía de este recurso; las frustradas aspiraciones por una mayor autonomía local; la amalgama de quejas sociales, incluidas insatisfacciones morales, éticas y culturales y, por último, la inconformidad causada por la presencia de extranjeros poderosos y compañías transnacionales. En los reportes sobre la RM que la conciben como un amplio movimiento que pretendía un cambio social encontramos varias explicaciones —y negaciones— de especialistas en el campo a partir de las cuales podemos proponer hipotéticamente los siguientes cuatro paradigmas o argumentos:

1. La tesis de crisis política o de Estado aparece en buena parte de la temprana literatura sobre la RM. Todas estas explicaciones enfatizan los aspectos de los líderes destacados: minoría democrática + constitucionalismo = revolución.
  - a. Un régimen autoritario que estuvo a la deriva de 1908 a 1910, que había sido encabezado por más de treinta años por Porfirio Díaz (entonces ya viejo), quien inicialmente tomó posesión del cargo por una rebelión contra un presidente constitucional.
  - b. La élite política que rodeaba la presidencia de Díaz (el centro político) no pudo ponerse de acuerdo para apoyar a un sucesor entre 1908 y 1911, precipitando con ello una crisis.
  - c. Francisco I. Madero, miembro de la élite, lanzó su campaña presidencial sentando las bases de una disputada elección; el “triumfo” de Díaz en 1910 fue juzgado ilegítimo por múltiples voces debido a la represión y fraude durante el proceso electoral.

- d. Ciertos miembros de la clase media y unos cuantos de la élite retiraron su apoyo al régimen y respondieron al llamado de Madero para rebelarse.
  - e. La rebelión tuvo éxito y sus líderes formaron el núcleo de la nueva élite (primera etapa).
  - f. Hubo elecciones y en 1912 se instauró un presidente empoderado constitucionalmente.
  - g. El presidente constitucional fue derrocado por el ejército; el general Victoriano Huerta reclamó el puesto de presidente. Como respuesta, se luchó contra ese golpe de Estado con argumentos constitucionalistas.
  - h. Entre los participantes pro constitución hubo diversos rebeldes y varios líderes que se opusieron a Huerta; aunque sus motivaciones diferían en grado y alcance, su principal meta fue eliminar a Huerta.
  - i. La pelea siguió hasta la formulación de la Constitución “considerada legítima” de 1917 y la instalación de un presidente “elegido”, aunque realmente la mayor parte de la ciudadanía no participó.
  - j. Una nueva élite reconstituida (segunda fase) emergió mayormente proveniente del ejército y de sus auxiliares civiles; dicha élite se cristalizó en el periodo posterior a 1920, consolidó el Estado y dominó la economía durante décadas.
2. La tesis capitalista-agrícola y agrarista es una de las principales explicaciones estructuradas de la RM. Resalta los aspectos rurales y agrícolas: gente + tierra = revolución.
- a. El principal motivo de la eventualmente exitosa rebelión fue la redistribución de la tierra. Los participantes de la rebelión fueron campesinos. Se supone que la tierra estaba concentrada en manos de una élite rural terrateniente y que los campesinos constituían la mayor parte de la población carente de tierras.

- b. La concentración de la tierra fue significativa: uno por ciento de la población poseía más de 90 por ciento del territorio, dejando a la mayoría sin acceso a tierras de cultivo propias.
- c. Los precios de los alimentos y mercancías eran altos, mientras que los salarios abismalmente bajos.
- d. El 80 por ciento de la población vivía en el campo; cuatro quintas partes de las comunidades rurales (la mitad de la población) vivían en grandes haciendas, dependientes de los caprichos de los terratenientes, a quienes aborrecían.
- e. Las etapas económicas transcurrieron conforme la agricultura capitalista se desarrollaba según la ecología regional y la intensidad de producción. Así, el desarrollo agrícola fue muy disparate a través del país tan geográficamente diverso. Los rasgos socioeconómicos de la gente rural variaron enormemente.
- f. La dinámica agrícola-económica que emergió estimuló una mayor concentración de tierras y de la producción, augurando la permanencia de salarios bajos si la gente no actuaba; la agricultura era clave.
- g. La disensión que condujo a los actos revolucionarios emergió en zonas donde el capitalismo estaba más —no menos— enraizado, aunque varios intérpretes de la tesis agraria sostienen lo contrario.
- h. Sin duda, los campesinos constituyeron la mayoría de los participantes al frente del levantamiento armado. Formaron ejércitos agrarios regionales con líderes autonombrados, algunos de los cuales llegaron a destacar.
- i. Las insurgencias agrarias regionales continuaron hasta ser sofocadas o resueltas por la vía de la negociación.
- j. En algunas localidades no hubo grandes cambios en la tenencia de la tierra o en las relaciones de propiedad; en otras, estas condiciones empeoraron en relación con la equidad de los jornaleros.

- k. En realidad, la nueva élite emergida de las fuerzas insurgentes fue la antigua élite, pues los nuevos elementos se incorporaron a las élites económicas y sociales ya existentes.
  - l. El país y la sociedad cambiaron gradualmente, quizá por el crecimiento demográfico en las ciudades y pueblos. Las tesis agrícolas no explican ni incluyen este crecimiento; además subestiman la importancia de otros sectores.
3. La tesis de dependencia y desarrollo estructural desigual explica más comprensivamente el contexto económico y el escenario político mediante una perspectiva más globalizadora que los dos acercamientos anteriores al enfatizar la expresión social de las fuerzas económicas: modernizadores + economía = revolución. Asimismo, describe más comprensivamente el contexto económico y el escenario político de una manera general que las tesis de crisis política y la de insurgencia agraria porque subraya la expresión social de las fuerzas económicas dinámicas: modernizadores + economía = revolución.
- a. La forma del desarrollo económico dio lugar a una tenue economía política nacional que daba sus primeros pasos hacia la modernización. Ciertamente, hubo aspectos, sectores y zonas subdesarrollados: lo económico no se separaba de lo político ni lo industrial de lo agrario. Aspectos críticos de la economía nacional impactaban a la gente que experimentaba en sus vidas y acciones cotidianas las continuas contradicciones del desarrollo desigual entre las regiones del país. El desarrollo exhibió patrones regionales y sociales que inducían al comportamiento reaccionario.
  - b. La sociedad y el Estado mexicanos se caracterizaban por rezagos en el gobierno, una economía en desarrollo y por disyuntivas entre ellos; los políticos dominantes se opusieron a una clase obrera numéricamente modesta y sujeta a continuas represiones.

- c. Hacia finales del Porfiriato (al inicio del siglo XX) se intensificó la rivalidad entre élites regionales que llegaron a desafiar a la del centro, al círculo que rodeaba la Presidencia.
  - d. Las repercusiones de esta competencia sacudieron a la sociedad y despertaron a los inconformes.
  - e. Entre 1900 y 1910 hubo varias crisis financieras graves que afectaron mayormente los vínculos internacionales con un leve impacto coyuntural a nivel local.
  - f. La élite central fue incapaz de manejar la economía política y fracasó en responder eficazmente a las sucesivas crisis.
  - g. Los inconformes y sus seguidores tomaron el Estado, aunque sin una clara solidaridad de clase, identidad o soluciones efectivas. Su lema fue “élites fuera... élites adentro”; es decir, apoyaban a un gobierno más eficiente que trajera un desarrollo más eficaz. Las nuevas élites periódicamente estaban envueltas en disputas entre sí.
  - h. En las décadas posteriores a 1910, los ciclos siguieron reproduciendo un escenario en que una élite que se concebía como homogénea y astuta le ganó la partida a los trabajadores, dejándolos como clientes, mientras que en el campo se redistribuyeron tierras marginadas a campesinos agradecidos en ciertas áreas pero bajo la tutela de caciques regionales.
  - i. En cada ciclo, nuevos grupos se unieron a la élite. El sector laboral industrial o urbano, que crecía lento, ganó modestas concesiones. Más tarde, sus líderes llegaron a ser si no miembros de la élite, sin duda sus socios secundarios.
  - j. La concientización política y organizativa fue sólo parcial, aunque reconocida como necesaria para motivar a los participantes a dirigir a la sociedad hacia el cambio sustantivo.
4. La tesis de indignación moral abarca diversos participantes de distintos antecedentes. Atribuye la RM a la creciente indignación que afectó —según sostiene— a diversos actores y despertó la resistencia al régimen por parte de voluntarios en distintas



regiones y culminó en las motivaciones culturales y éticas que tuvieron para rebelarse. Esta rebeldía fue especialmente evidente en ciertos sectores de la economía industrializada y entre algunas agrupaciones rurales; de manera que así se explica la participación de trabajadores tanto rurales como no agrícolas. Predomina lo rural: gente con una creciente indignación moral + circunstancias coyunturales = revolución.

- a. Supone que en una sociedad altamente rural y agraria, determinada por la producción, hubo relaciones desiguales en algunos momentos y lugares, pero estables con los terratenientes y que prevaleció un reparto justo de las cosechas. Pero desajustes económicos externos desbalancearon dicha estabilidad, llevando a algunos a manifestar su inconformidad.
- b. De los cambios rurales surgieron querrelas entre jornaleros disidentes que culminaron en respuestas revolucionarias de muchos profundamente indignados por los actos negativos de los terratenientes.
- c. La moralidad campesina fue gravemente violada. Ellos constituían la mayor parte de la mano de obra productiva, aunque hubo enorme diversidad en sus organizaciones y acciones, sus líderes locales estaban en contacto entre sí y con otros dirigentes descontentos.
- d. Los trabajadores urbanos industriales, manufactureros y del transporte jugaron un papel moderadamente significativo por su colocación estratégica en una economía en desarrollo. Al mismo tiempo, los obreros industriales urbanos en particular se creían víctimas de un trato injusto por los patrones porque sus peticiones de modestas mejorías salariales y condiciones laborales fueron rechazadas con desdén.
- e. Los miembros de la clase media se indignaron con el gobierno por la corrupción y las prácticas sesgadas. Sentían que el régimen fracasó en su obligación moral para con los ciudadanos conscientes de sus derechos. Algunos descontentos de la clase media se unieron a los trabajadores inconformes.

- f. Trabajadores y ciudadanos de clase media se consideraban como miembros productivos y éticos de la sociedad.
- g. Creció entre muchos la convicción de que la revolución se justificaba y era correcta dada la necesidad del presidente Díaz de mantenerse en el poder.
- h. La indignación popular triunfó en dos grandes rebeliones y creó amplia inconformidad: primero, venció a Díaz (1911) y luego al general Huerta (1913). Luego se basó en el encono dirigido contra el Primer Jefe, Venustiano Carranza (1915), donde participó gente que antes apoyaba su liderazgo. Titubeante al inicio, esta disidencia eventualmente cobró un fuerte impulso (1919).
- i. Innovaciones cívicas visibles, como la moderna constitución y un monolítico partido político nacional; también, acontecimiento importante, sin duda, fue la emergencia de ciertos líderes. Los campesinos y obreros fueron las fuerzas progresistas y activas que empujaban por reformas y mejoras administrativas, pero su prominencia política disminuyó con el tiempo cuando hombres con rango militar rebasaron a otros liderazgos.
- j. Astutos manipuladores tomaron el control del gobierno a pesar de destellos de articulación y de organización populista. Sus reclamos fueron reconocidos, pero sólo de manera modesta, y sus líderes fueron cooptados. Los empresarios colaboraron.
- k. Hubo pocos avances tangibles para los campesinos y la mano de obra organizada.
- l. Cambios sustantivos resultaron en transformaciones significativas de cultura popular e identidad nacional. Declaraciones institucionales y cívicas surgieron de los líderes en esos campos.

El conjunto de explicaciones hipotéticas plasmado aquí sirve para delinear y entender, rudimentariamente, la historia de los eventos ocurridos entre 1910 y 1920, pero no basta para comprender

el proceso revolucionario antes de 1910 ni el multifacético proceso transformativo que culminó después de 1920 y determinó el alcance de los cambios sociales pretendidos. Ignorar la gestación de la revolución o descartar sus orígenes como simples precursores significa despreciar a los primeros impulsores y a la importancia de la disensión urbana y rural. Aparte, subestima el análisis en tres áreas: 1) los orígenes, 2) los participantes y puntos de conflicto y 3) las consecuencias o desenlaces. Asimismo, las causas identificadas no explican cabalmente los procesos políticos o de apoyo, las medidas legislativas y la institucionalización ministerial asociados a lo largo del tiempo con la Revolución Mexicana. El enfoque en sectores realza a las élites y a los agricultores inconformes. Si bien estas explicaciones reconocen algunos cambios en las circunstancias personales, las creencias culturales y los pronunciamientos cívicos, no examinan los cambios en la vida cotidiana que expresan las prácticas culturales cívicas o las políticas públicas e instituciones sociales de un proceso revolucionario que se extendió por varias décadas e involucró a diversos sectores. No examinan adecuadamente ni explican plenamente cómo evolucionó el/los liderazgo(s) militar(es) o el impacto de extranjeros en los posibles desenlaces del proceso. No tratan convincentemente el tema del empoderamiento del Estado; es decir, el uso —para entonces innovador en México— del poder del Estado por los regímenes para acelerar el desarrollo económico y, al mismo tiempo, concretar la estabilidad política, como aconsejaba la evaluación por el liderazgo de las experiencias pre y posterior a 1910. En efecto, las explicaciones descritas arriba no llegan a lo más profundo del proceso revolucionario después de dar cuenta de las motivaciones iniciales y las insurrecciones primarias. A través del uso de varios materiales, la base fáctica de la RM puede plasmarse esquemáticamente para hacer explícitos los elementos de una perspectiva que resulta más íntegra y congruente con una explicación más amplia que tome en cuenta tanto las condiciones contextuales como los aspectos ideológicos.

## LA REVOLUCIÓN MEXICANA COMO PROCESO

### CONDICIONES CONTEXTUALES

Los años de la primera década del siglo XX se distinguieron por una serie de crisis, potenciales catalizadores y condiciones identificables<sup>11</sup> que, al combinarse con circunstancias que eran de por sí apremiantes, pudieron precipitar radicales acciones políticas populares, tal y como sucedió. Como la literatura puntualiza, detrás de su fachada de poder el gobierno de Díaz carecía de la destreza y de los recursos necesarios para hacer frente a importantes insatisfacciones económicas cuando llegaron a coincidir en el tiempo las inconformidades de campesinos y obreros, sectores que tenían algunos elementos organizados y combativos. Más tarde, grupos de clase media empezaron a expresar una profunda desilusión con el sistema electoral y a manifestar su descontento. Para inicios de 1910, el gobierno en

<sup>11</sup> Aspectos de economía y sociedad se tratan en el Seminario de Historia Moderna de México, *Estadísticas económicas del Porfiriato, fuerza de trabajo y actividad económica por sectores*. En el México del *Antiguo régimen a la revolución*, François-Xavier Guerra ofrece un minucioso examen de las condiciones antes y durante los primeros años de la RM. Para un profundo análisis de un importante componente de la Revolución hasta 1923, véase Friedrich Katz, *The Life and Times of Pancho Villa*.

turno tenía graves problemas de mal agüero para la élite tanto económica como política. En los primeros años del siglo XX, incrementó paulatinamente la inconformidad de la clase media y de la élite con el gobierno nacional y el dominio de caciques a nivel local. En lo económico, hubo reclamos de muchos grupos locales por los desplazamientos vinculados a la represión de los obreros industriales, mientras se seguía ignorando la urgente necesidad de mejorar las condiciones de varios sectores de asalariados. Fluctuaciones monetarias afectaron a los asalariados, comerciantes y pequeños productores por igual mientras los altibajos de empleo y producción perjudicaban el estándar de vida de muchos ciudadanos. La modesta provisión de servicios públicos, la virtual ausencia de mejoramientos locales y el escaso control del orden público, consecuencias de los magros ingresos del gobierno, resultaron lógicamente de la dependencia de la nación de las exportaciones en al menos dos sentidos: primero, el gobierno optó por no extraer más ingresos de las entidades extranjeras explotadoras, cuya presencia se había subvencionado y no pagaban ningún impuesto y, segundo, el dinero generado por los salarios austeros vinculados al desarrollo salía del país hacia el extranjero. Sin embargo, pese a los ingresos mediocres, el presupuesto federal fue equilibrado con un excedente ya que proporcionaba pocos servicios.

Se podría argumentar que el escenario mexicano vislumbraba condiciones emergentes en otras partes del mundo. Obviamente, un corolario de ejercer el poder nacional es ejercerlo a nivel local. Fueron recurrentes las acciones represivas y protestas dirigidas mayormente a los obreros y jornaleros. En ese tiempo, modestos incrementos en escolaridad e influencias modernizadoras aumentaron ligeramente el número de jóvenes —mujeres y hombres— preparados, pero algunos fueron críticos de la situación del país. Con el tiempo y el notable incremento demográfico, hubo significativos desplazamientos poblacionales, incluso en las regiones próximas a la frontera con Estados Unidos, a menudo de gente ya hastiada. Los desalojos y bajos salarios alimen-

taron la resistencia entre varios pueblos indígenas, situación que enardeció cuando la represión de algunas etnias incitó a otras a protestar. Y todos esos actos represivos fueron ampliamente difundidos y discutidos. La percepción de la renuencia del régimen o de su administración ante iniciativas locales de reforma alentó a la gente a ponderar cambios a nivel nacional. Aparte, movimientos y corrientes revolucionarios en el extranjero hacían eco de los reclamos cívicos de grupos en el país. En cierta medida, esas tendencias se cuajaron en iniciativas de agitación específicas y consistentes que implicaban las organizaciones de trabajadores industriales y agrícolas. Se veía venir la pronta caída del régimen. Se especulaba sobre esta posibilidad y se hacían saber inconformidades específicas.

Se reconozca o no, la verdad es que hubo un marco contextual.

#### PROGRAMAS

Es preciso examinar los aspectos ideacionales de México para identificar y explicar los diversos activismos. Para estar seguro, el balance resumido sobre la importancia de las ideas y de los pensadores que abogan por la revolución está lleno de altibajos. Si bien los estudiosos concuerdan que una revolución implica tanto condiciones como activistas, no coinciden en la importancia de las ideas. La referencia a la no importancia de lo ideológico de parte de una minoría de cronistas del movimiento independentista de Estados Unidos resulta graciosa: aseguran que “no hubo ideología —o ideologías— significativa[s]” o que los principales conceptos fueron facsímiles de nociones británicas. De hecho, algunos estudiosos señalan que el principal polemista ideológico de la independencia era un inglés trasplantado, Thomas Paine (1737-1809), quien regresó a Inglaterra donde murió olvidado en un estupor alcohólico. Karl Marx (1818-1883) no influyó mucho en acontecimientos revolucionarios en su vida y nunca organizó con éxito un movimiento social, ni jamás logró ejercer el liderazgo directo de alguna revolución, fuese en Alemania, Francia o Inglaterra. Em-

pero, hubo en el mundo destellos revolucionarios durante su vida y es considerado un importante crítico de la economía política del siglo XIX que produjo mucho material analíticamente útil, aunque sus escritos fueron de escasa especificidad, en relación con el gobierno y la cultura de la sociedad existente o la proyectada para el futuro. Fascinado por la Revolución Francesa de 1789, algunas de sus aseveraciones de esta revolución son objetivamente puestas en duda por historiadores, incluso historiadores marxistas. Marx acogió con beneplácito a las llamadas revoluciones de 1848, aparentemente basadas en una ideología sólida, cuyos entusiastas cultos expresaron peticiones reformistas bastante moderadas y, aun así, fracasaron en Francia. A pesar de la proclamación de Marx, aún más de un fracaso fue la Comuna de París de 1870-1871; sin embargo, tanto esto como los acontecimientos anteriores de 1789 alcanzaron unas vidas exitosas en papel como “modelos”, aunque ni siquiera estuvieran cerca de ser revoluciones sociales hechas y dadas. Marx por supuesto es ampliamente reconocido como un influyente revolucionario del siglo XX. Antonio Gramsci (1891-1937) es también reconocido como uno de los más destacados ideólogos, quien realmente aborda la superestructura de la sociedad. Gramsci, teórico original y excelente organizador, sentó las bases para el partido comunista italiano, el cual fue reconocido en algún momento como una organización pro revolucionaria, bien organizada, relativamente grande y tácticamente sofisticada en Europa Occidental. Sin embargo, Italia nunca tuvo una revolución izquierdista pese a la permanente presencia de una sólida base social de izquierda con un discurso singularmente rico. En todo caso, el ideario siempre fue importante en las revoluciones populares, contaran o no con un luminario destacado, de modo que es preciso escrutar las revoluciones también culturalmente, porque las ideas son en buena medida contextuales. En sus inicios, toda revolución destaca por una heterogeneidad ideológica acompañada, normalmente, de avocaciones ideológicas que gravitan hacia el centro del espectro. Cuando hay luminarios, no son sus profundos escritos los que resultan intelectualmente determinantes, sino

la información, ideas, ideales, valores y herencias políticas que están al alcance de la gente —sea cual sea su tinte político— los que constituyen la inspiración ideológica que enciende a muchos participantes; en la práctica éstos forman el marco de la acción. Ningún estudioso sostiene que las tempranas revoluciones de Rusia o China en el siglo XX destacaron por su ideología socialista, tampoco lo hacen ahora. Y si algunas revoluciones, parecen, o llegan a parecer, ideológicamente homogéneas es porque las percepciones y realidades fueron moldeadas después de que sus protagonistas accedieron al poder, como vemos en *A Short Course in the History of the Communist Party* (URSS, 1938) y *Quotations from Chairman Mao Tsetung* (China, 1966). La Revolución Mexicana es un caso distinto porque los académicos suelen menospreciar la importancia de las ideas. Walter Goldfrank, un crítico que escribió a partir de la literatura de segunda mano en inglés, sostiene que la mexicana fue una revolución sin ideología; una afirmación tan falsa como sesgada, ya que es como decir que los mexicanos eran incapaces de tener ideología. Coexistieron en la RM varias ideologías en continua evolución, sostenidas por una multifacética tradición revolucionaria entre sus pueblos con límites ideológicos y circunstanciales. Y, a propósito, algunos límites, tanto ideológicos como estructurales, son eventualmente identificables entre todas las revoluciones, como las que atestiguaron la realidad de Rusia y China en el comienzo del siglo XXI.

Las expresiones de zozobra y altruismo humano y las vidas tumultuosas con esporádicas esperanzas son potenciales viveros de revolución. Tienen un contexto o marco cultural que incluye ideales y recuerdos de acciones proactivas que buscan equidades personales y locales, así como ideales utópicos y acciones reivindicadoras, entre las cuales encontramos reclamos de respeto en un mundo donde predomina la denigración colonialista. La decisión consciente de participar en actos contenciosos quizá surja de profundas inconformidades y aspiraciones, del interés pragmático o del simple oportunismo, pero siempre debe haber una chispa de esperanza. En medio de la crisis, una puerta abierta que conduce a



la superación o a la oportunidad de saciar el rencor personal resulta del idealismo y del sacrificio de otros. El escritor Alan Knight, basándose mayormente en informes consulares británicos, desestima los sentimientos populistas de los pueblos insurgentes como simples revolturas de inconformidades, nacionalismos e igualitarismos que no suman gran cosa. No aclara qué significa aquí “gran cosa”, pero esa “cosa” podría bastar para desencadenar protestas populares. En cierto momento y en determinadas circunstancias la combinación de sentimientos sociales puede constituir un excelente detonante ideológico (si no, pregunte a Jimmy Carter sobre los eventos en Irán en 1979). Negar lo ideológico empobrece el análisis. La meta es buscar la diversidad de visiones ideológicas, identificar aquellas que son catalizadoras y, desde luego, tomar en cuenta las tradiciones revolucionarias ideológicas de un pueblo, su patrimonio.

Conciencia e ideología son dos vocablos que en su uso político suelen alienar a los lectores en lugar de aclarar cuestiones pertinentes a la relación entre ideas y revolución. Pero, cuando se utilizan analíticamente proveen rubros útiles para tratar aquello que motiva a actores políticos claves y conduce a las acciones y a la articulación de metas; es decir, los valores, sentimientos y creencias que impelen los actos de contestación política de individuos cuya participación y filas se hacen visibles mediante las actividades de oposición. A la vuelta del siglo, la conciencia crítica de los mexicanos se expresaba en acciones y afirmaciones políticas que desencadenaron una serie de brotes revolucionarios en diversos sectores que duraron algún tiempo. En la primera década del siglo XX, muchos mexicanos, incluida la gran población identificada como “indios”, tenían un rango de herencias ideológicas y opciones respecto de la tenencia de la tierra y la gobernanza. En todo momento, las nociones nativas del uso del suelo y de igualdad social entre los miembros de una comunidad pueden ser consideradas radicales. Sin duda, los ideales, valores y normas de lo que se juzga éticamente correcto o incorrecto pueden identificarse en el tiempo entre los pueblos originarios de Mesoamérica. Ciertos

grupos expresaban ideologías locales. En efecto, los pueblos indígenas tienen una herencia ideológica, ellos también se apropiaron de nociones útiles dentro de su herencia. En el periodo colonial, algunos misioneros —franciscanos o jesuitas— implantaron una ideología particular basada en la premisa de servicio que reforzó algunas nociones de justicia social y equidad cívica de la cultura nacional popular. Aunque no quedó registro de las identidades de algunos grupos indígenas en las áreas que habitaban, éstas participaron de manera definitiva en los discursos políticos locales, apoyando o rechazando a líderes locales por sus propias evaluaciones ideológicas. Los indígenas constituyen un sector entre las filas revolucionarias, y, con un poco de ahínco, el investigador puede identificar y trazar las raíces indígenas de algunos líderes y movilizaciones. Es importante notar que esta herencia nativa data desde tiempos inmemoriales y persiste en la actualidad.

Los antecedentes radicales de ciertos sectores del movimiento independentista resaltaron los anhelos de igualdad y libertad de la gente movilizada. En foros públicos, metas políticas y argumentos constitucionales referentes a las constituciones de 1824 y 1857 fueron pronunciados por liberales de clase media y conservadores de la alta élite. Muchos seguidores y detractores del régimen de Díaz calificaban ostensiblemente sus visiones económicas acorde a las normas del gobierno republicano burgués. Si las discusiones surgidas en la Filadelfia de la década de 1770 se juzgan ideológicas, las de la ciudad de México en los años de 1890 también lo fueron. El debate liberal-republicano/autoritario-conservador siguió, con los primeros insistiendo en una república electoral con gobierno constitucional y una auténtica división de poderes. Por varias generaciones, sostener la Constitución de 1857 significaba para los liberales radicales un compromiso con la gobernanza republicana y democrática, e igualmente, según van las constituciones, es un documento coherente con claras igualdades y derechos, y con límites para gobernar, aunque con un excesivo énfasis en los derechos de propiedad individual. Ciertamente, esta constitución es más integral que sólo un esbozo de gobierno y un conjunto

de requisitos para los titulares de cargos. Y más bien que ser un facsímil, es un documento único para su tiempo. Con el advenimiento de la modernidad surgieron cuestiones concernientes a la práctica para la equidad laboral y el empoderamiento social y cívico de las mujeres, ya que éstas se escucharon en otras partes del mundo. Estas articulaciones mexicanas se hablaron, se oyeron y se transmitieron a través de reportajes de noticias culturales y aparecieron en el manifiesto Convención Liberal de 1892, en las 1 890 páginas de la publicación liberal *El Diario del Hogar*, en artículos a partir de 1900 en el periódico conservador *El País* y en la revista radical *Regeneración*. Esporádicamente, esas articulaciones se extendieron a algunas publicaciones y advocaciones feministas que abogaban a favor de los derechos y las equidades, dando lugar a muchos otros ritos de articulación después de 1910 y 1920, y hasta en los años treinta. Separar lo retrógrado de lo progresivo entre esa enorme constelación de elementos culturales populares en una sociedad mixta, diversa y muy histórica como la mexicana constituye un verdadero desafío analítico. Las exigencias de que el gobierno mostrara intenciones progresistas anunciadas por articuladores mayormente de clase media continuaron por varias décadas en asambleas, organizaciones y periódicos. No hay duda de que los principales movilizados y organizadores de entre la gente políticamente consciente estuvieron más involucrados que las masas que se movilizaban sólo erráticamente. Esos portavoces encontraron un público entre una minoría significativa que los escuchaba y leía porque compartían una meta común: un México más dichoso para todos gracias a la legitimidad cívica, la paridad económica y el respeto social.

En la década de 1900, los temas, reformas y supuestos políticos articulados por mexicanos abarcaban un amplio espectro de fuentes de inspiración tanto histórica como contemporánea.<sup>12</sup> Algunos

<sup>12</sup> Sobre elementos ideológicos están James D. Cockroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution*; John M. Hart, "Agrarian Precursors of the Mexican Revolution: The Development of an Ideology", en *The Americas*; Juan Gómez-Quiñones, *Porfirio Díaz, los intelectuales y la Revolución Mexicana*, y Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*. La gama de pensadores, ideas y

protagonistas que hablaron desde la cultura y los sectores populares cuestionaban y criticaban un *statu quo* que había fracasado en fomentar el bien público. Demandaban justicia social y el fin de toda desigualdad, insistiendo que eran dos bases del servicio al pueblo, y repitiendo los lemas “del pueblo”, “por el pueblo” y “para el pueblo”. Surgieron rencillas de índole racial, étnica, de estatus y de clase, todas entendidas por algunos —al menos— como indicadores de la necesidad de ejercer los derechos democráticos. La herencia y el endoso del liberalismo republicano, que defendía las normas constitucionales y electorales, alentaron pronósticos de una vida cívica más equitativa y ética. El conservadurismo católico, propagado por la Iglesia y sus medios de apoyo, seguía siendo importante a pesar de mantener articulaciones contradictorias —tanto progresistas como regresivas— respecto de la ética del gobierno. El positivismo y el darwinismo social, dos idearios formales, se hacían presentes en el discurso de algunos miembros de la élite por su enfoque en los hechos y su escrutinio de la lógica y las consecuencias sociales de la implementación de diferentes políticas. Se hablaba de los rasgos

---

labor intelectual entre 1900 y 1940 se aborda en los valiosos ensayos de Roderic A. Camp, *et al.* (eds.), *Ponencias presentadas en la VI Conferencia de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos*; Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*; Fernando Curiel, *La revuelta: interpretación del Ateneo de la Juventud*, y Javier Garcíadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*. Sobre los regímenes, las articulaciones y el uso del nacionalismo como retórica y justificante de posibles acciones políticas públicas, véase J. Gómez-Quíñones, *Porfirio Díaz, los intelectuales y la revolución*. Dos obras iluminadoras, aunque con visiones contrastantes son Frederick C. Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism*, y Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*. Para distintos acercamientos al racionalismo mexicano posterior a 1990, véase Claudio Lomnitz, *Deep Mexico, Silent Mexico. An Anthropology of Nationalism*, y Roger Bartra, *The Cage of Melancholy: Identity and Metamorphosis in the Mexican Character*. Hart, *Revolutionary Mexico: The coming and Process of the Mexican Revolution*, enfatiza la importancia del nacionalismo, pero lo refuta Alan Knight, *The Mexican Revolution*. La literatura sobre el amorfo problema de ideología es vasta y vivaz, desde Seymour Martin Lipset y George Lichstein hasta Louis Althusser y Terry Egleton. Los primeros, con G. Therborn, ayudan a sortear las discusiones sobre ideología por sus posturas críticas con respecto al tema. Un acercamiento más etnográfico a la ideología popular está en J. C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. En *The Idea of Critical Theory*, Raymond Geuss discute la inoperancia de la ideología como instrumento analítico.

del mal gobierno y la gente tenía en mente una serie de criterios que distinguían entre el “buen” y el “mal” gobierno. Más pronto o más tarde, ciertos reformadores optaron por rebelarse porque el gobierno estaba “mal”; es decir, era deshonesto, incompetente, injusto y autoritario. Algunos argumentaban tentativamente que la Revolución serviría al bienestar material del país, mientras que otros sostenían que era necesaria para restaurar la vitalidad espiritual o ética; en una palabra, regeneración. Las demandas de reforma y las críticas del gobierno siguieron hasta los años cuarenta y algunos pronunciamientos son de especial importancia. Sin duda había enfrentamientos ideológicos con regularidad.

Documentos que constituyeron parteaguas, redactados con la intención específica de impulsar la inercia de la Revolución, reflejan preocupaciones y resoluciones populistas a través de tres series interactivas de activistas, asambleas y mensajes, que tal vez hayan empoderado a agrupaciones concurrentes. Surgido de las actividades organizativas, posterior a 1900, el plan de 1906 del Partido Liberal Mexicano (PLM) fue una temprana declaración de liberales moderados y radicales que se atrevieron a criticar al régimen. Ese plan demandó reformas específicas, supuestamente inspiradas en las recomendaciones de sus simpatizantes. No buscaba ser original, porque su virtud yacía en codificar inconformidades y soluciones ampliamente compartidas entre sus organizadores. De hecho, se distribuyeron más de cien mil ejemplares del plan, que fue bien recibido y gozó de varias reafirmaciones en los siguientes diez años. Igualmente publicitadas fueron las llamadas de repudio al gobierno y para la deconstrucción de la economía capitalista, emitidas por el altamente radical PLM en 1911 y en los años sucesivos. Los voceros del PLM persistieron en sus vindicaciones dentro y fuera del país durante décadas siempre listos para enfrentar y discutir. Continuamente, comunicaron valores igualitarios y críticas estructurales. Quizá lo más efectivo de esa propaganda fueron sus críticas negativas y no tanto sus sueños utópicos. Los seguidores del PLM predicaban incansablemente por años en muchos lugares. Sin duda, la demanda de la gente de la campaña presidencial de Madero de elec-

ciones constitucionalmente válidas (1909-1911) sintonizó prácticas, sentimientos y convicciones pro constitucionales y pro electorales durante una generación, así como las vocaciones pro democracia y pro constitucionalidad de generaciones anteriores. Madero asió un movimiento en proceso. Algunas personas de este sector articulador tomaron las armas cuando las elecciones de 1910 resultaron fraudulentas y, por lo tanto, trastornadas. Incrustados más telúricamente en varias partes del país, en diferentes condiciones y con distintas genealogías, hubo mucha gente resentida por injusticias relacionadas con la tierra. En el transcurso y ampliando el plan de 1906, entre los campesinos, la defensa de la postura pro tierra quedó plasmada en el Plan de Ayala (1911), formulado por los agraristas de la época dirigidos por Emiliano Zapata. Su plan fue mencionado y apoyado públicamente en repetidas ocasiones en la siguiente década. Estas tres series de iniciativas organizadas se juntaron en un foro representativo de las facciones que para entonces habían recurrido a las armas: a saber, la Convención de Aguascalientes de 1914. Allí, los discursos de los revolucionarios reafirmaron los pronunciamientos reformistas anteriores y establecieron prioridades para las instrumentaciones programáticas de un futuro gobierno, mientras que los liberales allí presentes revelaron prioridades cada vez más desarrollistas.

Con el tiempo, lo cívico y lo civil se convirtieron en dos columnas de una misma página. Apoyada por facciones triunfadoras e inspirada, en parte, en las constituciones liberales de 1824 y 1859, la Constitución de 1917 perfiló un Estado nacional republicano democráticamente fundamentado, con cláusulas específicas que trataron temas como el reconocimiento sectorial y los derechos individuales y colectivos con innovaciones que subsumieron las radicales articulaciones vigentes. Estas cláusulas realmente incorporaron el Plan de Ayala de 1906 y el de 1911. Esa fue la Carta Magna de mayor conciencia social de su época y la que más poder concedía al Estado. Tras la formación del partido político nacional en 1929 surgieron numerosas iniciativas que reflejaban premisas populares y procedimientos incluyentes encaminados hacia la implementación

de medidas radicales que beneficiarían a grandes contingentes de la población. Entre ellas están las tempranas declaraciones de Lázaro Cárdenas en 1932-1933, el Plan Sexenal de 1933 que presentó el Partido Nacional Revolucionario (PNR), los pronunciamientos del Partido de la Revolución Mexicana (PRM) en 1938 y varias comunicaciones emitidas por la administración cardenista, como los lineamientos y prioridades establecidos en sus Catorce Puntos de 1936. Esos planes recibieron un amplio apoyo, en parte porque algunos sectores populares estaban familiarizados con sus propuestas. Durante la administración cardenista, la retórica del gobierno fue marcadamente popular y nacionalista, reflejo del tono adoptado por muchas agrupaciones de índole laboral, feminista, educativa y artística en una época en que los asuntos sociales y culturales se argumentaron casi tan importantes como los temas económicos y políticos. Las mujeres expresamente movilizadoras formularon demandas y construyeron organizaciones para promover la igualdad de la mujer. Entre 1912 y 1940, fluyeron continuas ráfagas de expresiones —algunas de solidaridad, otras de condena— respecto del proceso revolucionario, anunciadas por defensores y opositores de orientaciones muy variadas. No hubo en la Revolución Mexicana un predominio partidista totalitario, tampoco una imperante autoridad individual, ni se hizo un llamado a la religiosidad. No hubo textos aclamados e inviolables. Pero, eso sí, un público que la defendía firmemente, así como opositores, algunos abiertos, otros encubiertos. Claro, tampoco podía faltar la cohorte de los indiferentes. Por varias décadas la revolución fue dispersa e intelectualmente heterogénea. Entre 1900 y 1940, muchos individuos contribuyeron al acervo de escritos que la evaluaban y propusieron políticas que recomendaban medidas reformistas y radicales para el bien público, algunos de ellos fueron insistentes y hasta severos.

Para algunas personas, actuar para el bien del país se convirtió en un valor cultural y referencias a este valor funcionaron para enfocar la atención en políticas internas populares y no en una retórica de extrema xenofobia (antiextranjerismo). Para unos pocos, este valor no constituía un patriotismo chauvinista como el

que solía encontrarse en las sociedades europeas. No existía un significativo enemigo externo a quien se debía enfrentar belicosamente; más bien, México necesitaba regenerarse o al menos así predicaban algunos activistas. A un nivel popular y positivo, el nacionalismo significaba aspiraciones sociales, utópicas o idealistas compartidas —los llamados “valores patriotas entendidos”—, aunque para muchos otros el nacionalismo significaba un lugar digno y reconocido entre el concierto de naciones y Estados para México y los mexicanos. El nacionalismo mexicano era visto como una meta doméstica positiva, “un México justo y próspero” medido por “modernización y justicia social”, y no una simple querrela o supremacía como solía ser articulado en otras latitudes. Además, como una fuerza organizativa y de cohesión, en este caso el nacionalismo fue reconocido implícitamente en articulaciones reformistas: “México para los mexicanos”, por ejemplo, reflejaba el hecho —obvio para muchos— que los recursos y tierras estaban siendo apropiados por extranjeros. La “mexicanidad” —el valor positivo idealizado de ser mexicano— fue una convicción ampliamente acogida; de hecho, casi una creencia cultural entre la clase media letrada. En una otrora sociedad colonial como la mexicana, las relaciones con lo extranjero se representaban en un amplio espectro que abarca desde emulación y dependencia hasta autorreflexión y antipatía xenofóbica. Circulaban actitudes antiextranjero y anties-tadounidense, pero en un grado menor en comparación con otras sociedades poscoloniales. En la vida cotidiana el blanco de la mayor parte del sentimiento antiextranjero fueron los comerciantes españoles y chinos, no los norteamericanos o sus negocios; con la excepción de las protestas por los linchamientos de mexicanos en aquel país, las ocupaciones militares de Estados Unidos y las acciones de sus corporaciones petroleras. Esas manifestaciones antiextranjeras no se comparaban con las que ocurrieron en China.

En realidad, estas actitudes críticas fluctuaban con el tiempo en lugar de irse ampliando paulatinamente. Para algunos mexicanos el progreso material de Estados Unidos se erigía como un modelo del desarrollo económico y de eficiencia administrativa.



Al mismo tiempo, se entendía que el antiextranjerismo chocaba con una importante realidad: la inversión extranjera significaba empleos locales, estimulaba la actividad de los negocios vecinos y aceleraba el desarrollo de la economía nacional, haciendo posible un mejor estándar de vida por y para algunos mexicanos. Líderes locales y regionales compartían con dirigentes nacionales este entender y las contradicciones políticas que implicaba. En efecto, hubo opositores a las medidas positivas que promovían igualdades en cuanto al sustento, al género o a la educación.

#### LA CONTRARREVOLUCIÓN

Durante la Revolución Mexicana hubo esfuerzos por frenar o deshacer lo que se creía era la revolución, pero en general la literatura ignora a todos menos a los más destacados actores del Estado, por ejemplo, los defensores del régimen porfirista.<sup>13</sup> Esta oposición no está tomada en cuenta adecuadamente en los análisis de la RM y hace falta examinar sus bases sociales y su evolución. Por ejemplo, los ciudadanos que toleraban el régimen de Díaz o que lo apoyaban abiertamente —un sector visible durante tres décadas— pasan desapercibidos a pesar de su continua presencia política. Otro aspecto que carece de una explicación suficiente es cómo fue que ciertos elementos de las filas revolucionarias pasaron al lado de la contrarrevolución. Claro está que los contrarrevolucionarios fueron los que se opusieron más activamente a las propuestas de reformas populistas y los cambios progresistas del régimen. Sus actividades fueron múltiples y persistentes, y lograron resultados.

<sup>13</sup> Información sobre las actividades contrarrevolucionarias y motivaciones de los activistas se evalúa en Michael C. Meyer, *Huerta: A Political Biography*; Peter V.N. Henderson, *Félix Díaz, the Porfirians and the Mexican Revolution*; Jean Meyer, *La cristiada, Esperando a Lozada*; Alberto L. Michael, “El nacionalismo conservador Mexicano desde la revolución hasta 1940”, en *Historia Mexicana*, V. 16; Hugh G. Campbell, *La derecha radical en México, 1929-1949*, y Javier Garcíadiego, *Revolución constitucionalista y contrarrevolución, movimientos reaccionarios en México, 1914-1920 (tesis)*, y *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*.

Los contrarrevolucionarios se mantuvieron activos durante toda la Revolución. Compuesta de diversos participantes y posicionamientos, la contrarrevolución fue capaz, al paso de los años, de cambiar y adaptarse eficazmente. En casi todo momento tenía elementos en las fuerzas armadas: primero, soldados del antiguo ejército porfirista, seguidos por revolucionarios moderados del lado constitucionalista. Fueron elementos importantes, jamás estáticos. Un autor que afirmó que se podía omitir a la Iglesia católica del análisis de la Revolución ignoraba no sólo la relevancia de esta institución en el país, sino la incidencia de la religión organizada en la mayoría de los contextos revolucionarios. La Iglesia proporcionaba lo que a menudo le faltaba a la contrarrevolución: a saber, una firme base social. Ciertamente, hubo diversidad entre el clero y la feligresía. Los católicos organizados y movilizados opuestos a la revolución contrastaban con los creyentes que participaban en la revuelta. Entre otras aparentes contradicciones, hubo católicos conservadores que se presentaban como reformadores sociales y demandaban la justicia social, el apego a la Constitución y la liberación de un Estado opresivo. La mayoría de los grandes terratenientes fue en algún momento contrarrevolucionaria, pero a finales de los años treinta sus filas estaban disminuidas porque muchos habían pasado al lado de los conservadores electoralistas. La autoidentificación de los agronegocios comerciales, los productores de leche y los grandes ganaderos comerciales como conservadores era una constante. Un resultado de esas iniciativas de oposición fue el surgimiento de organizaciones que desarrollaron importantes actividades y discursos internos, y se dedicaban a convencer a la gente de rechazar toda reforma radical.

Para los años treinta, de hecho, muchos contrarrevolucionarios se transformaron. Algunos emergieron como conservadores electoralistas opuestos al partido dominante en el poder, acompañados por intelectuales conservadores u oficiales del ejército con públicos conocidos que los dotaban de influencia. Hasta 1940, los contrarrevolucionarios tercios fueron tan persistentes

como los más empedernidos revolucionarios. Como sector, se distinguió por su diversidad interna y su programa multifacético. Además, los elementos contrarrevolucionarios que siguieron en activo después de 1911 se separaron de la corriente conservadora histórica y del sector social enraizado en el siglo XIX. Hubo quienes rechazaban lo que a su juicio eran programas de cambio coercitivos y políticas fundadas en supuestos principios de la RM. Aunque los adherentes al movimiento cristero quizá fueron engañados por la alta autoridad eclesiástica que los urgía a desafiar al gobierno de Calles, su multisectorial movimiento social fue, en efecto, una expresión de profundos anhelos regionales generalizados de equidad económica y respeto social. La literatura suele aplicar la etiqueta de contrarrevolucionario precipitadamente y así subestima y homogeniza los procesos contrarrevolucionarios, debilitando el análisis histórico.

#### ECONOMÍA CULTURAL

Antes y durante la Revolución, mexicanos de orientación cívica se esforzaban por progresar en términos del estándar mundial de desarrollo, persistiendo en sus intentos de cambiar una economía marcada por turbulentas relaciones políticas y proclamaciones de adaptaciones culturales. Desde el surgimiento de los sentimientos revolucionarios, hasta la transición a los programas revolucionarios, lo disparateo de la economía y la heterogeneidad de los elementos culturales constituyeron tanto obstáculos como facilitadores. Las fuerzas y los líderes aparentemente pro revolucionarios encaraban varios obstáculos persistentes en sus intentos de consolidar el poder y, tras ocupar los puestos, encontraron impedimentos a la implementación de sus objetivos.<sup>14</sup> Las décadas de revolución fueron antecedidas y

<sup>14</sup> Aún falta un resumen explícito y amplio de las prácticas de economía política y social que los revolucionarios encararon, porque los autores —incluidos los que abordan las artes y políticas populares— sólo mencionan los aspectos evidentes en las luchas del poder entre 1912 y 1915. Hart es sensible a las cuestiones del poder y va más allá del enfrentamiento armado en la construcción de apoyo para las políticas y de las dificultades encontradas al implantar medidas populares

seguidas por recesiones económicas mundiales y conflictos políticos y bélicos globales que, en algunos casos, conservaron su alcance e intensidad durante todo el periodo. Al comparar las depresiones de 1907 y 1909 con la de 1929-1932, y las consecuencias de la Primera Guerra Mundial con las de la Segunda, este punto queda bien ilustrado. La vulnerabilidad de una economía dependiente y de instituciones sociales dependientes quizá contribuyó a las posibilidades de revolución; pero dicha vulnerabilidad afectó negativamente la probabilidad de lograr metas revolucionarias. Siendo las finanzas de la RM insuficientes y disparejas, los revolucionarios dependían siempre de créditos del extranjero, así como de suministros importados de diferente índole. Dicha dependencia afectó las posibilidades de movilización, entre otros aspectos, como lo hicieron las suficiencias humanas y sociales. Es innegable que mucha gente fue movilizada para algún evento específico o por periodos cortos, pero una estable organización popular y las comunicaciones a distancia fueron rudimentarias hasta después de 1920. La mayor parte de la gente era analfabeta, pocas personas habían asistido a la escuela y los individuos con estudios certificados de preparatoria o bachillerato fueron pocos. La falta de suficientes recursos profesionales afectó

---

(véase *Revolutionary Mexico*, 1987). Un autor que intenta retratar la cambiante sociedad a través de sus expresiones literarias es Joseph Sommers, *After the Storm: Landmarks of the Modern Mexican Novel*. Véase también John Rutherford, *Mexican Society during the Revolution: A Literary Approach*. Sobre los usos de la literatura, consultar John S. Brushwood, *Mexico and its Novel*; Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución Mexicana*, y Rosa García Gutiérrez, *Contemporáneos, la otra novela de la Revolución Mexicana*. Sobre las artes gráficas populares está Salvador Pruneda, *La caricatura como arma política*. Para el arte político en murales: Mari Carmen Ramírez, tesis doctoral *The Ideology and Politics of the Mexican Mural Movement: 1920-1925*, y Alejandro Anreus, *et al.* (eds.), *Mexican Muralism: A Critical History*. Para un panorama general del arte mexicano desde una óptica política véase Raquel Tibol, *Arte mexicano, época moderna y contemporánea*. Hay bastante literatura sobre la economía del temprano y medio siglo XX que examina cambios y consecuencias después de 1910. Sobre los vínculos entre cambios económicos y sociales, véanse James Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditures and Social Change*; Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: Retrovisión y perspectivas*, y Clark Reynolds, *La economía mexicana: Su estructura y crecimiento en el siglo XX*. Alan Knight en *Empire and Revolution* y J. M. Hart en *The Americans in Mexico* comentan a detalle los aspectos económicos antes y durante las primeras décadas.

los discursos sobre políticas y la implementación de las mismas. Faltaban administradores, maestros de escuela, ingenieros, secretarías, etcétera, para equipar adecuadamente el programa de revolución social que se pretendía desenvolver e implantar a partir de principios revolucionarios. Muchos líderes eran deshonestos y otros carecían de dedicación. Sin duda, el liderazgo en las filas revolucionarias de tendencia conservadora bloqueaba políticas populistas y resoluciones igualitarias, y el clero conservador, antirrevolucionario, no se cansaba de desafiar las propuestas y medidas revolucionarias, siempre predicando sus sesgos entre la población.

Independientemente del régimen que predominaba, México era un país geográfica y socialmente desafiante, una nación extensa con una accidentada topografía y una población heterogénea fraccionada de múltiples maneras. Algunos sectores de su economía operaban a un nivel casi desarrollado mientras que otras albergaban productores locales rudimentarios que producían para mercados locales. Pero ambas partes fueron afectadas por varias tendencias simultáneas a través de la economía nacional por sus vínculos globales. Durante los años climáticos de la revolución armada las partes desarrolladas de la economía de exportación siguieron operando y generando ganancias, aunque no sin ciertos reveses. En ningún momento del proceso revolucionario experimentó la economía una caída total. Ciertamente las necesidades de reclutamiento y de sostener a las fuerzas armadas implicaron confiscaciones y rescates que precisaban de pagos en efectivo y recibos. Hubo hambrunas y epidemias, pero en contraste con los años anteriores al conflicto, más gente tenía acceso a tierras y podía sembrar y, es de suponerse, conservaba más de sus productos para el autoconsumo. Los campesinos no dejaban descansar las áreas fértiles e irrigadas de los latifundios abandonados, las sembraban y cosechaban. Los obreros asalariados siguieron trabajando en las industrias de exportación, recibiendo la raya que les correspondía, en algunos casos con modestos aumentos, justo como los campesinos seguían labrando la tierra. Ambos, campesinos y obreros, emergieron de los cambios con nuevas leyes, agrupaciones reco-

nocidas y argumentos retóricos que los apoyaban. Persistía la sociedad clasista, pero hubo cambios relacionados con las actitudes y la conducta que impactaban las distinciones de clase a nivel individual y las clases cambiaron internamente. Desde la perspectiva de “los de arriba” hubo marcadas modificaciones en las actitudes y el comportamiento de “los de abajo”. Los pobres habían visto a los ricos agazaparse y rogar, y cuando los ricos —más bien los nuevos ricos— intentaron imponerles el control encontraron que los pobres respondieron con armas, organización, manifestaciones y cierto acceso a los gobernantes. Los dirigentes elegidos ya no eran simples títeres de la élite económica; de hecho, mostraban sensibilidad ante sentimientos, demandas y posibles contenciones populistas locales a fin de proteger sus intereses.

El México revolucionario fue una realidad dura y accidentada, lo que quizá explique las llamadas nostálgicas de algunos por la plácida y armoniosa sociedad del pasado que, por supuesto, jamás existió, al menos entre los hombres y mujeres trabajadores e indígenas. Las décadas revolucionarias siguieron encapsulando las oposiciones históricas entre lo moderno y lo tradicional, pero ahora con una fachada de algo que se consideraba revolucionario y patriótico, y aquello etiquetado como reaccionario y sedicioso. Las artes reflejaban estas contenciones con una vigorosa creatividad. Los participantes y sus participaciones sumaron una diversidad de activistas, múltiples causas, simultáneas y variadas expresiones regionales y locales, y numerosas fases a lo largo de los años de confrontación. La sociedad mexicana reflejaba los desafíos y dificultades inherentes en el cambio, siempre bajo la sombra de aquel gigantesco vecino económico y militar: Estados Unidos, el autoproclamado monitor político de los mexicanos y de todos los pueblos de América Latina.





## EL PROCESO DE 1899-1940

### PUNTUALIZACIONES ECONÓMICAS, POLÍTICAS Y CULTURALES

**C**on demasiada frecuencia los académicos omiten o subestiman el espectro político entero de la época revolucionaria simplemente porque hay tanto que considerar. Para empezar, los primeros años del siglo XX vieron varias crisis, pero también claros logros progresivos.<sup>15</sup> La economía mexicana daba tumbos de una crisis a otra, pero las actividades productivas se

<sup>15</sup> Una cronología básica de aspectos sociales y políticos rara vez se encuentra en las historias narrativas o en estudios monográficos y cuando es proporcionada la cronología es escasa. Por ejemplo, Ramón E. Ruiz, *The Great Rebellion 1905-1924*, presenta una brevísima de página y cuarto, y de los 35 elementos que enumera, 34 son meras casualidades políticas. La excepción es la organización sindical CROM que, más que un sindicato de tipo gremial o industrial, es una entidad política. La cronología presentada aquí y que permite al menos un vistazo al abanico de actividades proviene de varias fuentes. Particularmente informativas son Jesús Silva Herzog, *La Revolución Mexicana*; Manuel González Ramírez, *La revolución social de México*, y José C. Valadés, *Historia general de la Revolución Mexicana*. Algunas publicaciones recientes rebasan las visiones sintéticas comunes: Manuel J. González, *The Mexican Revolution, 1910-1940*, y la serie de El Colegio de México. Para una especialmente reveladora colección de documentos consulte Javier Garcíadiego (ed.), *La Revolución Mexicana: Crónicas, documentos, planes y testamentos*.



sostuvieron a pesar de todo. Exhibía una amplia trayectoria de crecimiento, marcada por picos y valles. Las estadísticas muestran algunos signos de prosperidad entre miembros de sectores en medio de periódicas recesiones regionalmente asignadas. Los análisis enfocados en política y cultura deben tomar en cuenta que el actuar de la gente era congruente con ciertas metas imaginadas. Si actuaba por motivos político-económicos, la intención era que sus acciones redundaran en mejorías. Al perseguir el enriquecimiento cultural, algunos participaban en asuntos públicos culturales, organizando y dirigiendo actividades institucionales creativas. En realidad fueron muchas las motivaciones de los activistas mexicanos, pero tenían objetivos y buscaban la forma y los medios para realizar las mejorías auguradas. Por varias décadas, el accidentado rumbo hacia el mejoramiento estuvo marcado por hitos básicos que consistían en un diverso rango de actividades cuyo ritmo y variedad aumentaba en lugar de disminuir. Al contemplar esas diversas motivaciones y actividades se distinguen siete fases en el desarrollo de la Revolución Mexicana, marcadas por sus figuras más importantes, sus principales aspectos organizativos, sus resultados sustantivos y sus posibles transiciones que son, en retrospectiva, temáticamente entendibles.

Hubo en el proceso revolucionario tanto obstáculos como una inercia procesual, como muestra una medición calendarizada de los eventos político-económicos. A continuación, se perfila la revolución a través de eventos vinculados.

#### FASES CRONOLÓGICAS DE ASUNTOS POLÍTICOS, CULTURALES Y ECONÓMICOS:

##### *I. 1890-1900*

Disidencias sociales de escala media e intensificación de temas e incidentes sociopolítico-económicos; impactos sociales y culturales del incremento de la modernización a finales de los años de 1890; surgimiento de un proletariado industrial.

- a. Desafíos iniciales y conflictos seminales: tempranos intentos de formar una red nacional.
- b. Crece la economía nacional, mayor fuerza financiera del Estado y aumento en inversiones gubernamentales en la economía; las secretarías de Educación, Justicia, Fomento, Obra Pública y Comunicaciones reciben más de 25 por ciento del presupuesto federal; presupuesto balanceado entre 1894-1895 y 1912; gobierno sin apuros económicos; incremento en producción manufacturera de 120 por ciento.
- c. Cambiante demografía en México. Sectores sociales urbanos y expresiones de vida cultural muestran aspectos de mayor modernización: mejoras en el alfabetismo, el número de estudiantes y salarios; más ferrocarriles, telégrafos, teléfonos, automóviles, etcétera.
- d. Aspectos microespecíficos.
  1. Enfrentamientos de intensidad media entre autoridades gubernamentales y (i) estudiantes en la ciudad de México; (ii) gente de las montañas en los años de 1890, y (iii) la población fronteriza, especialmente de las regiones que colindan con Nuevo México y Texas.
  2. Confrontaciones mayores entre obreros y patrones, junto con disidencia en el campo.
  3. Grupos de mujeres y número de publicaciones en ascenso.
  4. Algunos liberales organizan una reforma electoral de adhesión en pro de la Constitución, finalmente algunos conservadores se unen después.
  5. El PLM organiza grupos comprometidos con la acción armada para derrocar al régimen de Díaz, articula un programa de reforma, da atención a la igualdad de las mujeres y, más tarde, ofrece una visión utópica del país.
  6. Movimientos de insurrección en zonas rurales de parte de pequeños propietarios, arrieros, bandidos y otros disidentes persisten por muchos años. Más tarde, Francisco Villa y otros en Chihuahua se organizan en oposición al gobierno en turno.

## e. 1899-1904.

1. Aumenta la producción global; se amplía la fuerza laboral; salarios siguen estables o se reducen; el empleo fluctúa.
2. Problemas relacionados con la tierra y la insatisfacción aumentan; los salarios rurales bajan, pero los precios suben.
3. El impacto de acontecimientos económicos y sociales es concurrente con inquietantes eventos políticos; presencia de crecientes intereses extranjeros entrelazados; en 1903, el gobierno inicia el proceso financiero de comprar acciones de las principales líneas de ferrocarril.
4. Evolución de la política interna: José Ives Limantour (Tesorería) *versus* el círculo de Bernardo Reyes (Ejército); el nombramiento de Ramón Corral (Gobernación) como vicepresidente en 1904 alienta especulaciones negativas respecto del círculo que será favorecido para suceder a Díaz.
5. Crisis de inversiones en Europa impactan a México.
6. En Tomóchic, Chihuahua, se enciende la resistencia armada en 1892-1893; rebelión local en Palomas, Chihuahua, en 1893; en 1896, el Plan Restaurador de la Constitución es publicado.
7. Se publica *Tomóchic* (1895) una novela de crítica social de Heriberto Frías.
8. Miles acuden a curanderos y sabios buscando una guía de salud, social o espiritual: en el área de Sonora-Chihuahua, Santa Teresa, y Don Pedrito en la región de Nuevo León-Tamaulipas.
9. Reportes de zozobra en la frontera; mexicoamericanos apoyan o se unen a los disidentes.
10. Trabajadores migrantes dejan el país con sus familias.
11. El periódico *Regeneración*, fundado en la ciudad de México y editado por Ricardo Flores Magón, se muda a Estados Unidos en 1904.
12. Se organizan clubes liberales y celebran una asamblea nacional; los participantes exhiben una actitud crítica;

el principal grupo es el Club Liberal Ponciano Arriaga de San Luis Potosí, algunos miembros proponen formar “clubes” en todo el país; estudiantes e integrantes de clase media exigen la “regeneración”.

13. Clérigos y laicos organizan congresos católicos sobre asuntos sociales.
14. Se debaten públicamente preocupaciones culturales/educativas.
15. Mujeres y grupos activistas emprenden acciones para exigir los derechos de la mujer.
16. Se distribuye periodismo crítico de liberales y conservadores.
17. Defensores del gobierno forman el Círculo Porfirista Nacional, aducen tener 700 grupos.
18. Se presentan hechos armados de pequeños grupos contra autoridades locales y federales.
19. Se publica *Santa*, una novela de crítica social de Federico Gamboa, defensor del régimen.
20. Se presentan agitadores revolucionarios activos en Veracruz, la frontera, en algunos círculos laborales de la ciudad de México y en otros lugares.
21. Artistas y grabadores rompen géneros establecidos con nuevos temas, colores, materiales y formas; diversas obras de José Guadalupe Posada, Julio Ruelas, José María Velasco y Gerardo Murillo (*Dr. Atl*).
22. Se registran reportes de *mariacheros* en la capital que tocan música llamada fandango (ahora mariachi); pronto se hace popular; conocida como aires nacionales y música de carácter popular, es vivaz, romántica y agresiva, y subsume varias corrientes culturales.

#### f. 1905-1906.

1. El gobierno adopta el estándar de oro para el peso.
2. Salarios estancados o en declive; sube el costo de alimentos.
3. Disidencia y conflictos sobre leyes relacionadas con el ejido tradicional y parcelas municipales.

4. Drástica fluctuación en el precio de la plata, principal exportación.
5. Huelgas mayores y movilizaciones entre la disidencia rural; la actividad culmina entre 1905 y 1907; en 1906-1907 se reportan 128 huelgas; disidencia en Ayacucho, Veracruz.
6. Se publican y leen *Regeneración* y periódicos asociados.
7. Se forma el Partido Liberal Mexicano (PLM) y declara su oposición al régimen.
8. El PLM publica un multifacético manifiesto programático en St. Louis Missouri, Estados Unidos, conocido como El Plan de 1906.
9. El PLM organiza grupos para acción armada contra el régimen en la frontera y al interior del país.
10. La revista de crítica de arte *Savia Moderna: Revista mensual de arte* inicia su publicación.
11. El centenario del nacimiento de Benito Juárez sirve de foro para las evocaciones pro-liberales, pro Constitución y pro elecciones libres.
12. Disidencia en varios puntos de la frontera.
13. Sigue la emigración.
14. En Cananea, Sonora, cientos de mineros se levantan en huelga contra Consolidated Copper.
15. Huelgas en el sector textil en Tlaxcala, Puebla y Veracruz involucran a más de seis mil obreros; parte de la milicia pasa al lado obrero; reportes de más de 200 obreros muertos.

g. 1907-1908.

1. Recesión económica mundial golpea a México.
2. Producción de maíz y frijol menor que en 1877.
3. Caída económica; fluctúa el desempleo entre obreros industriales, especialmente mineros.
4. La caída da lugar a dudas: ¿son sanas las políticas y las prioridades del régimen?
5. Se agudizan debates sobre una posible elección nacional.

6. Disidentes anuncian acciones armadas o amenazas de dichas acciones en la frontera: en Viesca y Las Vacas, Coahuila, y en Palomas, Chihuahua.
7. Se establece la Sociedad de Conferencias (1907-1908) con muchos intelectuales que se destacarán en el futuro, quienes después fundarán el Ateneo de la Juventud.
8. *El País*, un periódico conservador pro católico en la ciudad de México, es publicado por Trinidad Sánchez Santos; levanta críticas y propone reformas.

h. 1908.

1. Caen los ingresos del gobierno, pero el presupuesto sigue balanceado.
2. La escasez de maíz obliga al gobierno a importarlo.
3. Nacionalización de los ferrocarriles mediante la compra de acciones por el gobierno; controla 60 por ciento de los ferrocarriles.
4. El corresponsal extranjero J. Creelman entrevista al presidente Díaz; reportaje que sugiere posible partidismo electoral provoca contenciones entre la élite; el círculo de Bernardo Reyes *versus* los de José Yves Limantour.
5. Electoralismo de varios tipos incluye a defensores del régimen.
6. Se extiende el cuestionamiento de las políticas del gobierno.
7. Manifestaciones estudiantiles antigobierno, discursos militantes de oradores estudiantiles.
8. Siguen insurrecciones a lo largo de la frontera y hay una gran huelga laboral en Orizaba, Veracruz.
9. Francisco I. Madero, un acomodado reformador, publica un llamado a favor de la democracia electoral: *La sucesión presidencial de 1910*.
10. El jurista Francisco Belmar organiza una conferencia para discutir la condición de los pueblos indígenas a la que asisten Díaz y Creelman; los asistentes ratifican la fundación de la Sociedad Mexicana Indigenista.

11. Se organizan congresos nacionales católicos para discutir asuntos sociales y de interés público, los cuales culminan con una reunión en Oaxaca presidida por el arzobispo Gillow y Zavala, y la divulgación de una agenda de reformas sociales y de educación.
12. Se forma el Círculo Católico Nacional en la ciudad de México en agosto de 1908.
13. Justo Sierra, secretario de Justicia y Educación, hace un discurso que critica las lagunas sociales del pensamiento y el currículum positivista, subrayando cuestiones pendientes de justicia social.

i. 1909.

1. Los salarios bajan, los precios suben.
2. Caída de la producción de maíz y azúcar.
3. Se amplían debates sociales y cívicos en varias zonas urbanas del país.
4. Las voces críticas del régimen aumentan su tono; defensores del régimen son abucheados y apedreados.
5. Grupos del PLM activos se encuentran en muchas áreas del país; supuestamente 300 en la región Puebla-Tlaxcala.
6. Jóvenes intelectuales fundan el Ateneo de la Juventud; más tarde se reorganiza como el Ateneo de México.
7. Se publica *Los Grandes Problemas Nacionales* de Andrés Molina Enríquez —demógrafo e impulsor de reformas—, una evaluación crítica de cuestiones nacionales.
8. El académico Francisco del Paso y Troncoso prepara la magnífica edición facsímil del material de los *Códices Matritenses* (1905-1907); se refiere a los mexicanos como “mexicanos fundacionales”.
9. Siguen el electoralismo de varios tipos; descontento por la fuerte probabilidad de que Ramón Corral y Porfirio Díaz sean reelectos como vicepresidente y presidente; partidarios de élite de Reyes y aquellos de Limantour desconcertados.

10. Manifiesto del Partido Demócrata, enero de 1909, realizado por los defensores de Bernardo Reyes; estos seguidores del régimen proponen una agenda reformista que enfatiza la educación pública.

## II. 1910-1913

Crisis política y triunfo reformista vía coalición de liberales y conservadores.

- a. Florece la gran coalición que enfatiza los derechos pro electorales liderada por Madero, aunque aminora paulatinamente el apoyo público; Madero se aferra a un emergente consenso.
- b. Emiliano Zapata y los reformadores de la tenencia de la tierra publican el Plan de Ayala; el movimiento persiste de 1910 a 1919 y después. Los campesinos: a) responden a las pérdidas de tierras y derechos tradicionales; b) actúan para defender las tierras comunales; c) se oponen a la expansión de la agricultura comercial capitalista, y d) reciben apoyo más allá del inicial núcleo insurgente de Morelos.
- c. La escasez o ausencia de iniciativas de reformas populistas y el estilo del liderazgo enajenan a cada vez más actores políticos de la coalición de Madero.
- d. Conservadores y reaccionarios se organizan para mantener el *statu quo*.
- e. 1910.
  1. Parcial y selectiva recuperación económica en términos del empleo, pero no de salarios.
  2. Protestas de la clase media vinculadas a eventos políticos relacionados con propuestas para la gobernanza futura.
  3. Aumentan percepciones cívicas negativas del régimen porfirista.
  4. Se moviliza una insurgente campaña electoral contra los gobiernos estatales y el nacional.



5. La Convención Nacional Independiente (abril de 1910) une a tres partidos pro elecciones libres y adopta una amplia plataforma reformista.
  6. Francisco I. Madero y Francisco Vázquez Gómez encabezan una campaña nacional para puestos nacionales.
  7. Manifestaciones antirreeleccionistas en todo México, dirigidas a los niveles nacional, estatal y local.
  8. El régimen logra reelegirse con muy poco apoyo popular, sólo con algunas asambleas públicas (julio de 1910).
  9. Actividades para el Centenario de la Independencia abren espacios de debate público.
  10. Se publica *La Ullaga*, una novela de crítica social del conservador Federico Gamboa.
  11. Debates entre artistas sobre las artes, sus estilos y propósitos; artistas organizan una gran exhibición en la ciudad de México.
  12. Reevaluación positiva de la música tradicional por Manuel M. Ponce, un innovador compositor musical.
  13. El Dr. Atl (Gerardo Murillo) organiza el Centro Artístico, dedicado a jóvenes artistas que hacen trabajos innovadores de inspiración social.
  14. Estudiantes y profesores de educación superior en la ciudad de México organizan la Conferencia Estudiantil, donde acuden delegados de varios estados para generar discusión crítica, a pesar de ser patrocinada por la Secretaría de Educación Pública.
  15. Reinstitutionalización de la Universidad Nacional.
  16. El PLM emite “A la mujer” (24 de septiembre de 1910), un llamado a las mujeres a unirse a la revolución social.
  17. El PLM se moviliza para la revolución armada.
- f. 1911-1912.
1. Las condiciones económicas empeoran; más de cuarenta huelgas en la industria textil; huelgas de estibadores en el puerto de Veracruz.

2. El PLM llama a una revolución social; aboga por una visión utópica del futuro; publica su Manifiesto del 23 de septiembre de 1911 en Los Ángeles, California, eventualmente proclamado como una llamada icónica.
3. Persiste disidencia en la frontera cuando residentes mexicanoamericanos apoyan las actividades revolucionarias.
4. El reformista Francisco I. Madero dirige una rebelión hecha posible gracias a elementos insurgentes populares y locales como el jinete y conductor de ganado Francisco Villa, en Chihuahua y el jinete y pequeño propietario de terrenos Emiliano Zapata, en Morelos; brotes de rebelión en varias zonas del país, algunos inspirados por el PLM.
5. Demandantes de reforma agraria formulan el Plan de Ayala; zozobra agraria generalizada se extiende a La Huasteca y la península de Yucatán.
6. El régimen de Díaz se ve obligado a dimitir; Francisco León de la Barra, secretario de Relaciones Exteriores y otrora embajador en Estados Unidos, es nombrado presidente interino.
7. La Presidencia interina resulta ser sólo una extensión del régimen anterior; en uno de sus primeros decretos, León de la Barra ordena al general Huerta capturar y ejecutar al “bandido” Zapata.
8. En noviembre de 1911 se llevan a cabo elecciones constitucionales para cargos nacionales, para el Congreso y las entidades estatales y locales.
9. Agitación entre artistas disidentes, huelgas estudiantiles y manifestantes encarcelados. Se publica *La camada*, novela de crítica social de Salvador Quevedo y Zubieta.
10. Se extiende la disidencia estudiantil con una huelga en la venerable Academia de San Carlos; más de cien alumnos encarcelados, algunos baleados; su primera demanda: redimir la economía mexicana del imperialismo.
11. Se organiza la Casa del Obrero Mundial, sitio central de organización obrera; el gobierno establece el Departa-

- mento de Trabajo dentro de la Secretaría de Fomento; se organiza gran desfile para el Día del Trabajo el 1° de mayo.
12. Se funda la Universidad Popular Mexicana (1913-1922) por parte de profesores del Ateneo; Alberto J. Pani es su primer rector, Alfonso Pruneda es vicerrector y Martín Luis Guzmán es secretario; todos destacados intelectuales en ascenso.
  13. El Plan de Ayala, un brusco llamado a redistribuir la tierra entre los trabajadores rurales, es popularizado por Zapata; los trabajadores responden e intelectuales como Manuel Palafox, Otilio Magaña, Jacinto Huitrón, Gildardo Magaña, Lauro Aguirre y Antonio Díaz Soto y Gama, entre otros, se unen al movimiento.
  14. En *La cuestión agraria* (1911), Wistano Luis Orozco reitera sus argumentos (diseminados originalmente en 1895) a favor de una mayor redistribución de la tierra.
  15. Emilio Rabasa, un respetado abogado, jurista y escritor, publica un influyente estudio, *La constitución y la dictadura: estudio sobre la organización política de México* (1912), con un llamado a la reforma y la adherencia a la Constitución; apoya una fuerte presidencia para habilitar acciones para el bien común.
  16. Miguel de la Trinidad Regalado, agrarista del occidente michoacano, funda la Sociedad Unificadora de los Pueblos de la Raza Indígena de los Estados de la República en la ciudad de México (octubre de 1912).
  17. Insurgencia en Baja California.
  18. Intereses norteamericanos se involucran en varias intervenciones.
  19. Sigue la tendencia entre los grandes terratenientes, miembros de familias privilegiadas por el régimen de Díaz e importantes comerciantes a ocupar posiciones de liderazgo local y reclutar seguidores mientras pregonan la retórica de metas pro revolucionarias.

La contrarreacción inicial e intento de formar una coalición nacional encabezada por contrarrevolucionarios y una coalición pro constitución de varias facciones pro maderistas.

- a. Contrarrevolucionarios intentan formar una coalición alrededor de Victoriano Huerta y Félix Díaz; sus esfuerzos son claves en las actividades contrarrevolucionarias de los siguientes diez años; varios grupos y figuras se involucran.
- b. La coalición de 1913 de Huerta se fractura en dos: una pro capitalista, otra pro Iglesia, ambas perdurarán.
- c. 1913-1914.
  1. Situación económica se percibe como crítica.
  2. Se hacen comunes en la práctica periodística editoriales e intercambios calificados de duros y polémicos.
  3. El presidente constitucional Francisco I. Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez son asesinados y el régimen electo es derrocado.
  4. Se inicia el régimen de Huerta mediante un golpe militar respaldado por el embajador de Estados Unidos y un gran número de colaboradores pro Díaz, incluidos intelectuales.
  5. Intervención del gobierno de Estados Unidos a través de embargos y bloqueos, entre otras medidas.
  6. Rebeldes regionales lanzan múltiples ataques, incluida la rebelión Arenas en Tlaxcala.
  7. Villa surge como el más destacado y popular líder revolucionario del centro-norte; anuncia y efectúa varias reformas y se le unen algunos intelectuales: Miguel Díaz Lombardo, Miguel Silva, Silvestre Terrazas, Ramón Puente y Martín Luis Guzmán, entre otros.
  8. El régimen de Huerta es derrocado.

9. Venustiano Carranza reclama el liderazgo del país e intenta formar una coalición nacional, aunque su puesto público formal es el de gobernador de Coahuila; entre sus consejeros civiles están Luis Cabrera y el Dr. Atl, y sus seguidores incluyen miembros del ejército, mujeres activistas y artistas, como David Alfaro Siqueiros.
10. Villa, Zapata y Lucio Blanco implementan reformas locales; Carranza se interpone y señala a las élites nacionales e internacionales que apoya el privilegiar la propiedad privada.
11. Convención de Aguascalientes, octubre 1914; la asamblea nacional emite una declaración programática y nombra presidente y secretarios de Estado provisionales.
12. Continúan tensiones en la frontera y voluntarios armados intentan cruzar la frontera; al mismo tiempo, hay un tráfico constante de armas.
13. El PLM anuncia un llamado a la solidaridad internacional: “A los trabajadores de los Estados Unidos”, noviembre de 1914, en Los Ángeles, California.

#### *IV. 1914-1916*

La construcción incremental de una amplia coalición.

- a. A partir de 1913, Carranza, asistido por Álvaro Obregón, pasa seis años construyendo la coalición de donde surgirá el núcleo del Estado moderno mexicano del siglo XX.
- b. Doble gobierno: con gobernanza contrarrevolucionaria (Huerta) y sus seguidores (huertistas), y el gobierno revolucionario donde predominan los seguidores de Carranza (carrancistas).
- c. Doble gobierno con facciones revolucionarias empoderadas en ciertas regiones del país.
- d. Villa construye una coalición que dura dos años: 1914-1916, aunque el movimiento villista persistirá por muchos años más.
- e. La coalición de Villa contra la coalición de Carranza-Obregón; similitudes entre buena parte de sus seguidores, hasta cierto

- punto; Carranza y los carrancistas estigmatizan astutamente a Villa y Zapata al retratarlos como contrarrevolucionarios.
- f. Villa contra Carranza, en una lucha por el liderazgo y por definir a la RM.
  - g. La Convención de Aguascalientes, una asamblea representativa de líderes de la revolución armada y sus copartícipes, octubre de 1914.
  - h. Después de 1914, se desvanece el impulso hacia la política electoral pluripartidista y participativa.
  - i. Las tropas de Villa y Zapata ocupan la ciudad de México, diciembre de 1914.
  - j. La lucha armada de las facciones mayores sólo dura dos años; después de 1916, la guerra se vuelve local y sigue en muchas zonas del país.
  - k. La coalición de Carranza se disuelve en 1919; elementos asociados con Obregón, Plutarco Elías Calles y el joven Lázaro Cárdenas persistirán por dos décadas.
  - l. 1915-1916.
    1. Fluctuaciones.
    2. Tensiones políticas y económicas fronterizas; persecución de mexicanos en Texas por miembros de la policía montada de ese estado.
    3. Fuerzas populares desafían la autoridad de Carranza.
    4. Ocurren batallas campales entre las fuerzas populares de Villa y Zapata, y las constitucionalistas de Carranza y Obregón, apoyadas por Calles.
    5. Hay huelgas y represiones, incluida la huelga general en la ciudad de México.
    6. La Casa del Obrero Mundial está en activo y firma el pacto celebrado con la revolución constitucionalista; más tarde, algunos miembros inician los pasos que llevarán eventualmente a la formación de la Confederación General de Trabajo (CGT); un importante líder de la organización sindical, Jacinto Huitrón, está activamente apoyando a los zapatistas.

7. La gran coalición de Carranza-Obregón-Calles atrae nuevos adherentes.
8. Estados Unidos realiza varias intervenciones por sus intereses; villistas atacan a Columbus, Nuevo México.
9. Un intento de huelga general en la capital es parcialmente exitoso.
10. Publicación de *Los de abajo* (1915) por el otrora villista Mariano Azuela, la cual posteriormente es aclamada como la novela de crítica social de la RM.
11. David A. Siqueiros organiza un Congreso de Artistas Soldados.
12. Estados Unidos interviene directa y militarmente en la RM, acaba con toda posibilidad de revitalización de los villistas o zapatistas.
13. Se organizan conferencias de mujeres, una excepcional es el Primer Congreso Feminista, celebrado en Mérida, Yucatán.
14. Enrique Flores Magón, ante un tribunal de Estados Unidos y en representación suya y de su hermano, Ricardo, presenta una declaración que resume la trayectoria y el desarrollo de la Revolución; elabora analogías con Estados Unidos y los legados y circunstancias internacionales, Los Ángeles, California, junio 1916.

V. LA ASAMBLEA CO-NACIONAL (1917):

*LAS LUCHAS, EL BOTÍN, LAS GANANCIAS Y GANADORES DIVIDIDOS*

- a. Persiste la coalición Carranza-Obregón, aunque más tarde se rompe.
- b. Asamblea constitucional de 1917, paso importante anhelado por varios sectores, aunque la mayoría de los asistentes era leal a Carranza y Obregón, los civiles tenían una participación significativa.
- c. Después de 1917, los revolucionarios de Carranza-Obregón, del centro y de la derecha, aún dominaban a través de varias facciones militares y armadas, pero la izquierda de clase me-

- dia persistía, como también los activistas pro trabajadores; los campesinos estaban atomizados.
- d. Las reivindicaciones de grupos organizados relativas a objetivos o asuntos específicos aumentan en los años posteriores a 1917.
  - e. El número de reivindicaciones específicas aumenta con el tiempo.
  - f. Los procesos de activismo político-revolucionario buscan construir un directorio nacional que faltaba en la RM; tras varios intentos, finalmente se construye uno.
  - g. Los pueblos indígenas del país buscan el reconocimiento de los derechos locales, no como etnicidades autóctonas distintas, sino como antiguos residentes de varios estados.
  - h. Se percibe una alta motivación y buena organización entre los activistas laborales. Además de la sindicalización éstos proponen una educación radical para empoderar a los adultos y a los hijos de los obreros; muchos abogan por la “Escuela racionalista”, desarrollada por el pedagogo Francisco Ferrer Guardia, como el modelo educativo.
  - i. Los miembros y defensores más importantes entre los sindicalistas son reformistas, pero hay algunos socialistas, anarquistas y, más tarde, comunistas, que también persisten.
  - j. Los obreros industriales establecen varios sindicatos y se organizan para lograr mejores salarios y condiciones de trabajo.
  - k. Los obreros comparten la iniciativa del activismo cívico con otros grupos posteriores a 1917; a la larga, los obreros toman la iniciativa de manos de los campesinos y promueven metas revolucionarias.
  - l. No se forma una permanente alianza campesina-obrera; obreros y campesinos se organizan por separado.
  - m. 1917-1919.
    1. Se celebra la convención constitucional y se redacta un documento: entre los progresistas encabezados por Francisco Múgica y Salvador Alvarado están Andrés Molina Enríquez y Pastor Rouaix; la Constitución de 1917 es un instrumento clave.



2. Carranza asume el poder formalmente como jefe del Ejecutivo; su régimen establece un gobierno en medio de muchas elecciones intensamente competidas a nivel municipal y estatal.
3. El Ejército Constitucionalista se convierte en el ejército regular.
4. El gobierno de Estados Unidos favorece a Carranza y Obregón.
5. La coalición de Carranza empieza a romperse visiblemente; la violencia endémica en el norte y centro del país acontece de nuevo.
6. La ejecución del general Felipe Ángeles por el gobierno de Carranza es una importante baja en la facción villista; poco después tiene lugar el asesinato del general Emiliano Zapata por agentes de Carranza.
7. Manuel Gamio publica *Forjando patria* (1918), una polémica ideología seminal que, además de otros temas, propone todo un programa para los indígenas mexicanos.
8. El activismo feminista sigue apareciendo públicamente y con mayor participación.
9. El régimen de Carranza es derrocado por la rebelión de sus antiguos defensores militares, entre ellos Obregón, De la Huerta y Calles.
10. Se publica la novela de crítica social *Las tribulaciones de una familia decente* (1918), de Mariano Azuela.
11. Antonio Caso publica la primera y la segunda edición de *La existencia como economía* (1916-1919), un llamado a la regeneración moral mediante la práctica de la ética cristiana.
12. David A. Siqueiros, José Clemente Orozco y Diego Rivera emergen como los nuevos artistas patrióticos, a pesar de sus marcadas diferencias artísticas y políticas.
13. Las bellas artes y el teatro mexicanos, incluido el ballet, se inspiran y se vuelven más populares e históricos.

14. El Partido Socialista de Yucatán y las Ligas de Resistencia, ideológicamente afines, son apoyados por Salvador Alvarado.
15. Se funda el Partido Comunista Mexicano.
16. Se celebra un congreso nacional del trabajo en Saltillo, Coahuila, con la asistencia de 120 delegados que representan a sindicatos de 18 estados; se adopta un conjunto de resoluciones sobre equidad pro obrero y se dan pasos hacia la formación de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), compuesta de sindicatos que firman el Pacto de Solidaridad y Declaración de Principios el 12 de mayo de 1918; Obregón saca provecho de un acuerdo confidencial con la CROM en agosto de 1919; se organiza el Partido Laborista en diciembre de 1919 y negocia su colaboración con Obregón.
17. Se acelera la emigración.
18. La junta del PLM emite un “manifiesto a los obreros del mundo” a favor de la unidad y resistencia en Los Ángeles, California, en marzo de 1918; sus líderes son enjuiciados.
19. Se celebra una importante conferencia estudiantil sobre asuntos extranjeros, políticas que impulsarían el respeto internacional entre naciones y la necesidad de solidaridad en América Latina.
20. Se forma el Grupo Cultural de la Casa del Obrero Mundial con jóvenes intelectuales como Palma Guillén, Julio Jiménez, Salvador Novo y Carlos Pellicer.
21. Se establecen las bases de la Comisión Nacional Agraria, una oficina de políticas de planeación e investigación de gran importancia para la reforma agraria; tiene su mayor impacto en los años treinta.
22. Conservar el medio ambiente, el paisaje y los recursos es señalado como un potencial tema de política pública; se asocian estas preocupaciones con Miguel Ángel de Quevedo, llamado *El apóstol del árbol*.

Varios intentos de centralización continúan por parte de miembros de la coalición constitucionalista y algunos de esos elementos participan en la elaboración de la Constitución en una convención nacional (1917). Sin embargo, al final, Carranza es derrocado en 1920 por su propia coalición.

- a. La coalición gobernante vuelve a constituirse en 1920-1928 bajo la tutela de Obregón y Calles.
- b. Los sindicatos son objeto de ataques de los nuevos regímenes después de 1920.
- c. Un proceso de mayor reconocimiento de obreros y campesinos en los años veinte.
- d. La corrupción política y las protestas populares son concurrentes.
- e. Se forman grupos organizados para promover intereses específicos *vis-a-vis* el gobierno y otros grupos de interés.
- f. Largo proceso de reconstitución civil.
- g. El Estado y quien lo encabeza precisa de aliados para gobernar.
- h. José Vasconcelos lanza una vigorosa campaña para la gubernatura de Oaxaca en 1924.
- i. 1920-1924.
  1. La coalición Obregón-Calles, compuesta por líderes militares y algunos dirigentes obreros y campesinos, admite a un miembro más joven: Lázaro Cárdenas. Se rumora que De la Huerta, el presidente interino, y varios generales —Enrique Estrada y Guadalupe Sánchez, entre otros— son disidentes en el círculo de Obregón; más tarde, De la Huerta se rebela: los disidentes son derrotados en 1924.
  2. Aumentan los apoyos y las críticas de la Iglesia; se forman grupos pro Iglesia, incluida la Confederación Católica del Trabajo (Guadalajara, 1922).

3. Francisco Villa firma un acuerdo con el gobierno que pone fin a la resistencia guerrillera.
4. Asesinatos y muertes de líderes importantes y de mediano nivel, entre ellos Ricardo Flores Magón en una prisión federal estadounidense, el ideólogo más radical, así como Villa, el exponente más popular de la acción armada, asesinado por agentes de Álvaro Obregón; según reportes, al enterarse de la muerte de Villa, Calles dijo: “Ya se cumplió la segunda condición fundamental impuesta por Estados Unidos como necesaria para el reconocimiento”.<sup>16</sup>
5. La procesión y el servicio fúnebre de Flores Magón atraen a más de cincuenta mil personas en todo el país.
6. Organización de diversos grupos cívicos en sindicatos, establecimiento de facciones rurales; eventualmente, el Partido Nacional Agrario (PNA) es organizado por Antonio Díaz Soto y Gama y Aurelio Manrique, otrora simpatizantes del PLM y del zapatismo; el Partido Laborista es organizado por Luis Morones y sus asociados; se forman sindicatos de campesinos en Veracruz.
7. Se atienden los asuntos de las mujeres; por ejemplo, existen actividades en Yucatán encabezadas por Elvia Carrillo Puerto.
8. Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto promueven iniciativas progresistas en Yucatán; Adalberto Tejeda y Úrsulo Galván las promueven en Veracruz.
9. Vasconcelos, como secretario de Educación, promueve innovaciones institucionales relacionadas con la cultura y la educación, específicamente docenas de escuelas de arte al aire libre y la reapertura de la Universidad.
10. El régimen de Obregón ejecuta iniciativas moderadas; incluye una serie modesta, pero constante, de repartos de tierras y promulga la Ley de Ejidos (1921), así como la Ley de Regulación Agraria (1922); Obregón apoya a los

<sup>16</sup> Véase Friedrich Katz, *Pancho Villa*, p. 781.

- obreros en un oportuno acuerdo con la CROM en agosto de 1919.
11. Intervienen intereses norteamericanos.
  12. El Grupo Cultural Ricardo Flores Magón es organizado por veteranos del PLM encabezados por Nicolás Bernal; imprime y distribuye muchos materiales anarco-comunistas durante la década de 1940, se refieren al Manifiesto del 23 de septiembre de 1911.
  13. Se promueven los murales, los primeros por Ramón Alva de la Canal en la Escuela Nacional Preparatoria.
  14. Se organiza el Sindicato de Artistas y Muralistas, el cual emite una declaración sobre arte popular.
  15. Reconocimiento público del patrimonio y las artes indígenas.
  16. *Suave Patria* de Ramón López Velarde es aclamada como la declaración poética nacionalista.
  17. Se funda *El Maestro, Revista de Cultura Nacional* para promover metas nacionales en educación.
  18. Importantes declaraciones musicales: *El nuevo fuego*, *Los cuatro soles* y *Sinfonía india*, compuestas por Carlos Chávez.
  19. Otras importantes declaraciones musicales: *Janitzio* y *Redes*, de Silvestre Revueltas.
  20. Manuel Maples Arce y varios otros que se consideraban artistas radicales publican su *Manifiesto Vanguardista* (1921).
  21. Arqueles Vela publica *El Café de Nadie* (1926), Jaime Torres Bodet, *Margarita de Niebla* (1927), y Salvador Novo, *El Joven* (1928); estas obras —y otras similares ahora conocidas como “las otras novelas” de la RM— son novelas radicales de inconformidad con implícitas alusiones a la supresión de la libre expresión de la sexualidad, temas tratados también en *Ulises* (1927-1928) por los escritores Xavier Villaurrutia y Salvador Novo en los años 1920 y 1930; este último eventualmente fue un abierto defensor de los derechos de los homosexuales.

22. Intensa actividad laborista de la CROM, dirigida por Morones, y la recientemente organizada Confederación General de Trabajadores (1921); huelgas independientes —que se rompen— de obreros textiles (1922), ferrocarrileros (1927) y mineros (1927); las huelgas de la CROM en general tienen éxito; huelgas de maestros de escuela en 1922, 1925 y 1928.
23. Enormes disputas entre elementos progresistas contra conservadores dentro de la Universidad Nacional que duran varios años; creación del Comité Estudiantil Pro Paz (1924).
24. Los acuerdos de Bucareli garantizan que las inversiones y los bienes raíces norteamericanos adquiridos antes de 1917 no serán afectados por las leyes que pongan en práctica los principios de la Constitución de 1917, es decir, los intereses estadounidenses estaban exentos de la aplicación de los principios de la Constitución.
25. Álvaro Obregón cultiva lazos con corporaciones tales como Phelps-Dodge, W. R. Grace, etcétera, y adquiere un complejo de propiedades compuesto en buena medida por tierras que reclamaban los yaquis; combina la posesión de tierras con múltiples iniciativas comerciales; Obregón recibe un préstamo de más de cuatrocientos mil de una corporación norteamericana; no se dispone de información sobre el propósito o los términos de pago.

j. 1924-1928.

1. Calles sucede a Obregón; su coalición incluye al ejército y representantes obreros y campesinos; disidencia interna entre elementos de la coalición; algunos generales son eliminados; Calles dice ser el representante de los obreros y aunque no era partidario de los discursos críticos, sus años en el poder atestiguaron una ola de manifestaciones nacionalistas y expresiones artísticas poco ortodoxas.

2. La rebelión cristera involucra a múltiples sectores con variadas problemáticas; hay al menos 25 mil cristeros armados en la región que abarca Jalisco, Michoacán y Zacatecas.
3. Zozobra laboral por huelgas de maestros y obreros petroleros, y la migración de obreros a gran escala; intentos de formar una federación obrera; importante victoria sindicalista en Villa Cecilia, Tamaulipas, en contra de la Compañía Mexicana de Petróleo *El Águila*.
4. *Ulises* (1927-1928), una revista, promueve una revisión cultural; es una publicación radical, desafiante, juguetona y sutil, refugio de muchos artistas homosexuales, editada por Xavier Villaurrutia y Salvador Novo.
5. Se intensifican las actividades feministas.
6. Mejoras económicas.
7. Manuel Gómez Morín, planeador y administrador clave de la Secretaría de Hacienda, escribe un libro importante para su grupo, *1915* (1926); este texto le vale amplio reconocimiento como ideólogo conservador.
8. Se publica y se lee extensamente *La raza cósmica* (1925) de Vasconcelos, que es una declaración de una visión social.
9. Vicente Lombardo Toledano promueve el estudio del marxismo y de programas y liderazgos obreros en *La doctrina Monroe y el movimiento obrero* (1926).
10. Se publica *El águila y la serpiente* (1928) de Martín Luis Guzmán, una novela de crítica política sobre la Revolución.
11. Aparece *Contemporáneos* (1928-1931), revista de estética y sensibilidades radicales; tiene varios escritores abiertamente homosexuales, igual que la revista *Taller* (1938-1941).
12. Trabajos arqueológicos, etnográficos y de museo realizados por Alfonso Caso, Manuel Gamio y otros.
13. Amado de la Cueva y David Alfaro Siqueiros inician la elaboración de los murales en la Universidad de Guadalajara.
14. Crisis con la jerarquía de la Iglesia católica, sus bases sociales y sus organizaciones; Calles es el principal antagonista, secundado por Obregón.

15. La Liga Nacional para la Defensa de la Libertad Religiosa es formada por elementos pro derechos de la Iglesia. René Capistrán Garza es nombrado jefe de las fuerzas armadas; emite un notorio manifiesto que enfatiza los derechos sociales y económicos de los residentes del campo y pueblos pequeños.
  16. Obregón aspira a un segundo cuatrienio presidencial después de la salida de Calles; otros contendientes son Morones de la CROM y los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco R. Serrano, pero Obregón y Calles los descartan; más tarde, Gómez y Serrano se rebelan, pero son capturados y ejecutados, así como varios de sus seguidores; Morones y sus partidarios obreros se distancian de Obregón y se rumora que Calles y sus aliados militares no apoyan un segundo periodo de Obregón.
  17. La Liga Agraria es dirigida por Primo Tapia; liderazgo político y progresista de Francisco Múgica y otros como Tapia.
  18. Lázaro Cárdenas apoya la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo.
  19. Se organiza la candidatura de Vasconcelos a la gubernatura de Oaxaca; Vasconcelos publica una plataforma básica sobre la RM y presiona al régimen.
  20. Cárdenas emerge como figura destacada con amplios sectores de apoyo en Michoacán y en el ejército.
  21. Continúan las intervenciones de intereses norteamericanos.
- k. 1929: La depresión.
1. Ocurren crisis gubernamentales; los ingresos del gobierno son inestables.
  2. Mayor atención a demandas agrarias y obreras.
  3. Tras el asesinato de Obregón, la figura dominante es Calles, seguido por Abelardo Rodríguez, Pascual Ortiz Rubio y Emilio Portes Gil; se construye nueva coalición gubernamental alrededor del Partido Nacional Revolucionario (1929), un destacado logro instrumental y potencialmente



- un partido gobernante estable; su programa y estatutos articulan afirmaciones de nacionalismo económico.
4. La inestabilidad del gobierno y los cambios resultantes sacuden a los líderes; desfilan tres presidentes; Emilio Portes Gil inicia logros significativos y promueve la estabilidad.
  5. Se publica y es ampliamente leída la novela crítica del liderazgo político de Obregón-Calles, *La sombra del caudillo* (1929), del antiguo villista Martín Luis Guzmán.
  6. Se establece la primera estación de radio comercial, XEW; inmediatamente se produce un dramático aumento de la radio como medio de comunicación.
  7. El Partido Antirreeleccionista, ya reorganizado (julio de 1928), promueve la candidatura opositora de José Vasconcelos contra la coalición de Calles; varias mujeres prominentes activistas apoyan a Vasconcelos y llaman a una revolución auténtica e íntegra.
  8. Funcionarios y quienes los apoyan ordenan la persecución y ejecución de disidentes, por ejemplo de Rafael Espinosa Campos en Puebla.
  9. Defensoras de los derechos de la mujer están activas en varias campañas, como Elena Arizmendi, quien escribe y publica *Vida incompleta* (1927); Elena Torres es coautora de *Llamada de atención a la conciencia nacional* (1940), y Antonieta Rivas Mercado *87 Cartas y otros papeles* (1975).
  10. Vasconcelos y algunos seguidores apoyan la campaña a favor del sufragio femenino, pero en otros asuntos Vasconcelos se mueve claramente hacia la derecha.
  11. Protestas de estudiantes universitarios que demandan participación en el gobierno de la institución y, en efecto, una nueva directiva; se declara una huelga general; enfrentamientos con la policía y los bomberos; se negocian acuerdos.
  12. Un amplio espectro de disidentes denuncia a funcionarios del gobierno y a quienes los apoyan; intento de asesinato al presidente Ortiz Rubio el 5 de febrero de 1930.

## 1. 1930-1934. Recuperación.

1. Crisis gubernamentales e insatisfacción popular generalizada; el ejército y el sector obrero reconocidos como las fuerzas principales de estabilidad.
2. Se reconoce el liderazgo progresista de Vicente Lombardo Toledano.
3. Se establece el Comité Nacional para la Defensa del Proletariado.
4. Se publica el Código de Trabajo (1931) y los campesinos se movilizan para el reparto agrario en Puebla y Morelos, encabezados por la afamada activista agraria Dolores Campos de Espinosa, quien logró la redistribución forzada de 123 mil hectáreas propiedad del importante terrateniente e inversionista estadounidense William. O. Jenkins; Dolores Campos es asesinada en 1945. Reorganización de los sindicatos; en 1934 se reportaron 202 huelgas; en 1935, 642, y en 1937, 576.
5. Se organizan grupos feministas y abogan agresivamente por los derechos de la mujer.
6. Se inauguran nuevas agencias gubernamentales con enfoque programático.
7. El mural *La reconstrucción de México por obreros e intelectuales* muestra cuáles son las voces progresistas del país.
8. Se recrudece la persecución de disidentes de izquierda y derecha por los gobiernos estatales y por el federal.
9. Frecuentes intervenciones de intereses norteamericanos.
10. La Iglesia católica moviliza a mujeres, obreros, campesinos, jóvenes y a la clase media urbana, y fomenta organizaciones para estos sectores.
11. Repatriación de migrantes mexicanos en Estados Unidos; los funcionarios mexicanos estiman la cifra de entre cuatrocientos y quinientos mil repatriados.

12. Luis Cabrera publica *El balance de la revolución* (1931), que desde una postura centrista apoya el reparto de tierras en ejidos y la organización cívica local.
13. Mujeres artistas ganan un lugar prominente: María Izquierdo y Frida Kahlo, ambas activistas.
14. Rafael Ramos Pedrueza publica *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia* (1932), que alienta una interpretación popular de la historia nacional.
15. Crece el acceso al cine comercial y, consecuentemente, la popularidad del cine aumenta dramáticamente; además de temas de la Revolución se exhiben visiones romantizadas del pasado que reflejan valores sociales conservadores.
16. Se ratifica la ley que obliga a las estaciones de radio a transmitir el programa *La hora nacional*, que contiene reportajes regionales, música, pláticas sobre el folclor y las regiones, así como presentaciones educativas; el programa es popular, pero tiene sus críticos.

VII. 1934-1940

Varios intentos de formar coaliciones nacionales: programas nacionales, renovación de instituciones y nacionalizaciones que culminan en la década de 1930.

- a. Formación del Partido Nacional Revolucionario en 1929; sus adherentes enfatizan notablemente la retórica revolucionaria; se reorganiza notablemente como el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), una organización partidista formada principalmente de líderes, que incorpora a obreros, campesinos y al sector popular.
- b. Sigue el activismo y en ocasiones cabildeo de varios sectores, incluidos indígenas, obreros y mujeres.
- c. Disputas regionales entre caudillos militares durante las décadas que van de los años 1920 a 1940.
- d. Los miembros y grupos de clase media muy activos desde 1924 hasta la década de 1930.

- e. La llamada familia revolucionaria se consolida hacia finales de 1920 e inicios de 1930.
- f. Reconocimiento explícito para los componentes obrero y campesino.
- g. La coalición dominante experimenta tensión a principios de los años treinta, pero es reconstituida a finales de esa década por Cárdenas; siendo presidente, Cárdenas inicia y apoya políticas, programas y actividades emergidos de la Revolución; con sus seguidores se apropia de la Revolución.
- h. La educación, las artes, la arqueología, los museos y actividades como la danza, la etnografía y el cine son promovidos a través de agencias y financiamiento del Estado.
- i. Amplios arreglos y entendimientos entre sectores importantes producen pronunciamientos y legitimidad para el régimen de Cárdenas.
- j. 1934-1940
  1. Cárdenas forma la tercera gran coalición construida alrededor del Partido Nacional Revolucionario (1929), seguido por el Partido de la Revolución Mexicana (1934); dos pronunciamientos ideológicos mayores: el Plan Sexenal (diciembre de 1933) y Los Catorce Puntos (febrero de 1936); reorganización del partido dominante en 1938, sus integrantes principales son campesinos, obreros y posteriormente trabajadores del Estado, y más tarde profesionales y dueños de pequeños negocios.
  2. Se proclama solidaridad con movimientos progresistas en el extranjero, incluida la España republicana, y relaciones cordiales con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).
  3. Los problemas principales son la pobreza económica y la necesidad de desarrollo económico concurrente en varios sectores; se ponen en práctica iniciativas pro negocios y programas y agencias de política social; se inaugura un limitado sistema de seguro social.

4. Vicente Lombardo Toledano, Narciso Bassols Batalla y Francisco Múgica ejercen un liderazgo progresista.
5. Intento de rebelión del caudillo militar regional Saturnillo Cedillo en San Luis Potosí, la cual sería la última revuelta seria de la década.
6. Existió amplio apoyo para reorganizar los sindicatos y los grupos de campesinos: creación de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) y la Confederación Nacional Campesina (CNC); se arma a sesenta mil campesinos; se organizan los empleados públicos, por ejemplo, el gobierno federal apoya la organización de maestros; el gobierno de Cárdenas insiste en que se constituyen los trabajadores agrícolas e industriales por separado.
7. Reorganización del ejército; creación de un sector militar en el partido dominante que presta atención especial a oficiales jóvenes.
8. Se crea el Frente Único Pro Derechos de la Mujer; mayor activismo feminista con asambleas enfocadas en temas económicos, sociales y en el sufragio; destacan varias mujeres activistas.
9. Concha Michel escribe, publica y distribuye lo que fue en esa fecha el más coherente y teórico pronunciamiento sobre cuestiones de la mujer: *Dos antagonismos fundamentales* (1938), en el mismo enfatizó aspectos políticos y de clase, y defendió las libertades sexuales tanto para heterosexuales como homosexuales; en su círculo artístico hay artistas lesbianas y activistas como Chabela Vargas; Frida Kahlo también participa.
10. Se conceden algunas demandas indígenas, incluidas las de los yaquis y mayos de Sonora; se crea el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas (nombrado después como Dirección General) y el Primer Congreso Indigenista Interamericano; se articulan programas indígenas; posteriormente, en 1948, el Ejecutivo federal autoriza la fundación del Instituto Nacional Indigenista.

11. Revitalizaciones culturales; lo indígena como bello; la estética de las tendencias en las artes populares es apoyada por Isabel Villaseñor, Carlos Mérida, Frida Kahlo, Concha Michel, entre otros.
12. Reformas educativas, incluido el programa de educación socialista que entra en vigor en diciembre de 1939 (en la práctica, “socialista” significaba solidaridad con los obreros y la separación de Iglesia y Estado); se fundan varias instituciones seminales: el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), la Casa de España (antecesor de El Colegio de México), etcétera.
13. Se decreta el reparto de tierras a gran escala a trabajadores agrícolas; se ofrecen terrenos a migrantes dispuestos a regresar del extranjero; Dolores, Doña Lola, Campos (Morelos) sigue organizando una distribución de tierras radical, sus seguidores tratan de vincularse con Rubén Jaramillo, líder agrarista también en Morelos, y Erasto Urbina (ubicado más al sur) y quienes los apoyan.
14. Nacionalización del ferrocarril y la producción petrolera apoyada por el gobierno y el público; las compañías petroleras son nacionalizadas el 18 de marzo de 1938; corporaciones federales forman PEMEX.
15. Acercamiento entre Calles y Vasconcelos en 1938; se consolida la derecha dentro de las filas revolucionarias.
16. Se instituye Nacional Financiera para facilitar el financiamiento de proyectos de gran calado; se permite el acceso a empresarios particulares; ratificación de la Ley de Cámaras de Comercio (1936) que vincula al sector empresarial organizado con el gobierno central; se aumentan las transacciones en efectivo en todo el país; constante apoyo a la industrialización; creación de la Confederación Nacional de Cámaras de Comercio (CONCAMIN) y de la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (CONCANACO).

17. María Izquierdo y Frida Kahlo son reconocidas como artistas en Nueva York y París.
18. Siqueiros y otros colaboradores publican *Declaración social, política y estética*.
19. Mariano Azuela, el más conocido novelista de su generación, publica una severa crítica del proceso de la llamada institucionalización revolucionaria en sus novelas *El camarada Pantoja* (1937) y *Regina Landa* (1939).
20. José Rubén Romero publica novelas que contextualizan la vida social antes y después de la Revolución: *Desbandada* (1934), *El pueblo inocente* (1934), *La vida inútil de Pito Pérez* (1938) y *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936).
21. Samuel Ramos publica la crítica social *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934).
22. Se publica una serie de novelas en pro del obrero y del indígena: José Mancisidor, *La asonada* (1931), *La ciudad roja* (1932) y *El resplandor* (1937); Francisco Sarquis, *Mezclilla* (1932); Gregorio López y Fuentes, *Tierra* (1932), *El indio* (1935), *Arrieros* (1937) y *Huasteca* (1939); Gustavo Ortiz Hernán, *Chimeneas* (1937); Xavier Icaza, *Panchito chapopote* (1938).
23. Se publica *Taller* (1938-1941), revista literaria y de artes, cuyo lema fue “Cambiar al hombre y cambiar a la sociedad amor, poesía y revolución”, incluye a muchos prominentes homosexuales.
24. Alfonso Teja Zabre publica y distribuye, a través de la Secretaría de Educación Pública, su *Breve historia de México* (1934), una corta historia nacionalista popular que claramente exhorta a un público popular a apoyar los cambios sociales progresistas.
25. Se inaugura el Taller de Gráfica Popular, centro de distribución de las artes, dedicado explícitamente a elaborar y difundir arte políticamente crítico.
26. Las publicaciones *Frente a frente* (1936-1937) y *Ruta* (1938-1940) se alinean con la Liga de Escritores y Artis-

- tas Revolucionarios, la cual exige una cultura proletaria y continuar la revolución de 1910, una iniciativa popular y progresista en las artes.
27. Amplio reconocimiento al mariachi como símbolo de la cultura nacional.
  28. El Congreso aprueba una enmienda para otorgar el sufragio femenino y esto es ratificado por todos los estados, pero no lo apoya el Ejecutivo, es decir, Cárdenas.
  29. Se funda la Unión Sinarquista Nacional el 1° de noviembre de 1937 en León, Guanajuato; se trata de un grupo hispanista, pro Franco, pro Iglesia católica, antisocialista y antifeminista que aduce tener quinientos mil miembros.
  30. Se funda el Partido Acción Nacional (PAN); partido opositor de centro-derecha que tiene premisas cristianas y es encabezado por Manuel Gómez Morín, un importante intelectual y, en algún momento, funcionario gubernamental de alto rango.
  31. La principal oposición al candidato del gobierno es Juan Andreu Almazán, un general de carrera, derechista, pro Iglesia y pro fascista, quien atrae a un numeroso grupo de seguidores.
  32. Intervenciones de intereses norteamericanos.
  33. El PNR se reorganiza para emerger como el Partido de la Revolución Mexicana (PRM), con sectores corporativistas claramente definidos; la coalición gobernante selecciona a un moderado para la presidencia, Manuel Ávila Camacho, quien será el último general del ejército elegido al cargo de presidente por el resto del siglo, es decir, no habrá nadie más que ocupe ese cargo siendo miembro o representante del ejército; todos los sucesivos presidentes civiles cumplirán su periodo regular de seis años. Además, no habrá ninguna reelección del titular del Ejecutivo. El 23 de septiembre de 1941, algunos subalternos de Ávila Camacho ordenan reprimir una manifestación de campesinos y



obreros cerca de su residencia, realizada en el aniversario del Manifiesto del PLM (23 de septiembre de 1911).

34. Estalla la Segunda Guerra Mundial que eventualmente involucra a México; se vislumbra el Programa Bracero que llevará mano de obra mexicana a Estados Unidos mediante un acuerdo bilateral; las fuerzas armadas mexicanas se comprometen a colaborar de cerca con el ejército de Estados Unidos.
35. Se presenta la exhibición *Veinte Siglos de Arte Mexicano* en el Museo Metropolitano de Arte en la ciudad de Nueva York.



## SECTORES Y ACTORES ESPECÍFICOS

U n examen crítico de las fuentes primarias y de parte de la literatura monográfica reciente revela la imagen de una sociedad en proceso —claramente accidentado— de modernización, con numerosos sectores y actores aparte de los que asociamos con las principales luchas armadas de 1913 a 1917 que han sido ignorados.<sup>17</sup> Obras importantes como la de John Hart, *Revolutionary Mexico*, y la de Alan Knight, *The Mexican Revolution*, tienen pocas referencias sobre mujeres o indígenas. Como ya comenté, muchos de estos aspectos importantes se han hecho a un lado o tratados sólo superficialmente, aunque las fuentes primarias sí dan constancia de cuáles son. Las fuentes primarias y algunas secundarias, por su parte, señalan una proliferación de actividades diversas

<sup>17</sup> Las relaciones entre actores y sectores aparecen en todas las fuentes. Muy iluminadoras son Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution, the Constitutionalist Years*; Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution, 1914-1915: The Convention of Aguascalientes*; *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929*; E.V. Niemeyer, *Revolution at Querétaro*, y Luis González y González, *Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1934-40: Los días del presidente Cárdenas*. Sobre las visiones críticas de los líderes con consideraciones de sus seguidores o falta de los mismos, están George Wolfskill y Douglas Richmond, *Essays on the Mexican Revolution: Revisionist View of the Leaders*, y las obras de Enrique Krauze.

relacionadas con subgrupos de clase y sitios geográficos en que se involucraron tanto mujeres como hombres. Relaciones sociales muy complejas subyacían a esta intrincada revolución social. Esos sectores, identificados según sus participantes y liderazgos, fueron los siguientes: las élites urbanas y rurales; los productores pequeños y medianos; los grupos de clase media surgidos de la modernización reciente: propietarios nuevos ocupados en tareas asociadas con la industrialización y la urbanización; las clases medias históricas consistentes en personas letradas y dueños de tierra de escala media; diversos obreros industriales, rancheros, trabajadores y varios tipos de campesinos, cada uno con subdivisiones y vínculos estructurales específicos. Todos estos grupos eran muy diversos en términos de sus antecedentes, motivaciones, trayectorias y éxito de sus liderazgos. Los proletarios y trabajadores rurales rara vez eran dependientes de líderes carismáticos, más bien las agrupaciones de obreros y trabajadores rurales, cada vez más numerosas, participaban en iniciativas de auto-organización y acción colectiva que continuaron, y se incrementaron, con el paso de las décadas. Los líderes de opinión a nivel local jugaron un papel cada vez más significativo en las sucesivas fases de enfrentamientos y en cada una de las principales facciones. Participaciones de la clase media o de grupos de trabajadores de cuello blanco se organizaron activamente en cada una de las regiones del país. Aunque erráticos y camuflajeados, los llamados “brancos” o “plebes”, rurales y urbanos, participaban en diversos lugares, como hicieron también los intelectuales y artistas —algunos con preparación académica, otros autodidactas— y ambos fomentaron el aprecio por las costumbres y las artes populares, locales e indígenas.

#### LAS MUJERES

Desde luego, género, clase, etnicidad, región, cultura y raza fueron distinciones significativas que operaron durante la RM. Mujeres de todas las clases sociales participaron en los albores del siglo XX y durante las décadas posteriores en un sorprendente abanico

de roles y con muchas y muy diversas contribuciones. Hubo claras demarcaciones políticas de derecha e izquierda entre las mujeres, incluso entre aquellas identificadas como feministas. Además, la Iglesia buscó el control de sus partidarios del sexo femenino. Las activistas femeninas mexicanas, sus demandas y su reconocimiento progresaron —en términos generales— en marcado contraste con sus contrapartes francesas, que retrocedieron durante la revolución en su país.<sup>18</sup> En el marco de la RM, el aspecto de género ha sido subestimado o segregado a ciertos nichos: las llamadas *adelitas* —mujeres que seguían a los campamentos rebeldes— o excéntricas lideresas de pequeños grupos. El hecho de que mujeres de diferentes clases sociales participaran da claro testimonio de su espíritu cívico y de su disposición a desafiar a las estructuras tradicionales que constreñían sus actividades a la esfera de la familia y el hogar, su actividad cívica pública fue claramente revolucionaria. Sin duda, los papeles y respuestas de las mujeres fueron notables, aunque permean dentro de la retórica sobre la RM, afirmaciones articuladas por hombres. Desde el inicio, las mujeres participaron como activistas laborales, agitadoras, periodistas, editoras, traficantes de armas, espías, mensajeras, proveedoras, arrieras, manifestantes, organizadoras de grupos, maestras, personal médico, panfletistas, abogadas y cabilderas, entre otros. El trabajo de identificar gran parte de su participación no precisa de búsquedas en archivos secretos porque es visible en gráficas, correspondencia, algunas publicaciones y en los expedientes del gobierno, incluida la documentación policiaca. Las mujeres aparecen en las fotografías

<sup>18</sup> Sobre mujeres participantes véase: Diane Mitsch y Stephen P. Mumme, “Gender and the Mexican Revolution: The Intersection of Gender, State and Church”, en M. A. Tetreault (ed.), *Women and Revolution*; Ángeles Mendieta Alatorre, *La mujer en la Revolución Mexicana*; Anna Macías, “Women in the Mexican Revolution, 1910-1920”, en *Americas*, y el iluminador de Sherlene Soto, *The Emergence of the Modern Mexican Woman: A Study of Her Participation in the Revolution and Struggle for Equality, 1910-1940*. Sobre mujeres en la frontera: Clara Lomas, “Transborder Discourse: The Articulation of Gender in the Borderlands in the Early Twentieth Century”, en *Frontiers*. La participación de mujeres en la RM contrasta con la Revolución Francesa, tema tratado en varias publicaciones; la de las primeras fue más extensa. Sobre la influencia de la Revolución Francesa en México, véase Solange Alberro, *et al.*, *La Revolución Francesa en México*.

y películas granulosas de la Revolución y su presencia también es evidente en materiales impresos y escritos. Incansables, las mujeres perseguían un papel más significativo en el gobierno, garantías de protección legal más amplias, un mayor acceso a la educación y, en general, mayor equidad; organizaron grupos y asambleas en su propio nombre en las que plantearon sus propios argumentos y emprendieron un cabildeo muy activo desde la época de Venustiano Carranza hasta la administración de Lázaro Cárdenas.

#### LAS ÉLITES/LA CLASE MEDIA

Existen claras identificaciones clasistas entre los participantes en la RM, pero algunas subclases son más relevantes que otras. Sobre esto existe una continua discusión. Durante el Porfiriato, la élite se integró de los miembros de más alto rango del gobierno, los principales inversionistas en bancos y exportaciones, un puñado de dueños de minas, los grandes comerciantes, el grupo de alrededor de mil terratenientes y los herederos de importantes bienes inmuebles urbanos. Pocos miembros de esta élite adinerada participaron directamente en la política. Sus intereses económicos estaban circunscritos y, con algunas notables excepciones —Francisco I. Madero, Venustiano Carranza y Enrique Creel, entre otros—, bastante apáticos en su participación cívica. Eventualmente algunas élites se movilizaron políticamente durante y después de la administración de Álvaro Obregón. Hubo, sin embargo, entre las clases media y trabajadora grupos amenazados y en declive. Artesanos dueños de sus propios talleres, impresores y talabarteros fueron relativamente activos.

En contraste con la élite, la clase media era un sector amplio y diverso, relativamente reducido, pero enérgico y en creciente auge. Durante las décadas de 1920 y 1930, algunos miembros de la élite de la era de Porfirio Díaz —que no perdieron su riqueza— recuperaron parte de su influencia política. A ellos se les unieron en actividades económicas un grupo, de clase media en sus orígenes, en ese momento parte de la élite política y

cuya riqueza derivó a menudo en beneficios asociados con actividades centradas en la revolución. Asimismo, miembros de la clase media fueron invariablemente parte del liderazgo de casi todos los grupos. Personas de clase media formaban parte del liderazgo de grupos organizados, incluido el sector obrero, y su activismo persistió durante las décadas aquí estudiadas. Entre ellos hubo profesionistas, tales como abogados, médicos, profesores, administradores, impresores, estudiantes de preparatoria y universidad, medianos propietarios, algunos pequeños productores, tenderos, administradores, periodistas y empleados en áreas culturales y religiosas. Los intelectuales públicos solían ser abogados, maestros de escuela o exempleados de bajo rango. Algunos profesionistas fueron activos durante toda la Revolución; paulatinamente acumulando mayor prominencia pública y participación administrativa. Los artistas-intelectuales estuvieron activos y lograron un lugar prominente, especialmente entre las décadas de 1920 y 1930, como caricaturistas, pintores, compositores, músicos, actores, muchos de ellos estuvieron organizados. Individuos y grupos en favor de la educación cabildeaban persistentemente para hacer avanzar sus prioridades educativas y sus propias carreras. Con el creciente empoderamiento del Estado se incrementó el número de personas empleadas como maestros y en la burocracia. Este grupo se convirtió de facto en otro sector nacional, además de ser una fuerza laboral modernizante. Aquellos de cierta antigüedad acumularon influencia, sobre todo después de 1930. Algunos miembros de la élite con tendencias a disminuir sus ingresos gravitaron hacia la clase media.

Los intelectuales fueron importantes en la RM, aunque no se destacaron. Fueron más numerosos de lo que comúnmente se asume, pero insuficientes para las necesidades de la sociedad o del Estado, aunque sobresalieron más que en otras revoluciones. En 1910, el vocablo “intelectual” circulaba como sustantivo y adjetivo. Algunos intelectuales escribían sobre su trabajo y su responsabilidad como tal. Durante los treinta años, o más, analizados aquí, los individuos de este sector participaron en un amplio rango de

actividades y en varios niveles. Debido a ciertas preferencias académicas, algunas figuras han resaltado, pero esto ha relegado a los márgenes a un impresionante rango de personas talentosas que contribuyeron a la Revolución a nivel local. No obstante, no se puede negar el hecho social que los intelectuales más reconocidos revelaban todo un abanico de compromisos políticos, habilidades y trayectorias profesionales. Sin embargo, resaltar a unos cuantos destacados deja en la sombra a la mayoría, algunos del espacio urbano, otros del campo, quienes se comunicaban cotidianamente y aportaban importantes servicios en sus comunidades y a líderes locales y regionales. También en ocasiones se olvida la labor intelectual de las mujeres en las ciudades y de los intelectuales urbanos en sus pueblos natales. Cada círculo de liderazgo tenía sus intelectuales. Un intelectual de particular importancia fue José Vasconcelos, quien se postuló para cargos públicos.

En fin, en este tema podemos hacer algunas generalizaciones: 1) los intelectuales estuvieron presentes desde los primeros días hasta los años de 1930 y tal vez aumentaron su visibilidad y sus roles; 2) fueron tolerados o valorados, según el caso, no sólo por su lealtad política, sino por los servicios que proveían; 3) con el tiempo modificaron sus tareas y perspectivas políticas; 4) iniciaron su trayectoria siendo jóvenes, y 5) es impresionante la corta edad de muchos entre 1910 y 1918. Pareciera que el umbral de edad de los intelectuales aumentaba en las décadas de 1920 y 1930, pero podemos afirmar que jamás llegaron a organizarse en un bloque a nivel nacional, sino que siguieron dispersos dentro de un espectro ideológico. Sólo algunos grupos de artistas y escritores, y algunas mujeres —intelectuales y polemistas— sí se organizaron a nivel nacional.

#### OBREROS

Durante la RM los obreros estuvieron en todos lados jugando diversos roles en lugares estratégicos. Aunque la literatura sobre los trabajadores urbanos y rurales es amplia, por lo general subestima su papel. En 1910, los contingentes más numerosos fueron los

obreros de fábricas (aproximadamente 60 mil) y específicamente de textiles (32 mil), los mineros (20 mil), los petroleros (20 mil), los ferrocarrileros (21 mil), los electricistas (5 mil) y los zapateros, los tejedores de tapetes, los alfareros y los sombrereros (100 mil), además de los maestros de escuela (21 mil). Aparte, hubo empleados de gobierno y del sector de servicios. Además de distinguir entre los obreros dedicados a tareas de extracción y de producción, quizá sea importante notar que hubo obreros agrícolas (labradores) e industriales con gran sensibilidad social.<sup>19</sup> Los obreros industriales constituyeron sectores verdaderamente importantes en la emergente economía moderna, y su disidencia a nivel local y regional fue reprimida inmediatamente. Sorprende el que algunos historiadores simplemente ignoren la participación de los obreros urbanos y la de los empleados de servicios, incluidas mujeres. Otros aspectos subestimados son el crecimiento y la resistencia de los sindicatos y su papel en la organización obrera opositora urbana y nacional entre 1900 y 1940. Esos obreros persistieron en sus esfuerzos organizativos y de cabildeo. Las huelgas que encabeza-

<sup>19</sup> Hay bastantes obras sobre trabajadores urbanos y rurales; sobre los obreros urbano-industriales: Jorge Basurto, *El proletariado industrial en México, 1850-1930*; Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México*; J. M. Hart, *Anarchism and the Mexican Working Class*, y Jacinto Huitrón, *Orígenes e historia del movimiento obrero*. Un escritor que rema contracorriente estos autores progresistas es Ramón Ruiz, *Labor and the Ambivalent Revolutionaries: Mexico, 1911-1923*. Entre las colecciones más antiguas con secciones sobre los trabajadores con relación al proceso revolucionario: Elsa Cecilia Frost, *et al.*, *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, y Roderic A. Camp, *et al.*, *Los intelectuales*. Para los trabajadores rurales, véase Arturo Warman, *Los campesinos: hijos predilectos del régimen, e Y venimos a contradecir*. Para un examen detallado de los jornaleros agrícolas como defensores y cabilderos, véase Moisés González Navarro, *La Confederación Nacional Campesina*. En los ensayos en Daniel Nugent (ed.), y Friedrich Katz (ed.), varios autores analizan distintos sectores rurales. Eric Van Young evalúa los desafíos de los campesinos inherentes a estudiar en “To See Someone Not Seeing”, en *Mexican Studies*. Sobre las relaciones laborales transfronterizas, véase J. Torres-Pares, *La revolución sin fronteras: El Partido Liberal Mexicano y las relaciones entre el movimiento obrero de México y los Estados Unidos 1900-1923*. La obra que John Womack prepara promete aclarar varias cuestiones respecto del activismo laboral; como también el libro en proceso de publicación de Devra A. Weber tentativamente titulado, *Wobbly Magonistas, Revisioning Internationalist and Transnational Movements*. Un estudio sólido: K. J. Middlebrook, *The Paradox of Revolution: Labor, the State and Authoritarianism in Mexico*.



ron entre 1900 y 1940, desde Sonora a Veracruz y de Nuevo Laredo a Puebla fueron a gran escala, contenciosas y hasta heroicas. Esos obreros participaron en, o simpatizaron con varias facciones en ese periodo y más tarde fueron piezas clave de las políticas de la administración cardenista. Fueron los primeros en movilizarse organizadamente, aunque los beneficios que recibieron fueron mixtos. Los artesanos también estuvieron presentes, algunos de ellos se inclinaron por actividades radicales y violentas.

Las cifras permiten apreciar la importancia de los trabajadores rurales y de los productores agrícolas, entre los cuales se han descartado sus afinidades con los indígenas. El campo mexicano fue diverso y complejo históricamente, y a comienzos del siglo XX lo era aún más que los sectores rurales de muchas otras sociedades. Asombra la proporción de la población rural en la fuerza laboral productiva y su participación en las filas de grupos armados voluntarios o, en ocasiones, de ejércitos reclutados forzosamente. En esa época hubo una enorme diversidad entre sus labores, remuneración, condiciones laborales, geografía y cambiantes condiciones locales, entre otros aspectos. Algunos románticos quieren hacernos creer que hordas rurales se apresuraron a los frentes de batalla para morir en el combate, pero no fue así. Las redes y los liderazgos locales destacan en las movilizaciones y éstos dirigieron las fluctuantes lealtades. Las cifras de trabajadores rurales y productores agrícolas entre 1912 y 1916 son especialmente importantes, y vuelven a destacar en la segunda mitad de la década de 1930. Los trabajadores rurales, especialmente arrendatarios y campesinos, se organizaban, peleaban, cabildeaban y cambiaban de lado varias veces. Carentes de apoyo externo, fueron políticamente erráticos, pero siempre prolíficos y persistentes al organizarse de distintas maneras en diversos lugares del país. Está claro que a pesar de muchos vaivenes, sus esfuerzos por organizarse regional y nacionalmente impulsaron políticas gubernamentales progresistas para la población rural.

La radicalización de los años treinta se alimentó de la organización obrera. La calidad y el compromiso de los líderes obre-

ros en la ciudad y el campo variaba: hubo algunos modestos y abnegados, y otros motivados sólo por sus propios intereses. Su densidad organizativa y militancia rivalizaba con la de los obreros en otros conflictos del extranjero y, seguramente, rebasaba la de la Federación Americana de Trabajo (AFL, por sus siglas en inglés) en Estados Unidos. Sin duda, la fuerza laboral más organizada, políticamente consciente y militante entre 1900 y 1920 fue la rusa, pero para 1940 quedaba apenas la sombra de aquellos sus valientes sindicatos. En contraste, los mexicanos se fortalecieron, negociaron y obtuvieron beneficios para sus miembros. Nunca desistieron en su cabildeo pragmático, en su organización, ni en la defensa de sus derechos. Los trabajadores agrícolas y obreros industriales nunca fueron derrotados, de hecho estuvieron mejor organizados y fueron más influyentes en 1940 que en 1910, gracias a los apoyos económicos y legales que habían ganado.

#### LOS INDÍGENAS

Los indígenas representaban, a la vez, una realidad actual y un desafío histórico para todos los regímenes; sus grupos sumaban varios cientos, muchos de ellos completamente distintos a los demás. Contrario a algunos autores que afirman que no hubo participación de ellos, los indígenas estuvieron en todas partes a lo largo de las décadas de revolución y muchas de las revueltas locales que estallaron contra opresores locales fueron encabezadas por indígenas hambrientos de libertad y dignidad. Hubo unidades militares compuestas totalmente por soldados indios. Una práctica analítica estándar en estudios de la RM consiste en separar a los trabajadores no agrícolas de los agrícolas e identificar a los indios como un grupo aparte, aunque otro acercamiento clasifica a todo trabajador agrícola como indio, un término despectivo de uso común y también una generalización. A pesar de los frecuentes ataques contra sus espacios, la mayoría de los indígenas aún vivía en, o cerca de, sus antiguos terruños. Todos

participaban en la producción y muchos recibían un magro salario. Capataces y dueños competían y cabildeaban para obtener su mano de obra. Algunos historiadores no los reconocen como etnias, ni como trabajadores, tajantemente se niegan a reconocerlos como participantes pro activos, dentro de la sociedad y de la economía de la época. Ciertamente es que los indígenas se movilizaban de diferentes maneras, a veces abiertamente, a veces con más discreción, ya fuese a favor de movimientos progresistas o reaccionarios. Sus peores explotadores fueron las élites locales. Principalmente buscaban autonomía, respeto y supervivencia, no necesariamente los servicios que los gobiernos podrían proporcionarles. Lo que más necesitaban sólo se lo podían proporcionar ellos mismos: viabilidad económica, liderazgos hábiles y mantenimiento cultural, incluso la continuidad de su lengua materna. En el proceso revolucionario a veces tomaron decisiones equivocadas y sus liderazgos fueron tentados a menudo para formar minicacicazgos locales en lugar de ser consistentes con su patrimonio colectivo y trabajar por el bien común.

Entre las fuerzas revolucionarias hubo movilizaciones predominantemente rurales que incluían a los indígenas. De toda la población, 80 por ciento fue determinado como rural. Siendo México un país con tan alto porcentaje poblacional rural, era inevitable que los indígenas estuvieran presentes en las filas revolucionarias. Desde luego, los actores rurales fueron altamente visibles, pero venían de diversas regiones con historias, prácticas culturales, agrupaciones locales, actividades económicas y circunstancias diferentes. Los indios constituían más de 30 por ciento no sólo de la población rural, sino también de la nacional. A pesar de severas represiones regionales y la opresión de algunos líderes revolucionarios, grupos indígenas estuvieron activos en varios lugares y en diferentes papeles tanto en pueblos como en ciudades y, por supuesto, en el campo. Hubo indios que pertenecieron a varias facciones partidistas y grupos contrarrevolucionarios, otro aspecto que muchos historiadores subestiman. Constituían un desafío ideológico y estructural. De haber re-

suelto plenamente este reto —tal vez el más grande de todos—, la Revolución habría logrado más integridad social.

#### LAS FUERZAS ARMADAS

Personas de diversos antecedentes y surgidos de varios contextos tomaron armas, de manera que para 1914-1916 emergió algo que se asemejaba a un ejército regular.<sup>20</sup> Durante la RM, los diferentes tipos de fuerzas armadas y armamentos con que peleaban las facciones fueron muy importantes, como señalan algunos estudiosos de la conflagración, aunque poco aportan más allá de narrar los enfrentamientos e identificar ganadores y perdedores. Desde luego, entre las similitudes de los papeles y funciones de esos cuerpos e instituciones antes y después de la RM hay diferencias generadas por el proceso revolucionario. Las fuerzas armadas del Porfiriato se basaban en su mayoría en contingentes de soldados enviados a sitios proclives al conflicto y en las milicias locales que se desplegaban en casi todos los estados y territorios. Estos contingentes involucraban tanto a voluntarios como a conscriptos, pero la mayoría de los oficiales era militar de carrera. En general, los soldados provenían de áreas rurales, pero los oficiales de zonas urbanas. Los oficiales de mayor rango estaban activos en la política local y nacional, pero las tropas regulares pocas veces se involucraron directamente en asuntos de la política civil aunque, por supuesto, se encargaban de mantener el orden y combatir a los revolucionarios. Las tropas del Estado de Díaz fueron disueltas en 1914.

A partir de 1910, los revolucionarios, como fuerza armada, evolucionaron de manera diversa en composición, tareas e involucramiento político. Existe una complejidad en su evolución que

<sup>20</sup> Sorprende encontrar la escasa ponderación del personal de las fuerzas armadas y sus políticas *vis-à-vis* con otros sectores. Sobre contingentes armados y la formación del ejército regular posterior a 1914, véase Jorge Alberto Lozoya, *El ejército mexicano, 1911-1965*, y David Rofeldt (ed.), *The Modern Mexican Military, An Assessment*; Roderic A. Camp, *Generals in the Palacio: The Military in Modern Mexico*. Hay los más viejos estudios de Edwin Lieuwen y la historia de información privilegiada por Juan Barragán Rodríguez, *Historia del Ejército y de la revolución constitucionalista*.

desmiente las representaciones estereotipadas en documentos impresos y en el arte. Las tropas nortañas de los estados fronterizos tuvieron antecedentes más variados —en torno a sus oficios previos— que las del sur, donde la gran mayoría provenía de contextos rurales y agrícolas, aunque diversos. Al inicio, sobre todo, ni los oficiales ni los soldados rasos se enlistaron motivados por el pago o el empleo, pero esto cambió. Hubo diferencias regionales, y también entre los de caballería e infantería. Entre 1913 y 1916, los combates más intensos enfrentaron a unidades de Caballería compuestas de hombres que no eran jornaleros. Juntos, las unidades de caballería e infantería fueron considerables: en el punto de mayor densidad probablemente sumaban unos doscientos mil elementos. Como ya mencionamos, las intensas batallas de los años posteriores involucraron a soldados de zonas urbanas y rurales, quienes sólo a veces percibían un pago. En algunas unidades los oficiales fueron elegidos, pero usualmente fueron nombrados por un líder de mayor rango. Una jerarquía de lealtades que se extendía desde lo particular hasta lo general caracterizaba las actividades militares e influía en la política de este sector, las unidades de combate obedecían siempre las órdenes de sus superiores.

Las fuerzas armadas y los oficiales que más incidieron en los procesos y desenlaces revolucionarios fueron los que en 1915-1916 juraron lealtad a Carranza, Obregón, Calles y a sus subordinados inmediatos, incluido Lázaro Cárdenas. Los principales círculos militares alrededor de Obregón y Calles predominaron desde principios de 1920 hasta bien entrada la década de 1930. Eventualmente Cárdenas, uno de sus tenientes, surgió como la figura dominante en lo que para entonces era un ejército regular con soldados originarios principalmente de zonas rurales. Cárdenas también tenía su círculo de leales seguidores militares. Para la década de 1930 se dice que hubo cinco principales líderes militares, referidos como los “divisionarios”. Ese grupo anhelaba hacer acuerdos con el ejército norteamericano para conseguir entrenamiento, provisiones y equipamiento, cosa que obtuvieron eventualmente.

Hasta 1940 y a pesar de sus divisiones, los líderes de las fuerzas armadas ejercieron gran influencia en la política de la RM. Con tropas relativamente bien organizadas las unidades del ejército apoyaban, o se alineaban con contingentes de campesinos u obreros en momentos claves de crisis interna. El Ejército mexicano era pequeño comparado con los de otros países latinoamericanos. Los contingentes armados mejor organizados probablemente sumaban entre cincuenta mil y setenta mil elementos hasta finales de 1930. Junto a las agrupaciones de trabajadores y de la Iglesia sus filas disminuían, pero su especificidad profesional aumentó paulatinamente. Por sus funciones, a veces represivas y permanentemente de carácter autoritario, después de 1920 el ejército constituía una organización popular aparte dentro de la vida pública nacional. A diferencia de lo ocurrido en otros escenarios revolucionarios, las fuerzas armadas no adoptaron un credo militar permanente ni una postura autoritaria en el gobierno del país; además, en contraste con otras naciones latinoamericanas, el personal militar nunca gobernó el país después de 1946. Ciertamente, algunos oficiales de alto rango se enriquecieron, por ejemplo, aprovecharon su acceso a tierras del gobierno, obtuvieron inmuebles por medios fraudulentos, se unieron a proyectos comerciales de funcionarios electos y de miembros de la alta burocracia y, en algunos casos, recibían dinero directamente de autoridades superiores.

#### MUCHOS ÁNGELES, PRESENTES Y DE PIE

Usualmente, tras mencionar a algunos aventureros, la literatura ignora a los extranjeros y a las personas identificadas con la religión al no analizar su identidad o conciencia.<sup>21</sup> No examinan

<sup>21</sup> Sobre lo que yo llamo los “ángeles” —la amplia participación no ciudadana— hay sólo una reducida literatura y algunas referencias al corpus mayor; por ejemplo: John Hart, *Revolutionary Mexico*. En la literatura más específica encontramos a Clara Lomas, “Transborder Discourse...”, en *Frontiers*; mi ensayo “Piedras contra la luna”; J. W. Wilkie, *et al.*, 1976; Gerald Horne, *Black and Brown: African Americans and the Mexican Revolution*, y Lawrence D. Taylor, *La gran aventura en México: El papel de los voluntarios extranjeros en los ejércitos revolucionarios mexicanos, 1910-1915*. Sobre católicos moderados, socialmente conscientes

la importancia o significado de su participación sustantiva en el movimiento revolucionario que, en realidad, son expresión del alcance de la RM. Algunos reclutaban seguidores, compraban y vendían materiales, y recababan fondos. Para otros, la revolución significaba una oportunidad comercial, un ejemplo es el caso de los hermanos Ravel de Columbus, Nuevo México, que vendían armas a los villistas.

Entre los habitantes de la frontera hubo obreros calificados, periodistas y propietarios de pequeños negocios que participaron activamente en los acontecimientos mexicanos. Muchos eran mexicanos nacidos en Estados Unidos que vivían en los estados del suroeste como Nuevo México, Arizona, California y, especialmente, el sur de Texas. A partir de 1890, sabemos que surgió un complejo proactivo de individuos y grupos regionales que estuvieron relacionados con acciones que tuvieron impacto en la Revolución, en particular incitados por organizadores del PLM y su propaganda. Nuevo México es un caso relevante por sus raíces de resistencia, desde el movimiento popular de las Gorras Blancas hasta la organización laboral radical en las minas. El pueblo de Cuchillo Parado, Chihuahua, se convirtió en un motor local de la revolución, en su mayor parte villista, y mantenía lazos familiares con varios lugares de Nuevo México, aunque también allí hubo gente que se oponía a los defensores de la revolución, como Elfego Baca, quien persiguió a los organizadores sindicales, adherentes del PLM y los villistas, en ese orden. Albuquerque, Nuevo México, fue un sitio muy disputado tanto por defensores como por críticos de la Revolución, ya que proveía de organizadores y gestaba recursos para actividades realizadas desde California hasta Texas. El impacto de la revolución en las comunidades de la frontera entre México y Estados Unidos fue extremadamente notable.

En la frontera, como en otros lugares, hubo apoyo de pueblos indígenas, afroamericanos, mujeres, y diversos sectores radicales,

---

relacionados con la Iglesia, véase Robert Quirk, *The Mexican Revolution and the Catholic Church* y Otto Granados Roldan, *La Iglesia Católica como grupo de presión*; véase también a Alicia Olivera de Bonfil, “La Iglesia en México, 1926-1970”, en J. W. Wilkie, *et al.* (eds.), *Contemporary Mexico*.

incluidos los inmigrantes europeos. La prensa afroamericana, diversos grupos cívicos, así como individuos progresistas seguían con interés el desarrollo de la RM. Líderes afroamericanos anunciaron su fuerte apoyo a aspectos progresistas de la RM y contribuyeron a difundirlos entre sus comunidades. Es decir, en todas estas actividades en torno a la RM participaron en varias actividades extranjeros y personas sin ciudadanía mexicana que no eran de la élite, algunas de ellas mujeres. Hubo defensores de la RM también en otros países: radicales, sindicalistas, artistas y escritores, quienes apoyaron activamente las políticas progresistas en México. También sabemos de extranjeros que llegaron al país con el afán de unirse a la revuelta. Sus perspectivas y contribuciones fueron reconocidas. Algunos eran de clase media, pero otros eran trabajadores calificados con visiones progresistas. Entre los grupos protestantes y miembros de varias iglesias hubo visitantes y practicantes mexicanos con perspectivas políticas de amplio espectro. El consenso entre ellos era que defendían la libertad de credo y de prácticas religiosas, pero veían con recelo el posible aumento de la influencia de la jerarquía católica.

A veces destacándose aparte y a veces interviniendo con energía, sabemos también de gente consciente pero conservadora y de derecha que participó en la RM, protestantes, católicos, a menudo identificados como hispanos. Más tarde, los partidarios de Trinidad Sánchez Santos adoptaron el lema “Católicos en la revolución” como su lema. De manera más abierta, ciertos conservadores que predicaban reformas —especialmente referentes al gobierno cívico y a la educación universal— constituían otra fuerza en el proceso revolucionario y deben contarse entre los participantes. No todos los reformistas de corte conservador eran de la élite; de hecho, la mayoría eran pequeños productores, rancheros, empleados de cuello blanco, mandos medios y trabajadores tanto calificados como no calificados. Hubo también algunos que después de haberse identificado con la revolución cambiaron de bando y adoptaron posturas conservadoras o incluso reaccionarias. Esto significa que conservadores y contrarrevolucionarios actuaron a veces en forma discreta



y en otras como parte íntegra del proceso revolucionario. En todo caso, el núcleo de elementos conservadores y reaccionarios comprendía un liderazgo compuesto por miembros de la élite financiera con una importante participación de obreros y trabajadores que estuvieron activos en la acción política de manera continua.



## PATRONES AMPLIOS DE PARTICIPACIÓN NO PARTIDARIA/IDEOLÓGICA

**S**i bien reflexionar sobre la RM analíticamente nos impulsa a identificar vínculos sociológicos específicos,<sup>22</sup> asimismo existieron amplios patrones no partidarios y no ideológicos que es importante señalar porque resaltan continuidades y adaptaciones. Por ejemplo, continuó la contención entre obreros y patrones, influida por necesidades regionales, cuestiones productivas y requerimientos de distribución. Además, varios usos continuos de la propaganda son reveladores porque se dirigían a los sectores más letrados. Por ejemplo, la prensa pro Díaz se movilizó rápida y masivamente en contra de los diversos opositores a su gobierno. Ricardo Flores Magón y Francisco I. Madero fueron permanentemente estigmatizados por esta prensa, mientras tanto se fomentaba por separado el surgimiento de medios anti Díaz. Los materiales impresos por los magonistas eran vehementes contra los opositores.

<sup>22</sup> John Womack identifica sucintamente algunos patrones en “The Mexican Revolution 1910-1920”, en la *Cambridge History of Latin America*. Está también Manuel Villa, “Discusión de algunas categorías para el análisis de la revolución mexicana”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas*, y los ampliados comentarios de John Hart, *Revolutionary Mexico* y Alan Knight, *The Mexican Revolution*.

Más tarde, se dirigieron exhortos pro carrancistas directamente no sólo a los seguidores de Díaz y Huerta, sino también a los antiguos co-revolucionarios Villa y Zapata, quienes perdieron algo de apoyo entre los obreros y la clase media al ser tan estigmatizados. Obregón y Calles utilizaron la prensa externamente. Se podría decir que en general las actividades de cabildeo y reclutamiento de la RM consistieron en interacciones entre actores, con sus agravios y circunstancias, a lo largo de tres décadas. Algunos patrones que emergen sugieren, por ejemplo, que la participación rural variaba muchísimo en cuanto a contexto, prioridades y respuestas; que la participación policlasista hizo resaltar varias causas y agendas; que la agitación, organización y propaganda de la izquierda persistieron por años, y que finalmente la literatura historiográfica casi siempre ha subestimado estos aspectos.

Al examinar el proceso de la RM, es preciso resaltar su larga duración, sus múltiples y cambiantes fases, y los diversos intereses predominantes. No fue un proceso revolucionario centrado en un punto de disputa y en un liderazgo definitivo; más bien fue una revuelta con muchas fases caracterizadas por frecuentes cambios de las principales facciones, por permutas de liderazgos importantes y por una agenda en constante evolución. Pero nada de esto disminuye la primerísima importancia de lo local. A lo largo del desarrollo de la RM, la política jamás dejó de ser local; además, inicialmente todas las movilizaciones más importantes se llevaron a cabo en ese nivel. Los procesos de resistencia implicaban respuestas a las nuevas cambiantes condiciones. Los actores fueron personas que obtenían beneficios de algún régimen, así como las que resentían no haberlos recibido. Persistían los vínculos cliente-patrón. La motivación de la mayoría de los participantes fue la de obtener aquello que ellos creían merecer. Aun así, hubo gente impulsada por ideales y otras por lealtad a un pariente o amigo. De manera incesante, personas se unían a una causa y otras la abandonaban. Por supuesto que las lealtades cambiantes o que se desvanecen no son raras en una revolución. Diferencias y competencias entre liderazgos regionales ocurren antes, durante y después de las movilizaciones. Los regí-

menes centrales implementaron prácticas represivas centralizadoras desde 1900 hasta 1940, pero nunca lograron concretar una amplia coalición entre clases, aunque esto era una meta; así lo revelan los varios intentos escenificados antes del eventual surgimiento del partido nacional en los años de 1930. Es fácil notar también que las intervenciones extranjeras siguieron en varias zonas y en diversas formas a través de funcionarios, representantes corporativos y de los propios ciudadanos norteamericanos.

EL ROL DEL FUEREÑO DENTRO DEL PAÍS  
Y LOS INTERESES DE ESTADOS UNIDOS

Incluso los escritos enfocados en algún aspecto o individuo norteamericano en torno de su rol en la RM subestiman el amplio rango e impacto continuo de la participación de Estados Unidos: el elefante en el laboratorio. Claro está que los intereses y agentes norteamericanos no fueron las únicas influencias extranjeras, pero sí las más extensas y permanentemente activas en varias regiones de México durante la RM. Es significativo que esos intereses y agentes sobrevivieron al movimiento no sólo intactos, sino reforzados y omnipresentes.<sup>23</sup> Como parte de esta interacción, los emisarios reclutaron adherentes, compraron y vendieron materiales, y recaudaron y aseguraron fondos. La revolución podía significar un nego-

<sup>23</sup> Para estadísticas de la inversión extranjera, véase Luis Nicolau d'Oliver, "Las inversiones extranjeras", en D. Cosío Villegas, *Historia Moderna*, V. 7, pt. 2. Para acercamientos a los registros extranjeros extensamente documentados, véase Edward J. Haley, *Revolution and Intervention: The Diplomacy of Taft and Wilson with Mexico 1910-1917*; Berta Ulloa, *La revolución intervenida: relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, 1910-1914*; Robert Freeman Smith, *The United States and Revolutionary Mexican Nationalism, 1916-1932*; Linda B. Hall, *Oil, Banks and Politics: The United States and post-revolutionary Mexico, 1917-1924*, y dos libros de Lorenzo Meyer, *Mexico and the United States in the Oil Controversy, 1917-1942*, y *Su Majestad Británica contra la Revolución 1900-1920*. Escritores que emiten fuertes juicios sobre la presencia extranjera: Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*; Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*, y J. M. Hart, *Empire and Revolution, The Americans in Mexico Since the Civil War*. Hay un número significativo de investigadores y títulos que tratan cuestiones de las relaciones e inversiones extranjeras, pero pocos alcanzan la postura crítica de Hart.

cio; por ejemplo, la venta de armas a los villistas por la empresa de los hermanos Ravel de la ciudad de Columbus, Nuevo México. Los residentes fronterizos locales sabían que los Ravel traficaban con armas. Algunos estudiosos se esfuerzan por reducir la importancia de la influencia norteamericana, insistiendo que nunca hubo una política clara al respecto o argumentan que no existía una presencia monolítica o movilización por parte de Estados Unidos pero, en realidad, las políticas de ese país *vis-à-vis* México han sido consistentes y contundentes, lo que ha variado es el modo de ponerlas en práctica. También es obvio que la presencia de Estados Unidos en el extranjero ha sido multifacética y las maneras en que se ha enfrentado a las revoluciones sociales tienen ciertas similitudes. El conjunto de intereses y actividades de Estados Unidos en México acechaban como un “estado tras el estado”. En cada situación de crisis del Estado mexicano o ante cualquier posibilidad de transición, tanto los que promovían el cambio como los que defendían el *statu quo* estaban obligados a reportarse a ese segundo Estado, en México y en el exterior. La poca atención que los historiadores han prestado a esas actividades debe ampliarse. Preguntar si existe un “contexto mundial permisivo” para ésta o cualquier otra revolución que potencialmente amenaza a las relaciones binacionales o internacionales es arbitraria y candorosa, ya que claramente Estados Unidos y otras potencias mundiales han intercedido o intervenido en todas las revoluciones sociales del siglo XX. Se puede plantear un paradigma básico que consta de cinco elementos: i) intereses, ii) protección, iii) intervención, iv) manipulación y v) subordinación. Respecto de las omisiones académicas podría mencionar a *La Revolución: Mexico's Great Revolution* (2000) de Thomas Benjamin. Esta publicación se logró gracias a varios apoyos que, se supone, exigían dictámenes e implicaban que el manuscrito fuera leído por varios académicos reconocidos antes de ser editada por una universidad, que probablemente tiene además sus propios revisores. A pesar de todo, su índice no menciona a Estados Unidos, al presidente Woodrow Wilson o al embajador Henry Lane Wilson, aun cuando las relaciones con Estados Unidos habían sido significativas en todo caso por décadas.

Está claro que Díaz recibió apoyo comercial privado de Estados Unidos a partir de 1876. No había nada encubierto en este apoyo que le permitió reconocimiento diplomático por ese país y recibir la asistencia de representantes de su gobierno en diversos asuntos. El régimen de Díaz solicitó inversiones extranjeras y los intereses corporativos y las agencias gubernamentales norteamericanas lo aprovecharon de 1876 a 1910. Es necesario escrutar esas inversiones que fueron numerosas y omnipresentes. Para el Porfiriato, las fuentes más accesibles de financiamiento estuvieron en Estados Unidos, especialmente en sectores clave: el ferrocarrilero, el bancario, el minero, el comercial, el de la agricultura comercial y el ganadero. También hubo modestos mercados en México para la venta de ciertos bienes. Intereses norteamericanos adquirieron tierras en México, casi 25 por ciento de la superficie. Como la literatura señala, los intereses norteamericanos fueron extremadamente importantes, por ejemplo, controlaban 80 por ciento de los ferrocarriles y de los caminos; 81 por ciento de las minas, y con grupos británicos, 95 por ciento de los recursos petroleros, así como toda la infraestructura petrolera. Al evaluar el impacto en todo el país, encontramos que la participación de Estados Unidos en el comercio y la agricultura fue más extensa que en las actividades extractivas, que eran más localizadas. Las transacciones comerciales de Estados Unidos aumentaron de unos 10 millones de dólares en 1876 a 166 millones en 1910, año en que sus intereses representaban 57 por ciento de las importaciones y 76 por ciento de las exportaciones. Además, intereses norteamericanos controlaban unos cuarenta millones de hectáreas de tierras mexicanas y sus inversiones en la agricultura rebasaban los cien millones de dólares. Caso aparte es el de la producción henequenera en Yucatán. Allí, aunque las tierras y cosechas eran controladas por productores mexicanos, toda la industria estaba en manos de compañías norteamericanas. Estas cifras son impactantes porque revelan cómo estos intereses estaban acompañados de envío de personal a México y de extensas alianzas e interacciones a nivel

nacional, estatal y local. Fue el Estado norteamericano el representante de esos intereses antes y durante el periodo revolucionario.

Las preocupaciones al interior del gobierno de Estados Unidos que han sido tratadas en la literatura van de lo real —por ejemplo los envíos de armas— a lo ficticio: el temor a una violencia desatada contra ciudadanos norteamericanos. En realidad, lo que más preocupaba a ese país fue contar con un gobierno favorable en México que permitiera la estabilidad y la permanencia de las ganancias. Pero una asociación significativa con el gobierno mexicano era algo más que sólo cierta latitud operacional y rendimientos a sus inversiones. En algún momento, se enfatizaban temas como la nacionalización de los ferrocarriles y el disgusto que provocó el que México contrajera créditos en Europa en 1907-1908. Cuestiones más específicas surgieron cuando México decidió firmar contratos con la empresa petrolera de Weetman Pearson —dejando fuera a las compañías petroleras norteamericanas como U. S. Standard y Texas Oil— y diera preferencia a intereses mineros ingleses por encima de la Guggenheim Corporation. Se podría argumentar que esto se debió a la nueva política arancelaria de la década de 1900, la cual favorecía los intereses europeos. Molestias menores para el Departamento de Estado de Estados Unidos fueron la preocupación simbólica de México sobre la presencia norteamericana en Honduras y las supuestas discusiones del régimen de Díaz con representantes japoneses sobre una posible extracción de carbón en Baja California, que nunca materializó. Lo que complicó la postura del gobierno norteamericano y sus políticas de protección a sus intereses fue la confrontación de la campaña electoral entre Díaz y Madero por obtener el apoyo norteamericano en 1910-1911. El hecho fue que ambos tuvieron apoyo porque el uno y el otro eran favorables a los intereses estadounidenses; la Casa Blanca y el Departamento de Estado así lo entendieron. Como los demás interesados, los norteamericanos entendían que lo importante era quién iba a suceder a Díaz; dilema que no resolvería una elección constitucionalmente válida o con la incompetencia de algún ge-

neral como Huerta, pero que a la larga llevó a Estados Unidos a apoyar al círculo Carranza-Obregón, especialmente a Obregón.

Para aclarar, en general los intereses de Estados Unidos se enfocaban consistentemente en asegurar la estabilidad para sus operaciones y crear una economía que asegurara ganancias óptimas y constantes. Los siguientes aspectos puntuales definieron la postura global que impuso Estados Unidos:

1. Asumía que México, en efecto, había sido dependiente económicamente desde 1848.
2. Por su escala, las inversiones corporativas privadas estadounidenses en México constituían una intervención.
3. Intereses norteamericanos apoyaban a ambos, al gobierno de Díaz y a los maderistas.
4. Agencias de Estados Unidos se encargaban de vigilar y controlar la frontera.
5. Tropas norteamericanas patrullaban la frontera.
6. Hubo hostilidad hacia Francisco Villa y Abraham González en Chihuahua.
7. El embajador Henry Lane Wilson se inmiscuyó directamente en la remoción de Madero e indirectamente en su asesinato.
8. Se enviaron barcos de la Marina estadounidense a la costa del Caribe. La Casa Blanca anunció un embargo de bienes destinados a México. El arribo de los norteamericanos a Tampico produce un escenario operático: ¿quién debía saludar primero a quién? En el encuentro mueren cientos de civiles, entre ellos mujeres y niños, debido a los bombardeos norteamericanos. A pesar de todo, gran parte de los bienes supuestamente embargados llegaron. Las provisiones incautadas por fuerzas estadounidenses son usadas en negociaciones con las facciones mexicanas.
9. Agentes del Departamento de Estado y representantes de la Casa Blanca maniobraban con las diversas facciones ar-



- madras de la RM; en dichas acciones participaron agentes del gobierno y emisarios de las corporaciones norteamericanas.
10. Con armas y acciones los norteamericanos apoyaron al círculo Carranza-Obregón; Obregón consiguió un préstamo sustancial (varios cientos de miles de dólares) de una empresa estadounidense.
  11. El Ejército de Estados Unidos invadió a México y ocupó Chihuahua, foco de zozobra revolucionaria.
  12. Prominentes personas de varios sectores en Estados Unidos —el general John Pershing, el senador Albert Fall, el secretario Joseph Daniels, el multimillonario William R. Hearst y el famoso escritor Jack London— recomendaron al presidente Wilson la anexión de México o de buena parte del país.
  13. Después de 1917 hubo intervenciones institucionales de Estados Unidos por parte de diversas entidades, incluidos el sector laboral y representantes de la Iglesia católica.
  14. El gobierno norteamericano entra en negociaciones favorables con el régimen de Obregón durante los Acuerdos de Bucareli en 1923.
  15. Estados Unidos apoya las administraciones de Obregón y Calles en la década de 1920.
  16. Intereses corporativos y del gobierno estadounidense presionan a Calles y luego a Cárdenas con éxito; mientras tanto, el empresario norteamericano William O. Jenkins acumula una enorme fortuna.
  17. Dos funcionarios nombrados por el Departamento de Estado, el embajador Dwight Morrow y el secretario de Marina, y más tarde embajador Joseph Daniels —con formación y contactos fuertes en el área de finanzas— fueron muy activos en consultas sobre la política con respecto a México que estableció la práctica de comunicaciones regulares entre el presidente de México y altos funcionarios norteamericanos.

18. A finales de la administración cardenista, intereses de Estados Unidos apoyaban a diferentes candidatos. En estas maniobras participó Elliot Roosevelt, hijo del presidente, quien apoyaba a Juan Andrew Almazán. Se reporta que Ávila Camacho recibió la aprobación del Departamento de Estado pero con la condición de que impulsara un acuerdo para bases militares de Estados Unidos y firmara un acuerdo comercial favorable a los intereses de ese país.
19. Todos los líderes formales de México entendían que los intereses de Estados Unidos intervenían en la política mexicana; la intervención era obvia y reconocida; ninguna política norteamericana entre 1900 y 1940 fue benigna.
20. Todos los líderes formales de México —los presidentes Madero, Carranza, Obregón, Calles, Cárdenas y Ávila Camacho— indicaron claramente que sus administraciones darían la bienvenida a inversiones capitalistas del vecino país.
21. El presidente Cárdenas desafía a las corporaciones norteamericanas pero estipulando negociaciones, aunque a la vez estaba claramente alineado con la política de Estados Unidos *vis-à-vis* las potencias del eje. Las negociaciones se produjeron y México formalmente apoyó a Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

Si bien los pronunciamientos públicos de las administraciones norteamericanas reiteraban su compromiso de salvaguardar los intereses de Estados Unidos en México, sus acciones fueron más allá. Los registros de empresas muestran, en general, que sus intereses estaban asegurados. De hecho, las compañías siguieron operando de manera rentable durante los años de revolución. Las fluctuaciones que ocurrieron estaban relacionadas con cambios en el comercio internacional. Hubo relativamente pocos ataques a las propiedades y personas norteamericanas, especialmente cuando consideramos el elevado número de residentes estadounidenses en México y la escala de sus inversiones. Todos los líderes revolucionarios anhelaban ganar el apoyo de ese gobierno; más que independencia del mismo, lo

que buscaban era que se les otorgara espacio para maniobrar. Los únicos líderes mexicanos que respondieron negativamente en sus actos públicos hacia Estados Unidos fueron Ricardo Flores Magón y Francisco Villa, pero sus reacciones fueron repudiadas por los líderes formales del país. La fuerza punitiva enviada por Estados Unidos en 1916 pudiera haber provocado una hostil reacción popular al galvanizar los sentimientos patrióticos en torno a los líderes Villa y Zapata, y virado el proceso revolucionario fuertemente hacia la izquierda. Esto habría transformado al movimiento en una campaña contra invasores extranjeros y a favor de reformas sociales domésticas. Pero nada de esto ocurrió. Los líderes mexicanos en el gobierno comprendieron la utilidad de apoyar los esfuerzos estadounidenses e incluso contribuir a su éxito. También entendieron con claridad las consecuencias que enfrentarían debido al descontento del gobierno norteamericano. Los representantes diplomáticos mexicanos reconocieron y asimilaron los lineamientos y preferencias más importantes de ese gobierno, y dieron un trato favorable a los intereses comerciales norteamericanos entre las décadas de 1920 y 1940.



EL APARATO TRANSFORMADOR  
DEL ESTADO Y EL GOBIERNO CLASISTA:  
OBJETIVOS, FASES Y DESENLACES

**A**l tratar el tema de la revolución, todos los hilos de análisis, tanto directos como indirectos, hacen surgir preguntas sobre la operación del Estado y del gobierno clasista. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Quién? Es decir, ¿quién gana o quién sostiene el poder? Ha habido por supuesto intentos de contestarlas. Entre otras características, la revolución se encarna en un levantamiento expresado en la fluidez de muchos aspectos públicos y de la vida, incluida la operación del Estado. Los procesos transformadores de la RM ciertamente implicaron cambios en el Estado, en sus personajes principales, en sus operaciones, en la competencia interna y en sus formas de reclutamiento. Algunos escritores afirman que los cambios fueron pocos —incluso nulos— porque, supuestamente, persistió el Estado porfiriano; desde su punto de vista existió sólo continuidad. Otros se limitan a adherirse a modelos teóricos que tienen poca relación con las experiencias históricas reales, ya que en la historia real jamás existió la dictadura del proletariado, ni una economía socialista integral ni la sociedad sin clases, tampoco se ha

visto un bloque dirigente homogéneo ideológicamente. Lo que sí se ha visto son aparatos burocráticos afiliados a partidos sectarios y ambos han ejercido dominio sobre un gobierno cada vez más autoritario y corrupto. Sostener que la forma de gobierno que existió en 1910 y la que operaba en 1940 son iguales y que, por lo tanto, no hubo cambio, es simplemente erróneo. Está claro que entre 1910 y 1940 hubo cambios en los antecedentes, las condiciones económicas y la identificación ideológica de los funcionarios de todos los niveles —alto, medio y bajo— tanto en los puestos de elección como en los de nombramiento, incluso buena parte de ellos provenían de familias de trabajadores, de empleados de cuello blanco y de clase media baja. Esta transformación es comparable a las que ocurrieron en otros países como secuela de revoluciones que tuvieron lugar antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Respecto de las formas de gobierno en el siglo XX, salvo en sitios tan diferentes como Gran Bretaña y Arabia Saudita, los gobiernos son repúblicas que operan nominalmente bajo la égida de una constitución escrita y un sistema electoral, muchos con algún tipo de sistema federal. La democracia electoral rara vez es directa y casi siempre imperfecta en valores y prácticas, incluso en Estados Unidos. Las prácticas corruptas son comunes y muchos países están gobernados por algún segmento de la élite que trabaja conjuntamente con una burocracia cuyos números, recursos y autoridad aumentan a medida que el aparato de gobierno crece.

En suma, hubo en la RM no sólo violentas actividades políticas que pretendían lograr un cambio de régimen, sino también amplias, precisas y diversas renovaciones del Estado que fueron reconocidas y estuvieron acompañadas por promesas al público que pronto serían concretadas en leyes o en medidas administrativas a nivel nacional.<sup>24</sup> Por casi cuatro décadas hubo cambios transfor-

<sup>24</sup> Para un análisis de la relación entre objetivos y fases hay varios autores: Michael J. González, *The Mexican Revolution, 1910-1940*; Alan Knight, *The Mexican Revolution*, y Luis González y González, *Historia de la Revolución Mexicana: periodo 1934-1940. Los días del presidente Cárdenas*. Y para una evaluación diferente a éstos véase a Juan Felipe Leal, *La burguesía y el Estado mexicano*. De él mismo, *Independencia y Revolución*.

madores y los activistas pro revolucionarios señalaban que estaban trabajando en un proceso de largo plazo. Aparte de los zapatas, la mayoría de los activistas de la RM promovía firmemente la modernización, un proceso que ciertamente requería de inversiones industriales, desarrollo agrícola, mayor infraestructura y mejor educación. Como en otras sociedades, todo esto significaba contar con un Estado poderoso: implicaba ingresos, burocracia, servicios, instituciones y financiamiento nacional y extranjero. Estas metas de desarrollo o modernización constituían la base de la coherencia empírica y pragmática de la mayoría de los liderazgos y facciones políticas, y de los grupos activos a nivel nacional. Nadie dudaba que el desarrollo ocupara el segundo lugar de importancia después de establecer normas y prácticas constitucionales porque estos últimos ofrecieron la base nacional indispensable en México. Realmente se entendió que el desarrollo era la primera prioridad en todos los discursos públicos, excepto aquellos de los anarco-comunistas o aquellos de los nostálgicos, quienes soñaban con un retorno a una sociedad colonial benigna e imaginada. La meta del desarrollo era fortalecer al país en su totalidad, no sólo a un régimen o clase; se pretendía que los beneficios fueran compartidos por muchos ciudadanos; el desarrollo era la ruta moderna a la riqueza para la élite e implicaba un estándar de vida más alto para la clase media.

En un lapso de treinta años, el proceso revolucionario tuvo claros logros que se pueden medir en términos de sus causas fundamentales y sus participantes. Primero, imposibilitó la continuación del gobierno y sociedad porfirianos, y de un Estado autoritario, oligárquico y militarizado que por lo menos durante dos décadas benefició principalmente a familias de la élite y a empresas extranjeras, como en muchos otros países latinoamericanos. En contraste con lo anterior, la sociedad que emergió después de 1910 era más participativa y con más movilidad, la circulación de las élites y el proceso de incorporación a dichas élites fue, en cierta medida, un proceso regular. Asimismo, una relativa nivelación del estatus social también surgió en contraste con la extrema jerarquización

que anteriormente existía. El aumento en la disponibilidad de la educación, incluida la certificación de diversas profesiones, tuvo un impacto político, social y económico.

El renovado constitucionalismo reafirmó los derechos electorales, la gobernanza federal y la división de poderes basados en el derecho a la ciudadanía de todos los residentes nacidos en la República. Una nueva constitución que empoderó específicamente a la federación y a los estados y los consolidó de una manera claramente distinta a la del pasado seguiría vigente en el futuro. Aunque las prerrogativas locales estuvieron hasta cierto punto subordinadas a las federales, la gestión de las políticas nacionales sin duda las tomaba en cuenta y los estados y municipios tenían atribuciones claras. En la práctica, el aumento de la autoridad federal reconoció los sentimientos populares relacionados con las preferencias estatales y municipales. En lo económico, una amplia redistribución de tierras impactó a algunos residentes del campo, al tiempo que formas de tenencia comunal e individual rural remplazaron a la hacienda como el complejo socioeconómico-político predominante. El reconocimiento de los sindicatos se tradujo en mejores salarios y beneficios, así como en mayores garantías de protección para los trabajadores. Aunque lenta y de forma imperfecta, la educación se extendió, especialmente en las zonas urbanas, y se reorganizó con algunas innovaciones pedagógicas. El crecimiento gradual de la clase media urbana y del número de obreros calificados transformaba paulatinamente a las ciudades. Significativamente, con el tiempo se reconocieron los derechos de la mujer y llegaron a ser vistas como un sector más bien progresista y benéfico para la sociedad. Ciertamente, las fuerzas armadas más radicales fueron derrotadas y luego contenidas, pero se toleraban visiones diversas y un amplio rango de ideologías; eso sí, en medio de frecuentes persecuciones de activistas disidentes. La emigración se estableció como una permanente y continua transferencia operativa de mano de obra basada en la movilidad social y la transmisión de recursos; sin duda, la emigración acarreó importantes consecuencias. Las transiciones hacia una modernidad avanzada recibieron apoyo de

todos los sectores, incluso de la Iglesia católica en algunos aspectos. Todos estos logros precisaban alguna medida de poder, de acción y ciertamente de los recursos del Estado, como lo requirió la distribución de la tierra.

Varios dirigentes locales empoderados durante años jugaron un papel clave en la distribución de la tierra. Además, en varias localidades, los activistas agrarios ocuparon tierras de dueños ausentes. Sin embargo, Venustiano Carranza no autorizó la distribución de la tierra en pueblos rurales donde ésta había ocurrido, no hizo caso de su propia ley de enero de 1915 y no hizo caso tampoco al artículo 27 de la Constitución de 1917. Durante los años de autoridad de Carranza, entre 1915 y 1919, 148 pueblos recibieron tierras comunales, 66 de ellos en su último año cuando él fue presionado para distribuir por lo menos algunas tierras. Tras el derrocamiento de Carranza en mayo de 1920, otros 95 pueblos fueron dotados con estas tierras durante el resto de ese año de transición. Las cifras muestran que la iniciativa de Álvaro Obregón en la distribución de la tierra permaneció limitada. Las cifras para 1921, el primer año del régimen de Obregón, indican como destinatarios a 396 pueblos. El total fue de 1 981 para el periodo comprendido entre 1921 y 1924. Plutarco Elías Calles continuó este logro, así como lo hicieron los tres siguientes regímenes cortos que lo sucedieron.

Aunque siempre propugnaron por la reforma agraria en la retórica, desde el inicio del programa de distribución de la tierra, aproximadamente 1.3 millones de hectáreas (1 hectárea = 2.4 acres) de tierra habían sido distribuidas bajo el mando de los mencionados regímenes. Sin embargo, a la mayoría de los mexicanos en áreas rurales todavía no les había asignado tierras. En la década de 1920, las propiedades de más de cinco mil hectáreas constituían 50.1 por ciento de la zona rural y pertenecían a 2 682 terratenientes. Era menos de 1 por ciento de todos los propietarios rurales. Además, había 114 terratenientes privados del sector empresarial o de una compañía, es decir, los latifundios más grandes representaron casi una cuarta parte (22.9 por ciento) de toda la



tierra privada. Hacia 1926, sólo 4.3 por ciento de la población rural había recibido alguna tierra comunal. Así, hasta la década de 1920, el carácter limitado de la redistribución de la tierra era tan evidente como las disparidades regionales. En el estado de Morelos, un bastión agrarista, 25 por ciento de la población había recibido una superficie de tierra equivalente a 33 por ciento del total del estado. De hecho, aquí los campesinos recibieron más que en otras zonas, pero sólo recibieron una cuarta parte de las tierras disponibles en ese estado. En Yucatán, supuestamente 22 por ciento de la población rural había recibido algunas tierras y en Campeche 14 por ciento obtuvo terrenos; si bien estas cifras parecen altas, la realidad es que las relaciones entre los agricultores y terratenientes o mercaderes eran en la práctica muy desfavorecidas para los primeros. En Puebla y San Luis Potosí, al menos 10 por ciento de la superficie de la tierra había pasado a manos de algún tipo de propiedad colectiva del pueblo. En el resto del país, las cifras eran más reducidas, según lo publicó F. Tannenbaum en su libro *The Mexican Agrarian Revolution*. Por lo tanto, la distribución de la tierra era más bien modesta.

Probablemente debido a la continua disidencia rural y al cabildeo efectivo por parte de activistas rurales, los beneficios agrarios eventualmente cambiaron para bien entre 1934-1940. En contraste con las administraciones anteriores, la reforma agraria estaba entre las preocupaciones dominantes de la administración de Lázaro Cárdenas. Claramente Cárdenas decidió poner en práctica promesas agrarias dentro de ciertos límites, probablemente durante su campaña para la presidencia cuando escuchó las quejas en áreas rurales y los informes de la disidencia campesina. La reforma agraria reforzó su administración. En el momento en que el mandato de Cárdenas se terminó, su gobierno había distribuido 49 millones de hectáreas, casi el doble de la que todos sus predecesores en conjunto habían realizado. En 1940, aproximadamente un tercio de la población mexicana había recibido tierra bajo el programa de reforma agraria. De hecho, una parte significativa de las entonces tierras cultivables de México se había redistribuido. Desde

luego las grandes haciendas de ganado en tierras áridas o semiáridas permanecieron como antes, aunque unas se verían afectadas después de 1940.

Por la distribución de la tierra durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, 10 651 ejidos se formaron a través de la distribución de 20 136 935 hectáreas a 775 845 campesinos. Junto con las medidas de distribución tomadas por gobiernos anteriores, se alcanzó la cifra total de 13 901 ejidos con 31 158 332 hectáreas distribuidas a 1 723 371 campesinos. Las principales regiones de distribución de la tierra en el gobierno de Cárdenas fueron la Comarca Lagunera, la zona Yaqui, Los Mochis, Lombardía y Nueva Italia, El Mante, Mexicali y Soconusco, así como áreas de Yucatán, según lo observado por Gerrit Huizer en su libro *La lucha campesina en México*. Carlos Tello sostiene en su trabajo *La tenencia de la tierra en México* —una de las más competentes evaluaciones acerca de la propiedad de la tierra— que en 1940 había todavía 308 latifundios con un promedio de más de 100 mil hectáreas y 1 179 latifundios de tamaño medio que poseía cada uno entre 10 mil y 40 mil hectáreas, los cuales cubrían una superficie total de más de 54 millones de hectáreas. En la administración de Lázaro Cárdenas, la mayoría de la tierra distribuida no fue dada a individuos o jefes de familia, sino que fue parcelada a ejidos comunales. La tierra fue otorgada en propiedad comunal a las comunidades, a veces para repartirse de nuevo a individuos para su uso y a veces para ser trabajada por miembros de la comunidad organizados. Después de 1940, la distribución de la tierra se redujo, pero siguió como tema de la agenda del gobierno por más de 25 años. Al evaluar la distribución de tierras, lo que por supuesto tiene que ser considerado es ¿qué calidad de tierras se entregaron? ¿Cuál era la disponibilidad de agua y apoyo de material a corto o mediano plazo, incluyendo disposiciones de crédito y asistencia técnica dirigida directamente a los agricultores? Las respuestas afectaron la posibilidad de una mejora neta del nivel de vida para familias campesinas que recibían asignaciones de tierra en un momento dado. Por otra parte, para aproximarse al porcentaje de familias campesinas beneficiadas, el porcentaje de dichos beneficia-

rios tiene que ser medido en relación con una población rural continuamente creciente. Sin embargo, el hecho es que la distribución de tierras se aceleró y no se redujo entre 1934 y 1940.

## NEGACIONES

Desde los primeros años de esta revolución social hasta hoy algunos historiadores han argumentado que no ocurrió cambio sustantivo alguno que pudiera calificarse de transformador.<sup>25</sup> Esta tesis antirrevolución que sostiene que jamás ocurrió una

<sup>25</sup> Varios autores impugnan o desdennan la importancia económica y social de la Revolución, aunque quizá reconozcan que hubo cierto cambio político. Centristas que niegan la revolución, como Ramón E. Ruiz, *The Great Rebellion, 1905-1924*; Jean Meyer, *La révolution Mexicaine, 1910-1940*; y Roger Bartra, “La revolución domesticada: del bonapartismo pequeño burgués a la institucionalización de la burguesía”, en *Historia y Sociedad*, núm. 6. Sobre la izquierda, en *La ideología de la Revolución*, Arnaldo Córdova argumenta que hubo un impulso ideológico y social, así como suficiente participación popular para lograr el cambio social radical, pero que la camarilla Carranza-Obregón-Calles cortó la fuerza del movimiento al privilegiar una nueva élite constituida por destacadas figuras de la facción constitucionalista, especialmente a miembros de su ejército. Por ende, la revolución no logró resultados consecuentes con sus orígenes populares. Obregón es identificado como figura clave que impulsó un desarrollismo capitalista. Esta argumentación sigue José Vasconcelos, un actor político central de las décadas de 1920 y 1930, que se convirtió en un severo crítico de la revolución mediante juicios que variaban con el tiempo, moldeados por su creciente conservadurismo. Según sus cambiantes visiones, la revolución fue secuestrada por no revolucionarios que inculcaban un espíritu y *ethos* no revolucionarios en los círculos del gobierno y otros de clase media. Véanse sus obras *La tormenta*, y *Ulises Criollo*. Tempranos autores críticos: Manuel Calero, *Un decenio de política mexicana*; Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, y Jorge Vera Estañol, *La Revolución Mexicana, orígenes y resultados*. Sobre la perspectiva de José Yves Limantour está *Apuntes sobre mi vida pública*, una memoria escrita tres décadas antes de su publicación. Varios escritores más introspectivos pusieron los cimientos de la evaluación crítica del caso mexicano. En orden cronológico incluiría a los norteamericanos Frank Tannenbaum (Columbia University Press, Nueva York 1930) y Eyley Simpson (University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1937), así como los mexicanos Luis Cabrera (México, n.p., 1931); Teodoro Hernández (México, n.p., 1950); Armando List Arzubide (México, n.p., 1958); José Mancisidor (México, n.p., 1965); Juan Sánchez Azcona (México, n.p., 1961); Alfonso Taracena (México, Costa-Amic, 1967); Jesús Silva Herzog (México, FCE, 1969); Moisés Ochoa Campos (México, n.p., 1968), Ángeles Mendieta Alatorre (México, INEHRM, 1961) y, desde luego, los cinco tomos de Gustavo Casasola (México, Editorial Trillas, 1973).

Revolución Mexicana cuenta con defensores tanto conservadores como progresistas, con variantes que van desde los que niegan que hubo cambios significativos, hasta los que argumentan que lo sucedido no fue lo suficientemente radical y extenso como para llamarse una revolución social. Proponen varios argumentos para sostener esta tesis falsa, algunos de los cuales expresan sesgos más que argumentos con bases empíricas. Quizá el primer crítico en negar la revolución fue José Y. Limantour, quien se jactaba nostálgicamente de haber ejercido el liderazgo más férreo, así por ejemplo la rebelión en la fronteriza Ciudad Juárez, Chihuahua (mayo de 1911), habría sido suprimida militarmente en tan sólo dos semanas y el descontento borrado políticamente mediante castigos e incentivos repartidos estratégicamente. En otras palabras, la represión y el ejercicio político, aplicados a tiempo, habrían extinguido toda posibilidad de movilización popular, aunque en realidad no existía la base político-social requerida. De manera similar, algunos escritores conservadores muy lúcidos, entre ellos ex miembros del gabinete durante el Porfiriato y el gobierno de Huerta, como Manuel Calero, Jorge Vera Estañol y Francisco Bulnes, han aducido que no hubo una amplia revolución social, sino sólo espacios de caos forjados por malhechores. Este es el argumento básico que proponen estos analistas que niegan la existencia de la Revolución. Un giro adicional sostiene que durante los regímenes de Díaz y Huerta los legisladores ya contemplaban reformas. Los que defienden este argumento señalan por ejemplo los cambios en la propiedad del ferrocarril, las propuestas de políticas reformistas en educación, y las promesas de mayor protección laboral. Según ellos, la revolución no era necesaria por tres razones: 1) se avecinaban reformas, 2) carecía de una base social, ya que ningún sector de clase la apoyaba íntegramente y 3) en todo caso lo que se refería como revolución no implicaba ninguna innovación política. Siendo colaboradores de Díaz y Huerta, insisten en que ambos líderes tenían planes innovadores y añaden un *non sequitur*: que las acciones de Estados Unidos fueron de poca importancia.

Se podría argumentar que a estos juicios siguieron otros, si bien menos teñidos de intereses personales. Entre ellos está *The Great Rebellion*, de Ramón E. Ruiz, un centrista, quien prefiere el rubro gran rebelión, aunque no explica adecuadamente contra quién se dirigió ese levantamiento que duró más de veinte años y que fue testigo de una gran variedad de liderazgos. Tampoco explica su concepto de rebelión y no presenta una argumentación analíticamente viable de revolución más allá de hablar del desplazamiento de clase y de violencia armada, y tampoco considera las innovaciones culturales. Además, menosprecia a las fuerzas populares y sus líderes, aduciendo que no satisfacen sus elevados estándares —jamás especificados— y limita su narrativa de la rebelión básicamente al periodo 1911-1921, es decir, de la caída del régimen de Díaz al inicio de la administración obregonista. Pero, una vez más, no ofrece explicación alguna para esto. Ruiz sostiene que los protagonistas claves —Madero, Carranza, Obregón— no tenían la intención de hacer una revolución social. Esto es verdad, de hecho, intentaron a lo sumo reformas populistas modestas y las vidas de los tres terminaron en tragedia. Pero la tesis de Ruiz no tiene un método ni aporta evidencias que le permiten dar cuenta de los cambios sociales y culturales que ocurrieron, ni posee un paradigma para hacer preguntas analíticas significativas. Ruiz, aunque no es marxista, para esconder sus limitaciones toma a préstamo la idea de que la revolución no cambió las relaciones de clase; sin embargo, cuando discute la Revolución Cubana, Ruiz critica a esta revolución precisamente por ser socialista. Este autor admite que él aprendió de la revolución de sus padres; lo que es verdad, pero no comparte lo aprendido de ellos con el lector. Afirmaciones en el sentido que “no hubo revolución” no fueron una novedad en el periodo posterior a 1960. En sí, esta interpretación afirma que los eventos populares ocurridos entre las épocas de Díaz y Obregón fueron caóticos, incluso violentos, pero mayormente insignificantes y carentes de amplio apoyo y de una consistente y programática política progresista. Más aún, se sostiene que los modestos cambios logrados no habrían requerido de una revolución.

Las conclusiones centristas no están distantes de los escritos matizados de los académicos que están influenciados por la posmodernidad y que estudian la historia cultural generada de los años 1980 en adelante. Su énfasis en lo local y anecdótico, y expresamente social, los lleva a concluir que la revolución social importó poco. Con frecuencia esta postura poscolonialista se hace neocolonialista, concluyendo que no hay agravios sociales sectoriales resueltos, sólo asuntos personales e idiosincráticos. Por lo tanto, cuando la época porfiriana y lo global se encuentran, la revolución social es superflua. La desacreditación descriptiva y funcionalista realizada por la derecha centrista es redactada más elegantemente por los científicos sociales conservadores encubiertos que se disfrazan como poscolonialistas.

Los centroizquierdistas que niegan la Revolución no son más complejos. Su reclamo no es materialista sino moralista; los mexicanos simplemente no cumplieron con las altas expectativas de la revolución social, según lo determinado por estos académicos. De hecho, son ellos los que no cumplen estándares, ya que muchas de sus ideas son invenciones. Estos académicos de izquierda trabajan con modelos eurocéntricos y vocabularios que son defectuosos e indiferentes a la historia. Sus pretensiones de legitimidad se basan en un marxismo por cierto fuera del alineamiento con el axioma marxista seminal de que a través de la praxis fluye una teoría adecuada. A la hora de analizar la revolución social se quedan cortos en varios aspectos. Marx no proporcionó una definición teórica clara de revolución. Los datos de Marx se enfocan en la economía y la política europea del siglo XIX. Sus suposiciones sobre los acontecimientos de 1789, 1848 y 1871 son objetivamente deficientes. La llamada “revolución burguesa” conceptualmente es incorrecta en hechos históricos y coherencia interpretativa. Suposiciones de los académicos de izquierda sobre la revolución social han engañado a muchos estudiantes en cuanto a la realidad de la revolución social, como en efecto se ha desencadenado.

Algunos argumentos sustanciales han degradado el cambio social en México, incluidos aquellos de John Womack (*Zapata*

*and the Mexican Revolution*) y de Enrique Semo (*Historia mexicana: economía y lucha de clases*), ambos respetados y bien informados historiadores. Su argumento empírico más contundente del lado de la “no revolución” se basa en la suposición de que no hubo cambios significativos en los rubros de propiedad y clase entre 1911 y 1920, los años de tumulto. Sin embargo, incluso en el plazo corto de nueve años obviamente los hubo, y esa fue la razón por la cual había esfuerzos de contrarrevolución. Por un lado, se podría aducir que hubo más propietarias mujeres en 1920 que en 1876, aunque es cierto que los cambios en la tenencia de la tierra hasta 1920 fueron escasos. Podría decirse que Carranza no apoyaba una distribución de tierras a gran escala y que nunca implementó una en el país, pero otros líderes sí estaban a favor de la redistribución y la llevaron a cabo. También existen elementos concretos que van más allá. Con el tiempo, hubo cada vez más propietarios y su número siguió aumentando significativamente hasta 1940 e incluso después, comparado con la situación de 1910. En proporción a la población y a largo plazo, un mayor número de campesinos mexicanos y sus familias obtuvieron más tierras que sus similares en Francia, Rusia o China durante las etapas iniciales de sus revoluciones nacionales. Además, cambiaron las relaciones de la tenencia de la tierra. Respecto del asunto importante de las relaciones de clase, es indudable que la sociedad clasista persistió en México, pero las clases cambiaron, se diferenciaron y ampliaron. Importante en este respecto es que la educación y el nivel de vida mejoraron, y el número de pequeños propietarios de tierras creció; éstos fueron procesos y cambios que el movimiento revolucionario aceleró. Es verdad que el modo y las relaciones de producción no cambiaron dramáticamente en México después de iniciado el proceso revolucionario, pero tampoco en otros lugares: los revolucionarios en Francia, Rusia y China no erigieron una economía socialista inmediatamente después de tomar el poder. En cada una de estas sociedades hubo continuidades, transiciones e incluso retrocesos. Lo que surgió en dichos países fueron burocracias que germinaron dentro del proceso revolucionario. Aún más, hoy los

estudiosos no están de acuerdo en cuanto a la magnitud de los cambios sociales como resultado de la revolución en estos países. En México, a pesar de las modificaciones y alteraciones en las relaciones de producción, persistieron la explotación y la especulación, pero aun así ocurrieron importantes modificaciones en las relaciones sociales, tanto dentro de las clases como entre ellas.

Una versión más astuta del argumento de la “no revolución” afirma que el empoderamiento del Estado carecía de coherencia programática durante y después del periodo 1910-1920. Pero obviamente la había, en México más que en algunas otras sociedades que no experimentaron disputas fuertes entre liberales y conservadores. También hubo diferencias programáticas de una administración a otra. Desde luego había diferencias internas en otras revoluciones como se puede notar en los casos de Rusia y China, razón por la cual había persecuciones dentro de las filas del partido en estas revoluciones. Algunos de los críticos que sostienen esta tesis argumentan tajantemente en sus análisis que si nada cambió, entonces poco o nada ocurrió. En esta visión, todas las actividades que sucedieron durante veinte o cuarenta años de convulsiones y que involucraron a un millón o más de personas son analíticamente insustanciales. Obviamente, negar la revolución social es factualmente erróneo y significa negar asimismo su posibilidad.

Después de los años ochenta, para los intérpretes o revisionistas como Florencia Mallon, Thomas Benjamin, Mary K. Vaughn, Romana Falcón, Ann M. Alonso, Daniel Nugent, Gilbert M. Joseph, Nicole Guidotti H. y otros, el análisis del proceso revolucionario mexicano comienza con preguntas como: ¿cuál es su composición histórica y contextual en localidades específicas? A intérpretes críticos como éstos se les puede responder que tal pregunta se contesta mejor examinando localidades específicas, con métodos de investigación claros y con lenguaje y paradigmas adecuados. Estos escritores están influenciados principalmente por los teóricos posmodernos de Francia o historiadores culturales, quienes han sido influenciados a su vez por interpretaciones poscolonialistas, estudios realizados por algunos académicos de



Estados Unidos o simplemente por posrevisionistas de la revolución. Cada uno de estos escritores tiene varios matices de interpretación derivados de enfoques diferentes. En la superficie, ellos parten del acuerdo de que una tumultuosa crisis mayor sobrevino en algún momento alrededor de 1910 y varios liderazgos contribuyeron a los intentos de resolver la crisis política y económica en el transcurso de los años, y que los acontecimientos y actores locales impactaron lo nacional recíprocamente a través de diálogos de “construcción de Estado”. Estos historiadores culturales estudian las realidades locales de cultura y poder, varios son antropólogos históricos, en la práctica etnógrafos retrospectivos. En esta discusión, las influencias de Antonio Gramsci y Michael Foucault se reconocen retóricamente. Sin embargo, Gramsci y Foucault, ambos críticos sociales, no han demostrado ser fácilmente asimilables a las tareas del historiador. En cualquier caso, ninguno de ellos desarrolló un paradigma claramente indicado acerca del proceso de revolución. Algunos seguidores de sus conceptualizaciones terminan en juegos de palabras que implican el uso de una variedad de nociones como “hegemonía”, “dominación” y “poder” en forma redundante a las experiencias históricas mexicanas. Menos afortunadas son las opciones de James C. Scott y Phillip Corrigan dada la distancia de estos escritores de la historia mexicana y a que sus especialidades son el sudeste de Asia del siglo XX e Inglaterra del siglo XVIII, respectivamente.

Dichos revisionistas pueden referirse a los teóricos europeos, pero su obra narrativa está vinculada a la de los historiadores como Luis González y Alan Knight que, aunque sin contrastes extremos, difirieron en la recapitulación de la Revolución. González se quedó varado en un terreno neutral nostálgico y vio mucha continuidad histórica. Knight observó el cambio suficiente para garantizar la etiqueta “revolución” enfatizando su carácter agrario, y en este sentido rememorando a F. Tannenbaum. Los culturalistas no discuten la teoría política en sí, pero analizan críticamente las preguntas de lenguaje, texto y métodos en torno a cómo los habitantes de las localidades sobreviven y quizás hasta prosperaron y prosperan en

un terreno cruel como lo era y es el México rural y regional. Su opinión es que las adaptaciones culturales desde los cimientos obligan a acuerdos en la edificación estatal que involucran tanto al gobierno como a los ciudadanos. Con este fin, se imaginan un intercambio que se produce y que beneficia a los habitantes de las localidades y fortalece al Estado. Sin embargo, quedan preguntas pendientes: ¿cuáles son las peculiaridades de este Estado y cómo y bajo qué circunstancias hace lo suficiente para interactuar con dichos habitantes de las localidades, y cómo y bajo qué circunstancias pueden éstos interactuar con el Estado y si el proceso es progresivo o no? Hasta la fecha estos son asuntos que no han sido tratados claramente por los culturalistas. Los aspectos de la mega clase no son tema que amerite atención en estas narrativas cuya virtud es lo local muy específico, y lo local ampliado, que puede ser narrativamente más convincente que los aspectos de subtexto y de antecedentes históricos. A diferencia de los escritos por González y Knight, la Revolución como un fenómeno nacional es escasamente reconocido, lo que cuenta son las formas cotidianas de supervivencia. Desde esta perspectiva, los historiadores culturales proporcionan la base para la teorización de la revolución.

Las distintas modalidades de la tesis de negación —es decir, sostener que lo ocurrido fue una rebelión masiva, no una revolución popular, o una revolución congelada, o una que nació muerta, etcétera— implican un grado de personificación ahistórica; por ejemplo, la frase “revolución derrotada” que encarna a la revolución como un boxeador bueno noqueado por un contrincante malo; la de la “revolución pausada” que sugiere que se esperaba la campana del segundo asalto en tanto que medio siglo pasa; o mejor aún, la “revolución congelada” a la espera de un cambio de clima propicio. ¿Están entonces las otras revoluciones del siglo XX también congeladas? Estas argumentaciones de “suspensión” son, obviamente, ahistóricas. Y esta tendencia hacia la ahistoricidad se expresa asimismo en la censura de los medios y formas políticas que se centran en el Ejecutivo federal, y que se cristalizó entre mediados de 1940 hasta las décadas de 1950 y 1960 como una forma de deslegitimar a la

Revolución Mexicana, en la teoría y en la práctica. En este sentido, la izquierda y la derecha se acercan en su análisis. El hegemónico predominio electoral de un solo partido que no terminó hasta la última década del siglo XX es un hecho, como también la brutal supresión de disidentes urbanos y rurales en aquellos años. Desde luego, las revoluciones ocurridas en otra parte como en Rusia y China atestiguaron represiones aún más brutales y extensas. La obra de Gustavo Díaz Ordaz en el poder no es la obra de Lázaro Cárdenas en el poder. Se puede argumentar que la política de apertura a la oposición y los cambios electorales y reformas administrativas después de 1960 fueron facilitados, no impedidos, por las transformaciones de las décadas anteriores.

Contrario a las aspiraciones que sus protagonistas expresaron al inicio de una revolución, ninguna revolución social logró inmediatamente instalar un gobierno representativo y electoral basado en el principio de “una persona, un voto”, ni en Francia, México, Rusia, China, Irán, Cuba, ni en ningún otro lugar. Los dos últimos ejemplos experimentaron la revolución social medio siglo después de la experiencia mexicana, y podría decirse que las relaciones de producción no han cambiado drásticamente. Pero todas esas revoluciones ampliaron la participación ciudadana más de lo que permitían los regímenes anteriores, que siempre fue muy poco desde la perspectiva del individuo común y corriente. Es importante notar que el eslogan “Sufragio efectivo, no reelección” era omnipresente en las organizaciones populares en México y es aún venerado. Al menos en lo que concierne a los puestos de elección popular, la primera —relacionada con elecciones abiertas y disputadas— nunca lo fue, y la segunda fue implementada en cada nivel. Se podría decir que hubo varios medios de participación y articulación ciudadanos, y que algunas personas que ocupaban puestos tenían apoyo popular, pero es significativo que en el México posterior a 1910 ningún líder dominante sostuvo el poder por mucho tiempo, una “dictadura de un líder nunca apareció”.

Así, el eslogan democrático del comienzo de la Revolución sirvió a medias, aunque en mayor grado más tarde, ya que para

la década de 1990, México sí tenía un sistema electoral multipartidista funcional, pero Rusia, China e Irán no. Sin embargo, como habrían pronosticado muchos analistas históricos, la política electoral competitiva es apenas un tramo del largo camino accidentado que conduce a una sociedad libre, igualitaria, plural y plenamente democrática. La democracia electoral es un proceso desigual, como lo ejemplifica la historia de las extensas reformas de la estructura política de Estados Unidos que generalmente eran alimentadas por algún tipo de crisis mayor, nadie podría considerar el sur de Estados Unidos democrático a mediados del siglo XX. La cuestión de la democracia, aunque pertinente, trae a colación ciertas comparaciones. Por ejemplo, resulta ilustrativo equiparar los resultados políticos y administrativos de las revoluciones en Francia, Rusia y China: ninguno podría describirse como una democracia y contrastarlos con los desenlaces en México. Una respuesta rápida sería que los efectos en el gobierno y las políticas reflejaron el proceso mismo de la revolución social; es decir, su compleja mezcla de motivaciones, realidades, acuerdos y patologías. Sólo la literatura sectaria y partidaria sostiene que la revolución social es un evento nítido que ocurre una sola vez en una sociedad determinada, porque la historia no termina, y un proceso revolucionario en una época histórica puede poner los cimientos de una revolución posterior.

Los actores políticos mexicanos hicieron su revolución en condiciones y circunstancias específicas, y los eventos históricos muestran que muchas cosas sí cambiaron en el país entre 1900 y 1940; aunque quizá no en virtud de heroicas figuras políticas, de radicales tratados filosóficos, de magnánimos convenios sociales o de astutas manipulaciones por parte de una omnisciente élite revolucionaria. No, los cambios significativos a largo plazo llegaron a través de los aspectos más sustantivos, multifacéticos y a largo plazo de las reformas sociales y culturales pretendidas y realizadas, y anunciadas por individuos y grupos específicos en un proceso que se intensificó durante los años de 1920 y 1930. Al analizar la revolución social, mucho se puede aprender de las experiencias

mexicanas entre 1910 y 1940 y de los antiguos críticos del proceso; es innegable que los cambios requieren tiempo, son complejos e incluso contradictorios. Entonces, es preciso identificar y contemplar todos los aspectos que contribuyeron a la RM. Sólo así podemos llegar a un entendimiento global.



## UN PARADIGMA INCLUYENTE: LA TESIS DE REGENERACIÓN NACIONAL

**L**a tesis de regeneración nacional que aquí se propone como un marco analítico adecuado para la RM delinea una amplia gama de causas atrás de una revolución social que evolucionaba y se desenvolvía en forma continua de 1900 a 1940, y cuya inercia, proceso y desenlaces constituyen importantes demarcaciones históricas de un cambio social que va más allá de sus orígenes y de sus principales dirigentes, quienes como fin último concebían una sociedad más justa y un gobierno más socialmente responsable.<sup>26</sup> Las revoluciones modernas surgen en un contexto específico, colonial o poscolonial, donde confrontan las contradicciones e insuficiencias del pasado mediante afirmaciones y negaciones. Se trata de fenómenos tanto sociales y culturales como económicos y políticos. La siguiente sección toma en cuenta esta complejidad

<sup>26</sup> Respecto de la tesis de regeneración, aprovecho mis propios estudios de los intelectuales y anarco-comunistas mexicanos, las contenciones fronterizas, la organización sindical y las artes; temas analizados con base en fuentes primarias y, desde luego, lecturas críticas de la literatura existente y de las nuevas investigaciones de la RM en español e inglés.

para plantear un amplio, complejo y largo escenario para la Revolución Mexicana:

1. Los sectores históricos y modernizantes entraban en tensión al emerger oportunidades; algunos individuos querían más, pero muchos otros recibían menos. Muchos deseaban el cambio, otros anhelaban un retorno a prácticas anteriores. En particular, los trabajadores rurales e industriales sentían directamente los beneficios e impactos del cambio. Estos distintos factores causales se reunieron en situaciones locales específicas. Algunas ocurrieron simultáneamente en todo el país. El ímpetu del cambio no provino sólo de intereses materiales sectoriales, sino de todo un abanico de intereses y aspiraciones más allá de tierras, trabajo y constituciones. Una tormenta casi colosal se iba formando a partir de muchos aguaceros.
2. Los ideales e inconformidades fueron articulados por críticos sociales. Algunos grupos locales se unieron para formar una incipiente red. Esos temas sintetizaron de facto el programa nacional revolucionario que se persiguió de manera persistente. Se trataba de un conjunto operativo y práctico de premisas ideológicas que abarcaron clases, géneros e identidades raciales. En esta revolución, mucha gente salió a pelear por su propia ideología, no la del vecino. Para muchos, la ideología significaba identificación con las inconformidades y las propuestas presentadas para resolverlas.
3. Los sectores medios, incluidos los que poseían tierras (un grupo mixto a veces referido como la pequeña burguesía), constituían grupos de interés importantes, pero erráticos. Expresada en español o inglés, se reconoce que la frase “pequeña burguesía”, de origen francés, es una designación amorfa, pero que puede concretarse con base en aspectos puntuales que constituyen sus elementos nucleares; es decir, productores medianos o pequeños con propiedad e ingresos relativamente independientes, que rebasan por mucho el nivel de subsistencia. Más numerosos y diversos fueron los profesionistas con ingresos

módicos que realizaban tareas específicas relacionadas con la modernización. Estos profesionistas se desilusionaron paulatinamente con el régimen de Díaz por varias razones pero, más importante aún, emergieron como actores claves después de 1910 y, con más impacto, en el periodo posterior a 1917. Simultáneamente es posible identificar a algunos sectores rurales, como los pequeños propietarios con ingresos derivados de la tierra o pequeños productores cuyas posturas políticas giraban claramente en torno de sus propios intereses. Distinto de estos sectores, pero a veces combinados con ellos, tenemos a los profesionistas o semiprofesionistas rurales, empleados de cuello blanco que trabajaban por su cuenta, ocupaban puestos en oficinas públicas u ofrecían servicios, incluidos a los maestros de escuela. Se trataba de un sector distinto al de los trabajadores calificados urbanos y rurales que en realidad conformaban los estratos inferiores del sector medio, pero que a su vez se distanciaban de los jornaleros.

4. Miembros de grupos involucrados en situaciones locales de inconformidad se convertían en disidentes radicales que actuaban de acuerdo con profundos apegos locales consistentes en lazos humanos hacia el terruño, aunque su lealtad política podía cambiar en algún momento. Todos ellos constituyeron un grupo independiente políticamente volátil. La realidad es que esos grupos e individuos entraban, salían y regresaban al proceso revolucionario. Los que se unieron al proceso con posterioridad a 1920 eran distintos a los que entraron en 1910, aún más importantes para los desenlaces políticos y programáticos.
5. Mucha gente de la sociedad tenía la percepción de que México estaba sujeto a crecientes influencias extranjeras, lo que engendró la creencia de que los mexicanos iban perdiendo su país. Esta percepción coincidió con otra: el gobierno fracasaba en su tarea de salvaguardar los intereses nacionales y locales. Información sobre la fuerte presencia económica extranjera fue diseminada por la prensa y por portavoces de los diferentes regímenes. Además, debido al creciente flujo migratorio mu-



chas personas conocieron esta presencia de primera mano... la veían. Pero esta conciencia de lo extranjero no se convirtió en un agravio público constante. Su manifestación más popular y pública ocurrió en la década de 1930 con los reclamos a las corporaciones petroleras.

6. Sobrevinieron en rápida secuencia el derrocamiento del gobierno eterno de Díaz a manos de activistas e inconformes locales y con posterioridad se dio una sucesión de regímenes durante casi treinta años. La rebelión inicial produjo un breve interregno de gobierno constitucional que se mostró lento en atender las querellas de la población. Hubo entonces varias rebeliones contra el gobierno dirigidas por viejos activistas progresistas y varios disidentes locales. Además, el régimen fue acosado por un ejército reaccionario y terminó derrotado. Luego hubo la larga guerra civil marcada por el recrudecimiento de luchas de poder. Si bien es importante fijarnos en los antecedentes de clase y ocupación de varios de los sectores participantes, es igualmente significativo notar los antecedentes ocupacionales de individuos dentro de específicos sectores urbanos involucrados. Mucha de la gente que se unió a las movilizaciones contra Huerta en 1913 no había participado en la rebelión a favor de Madero de 1910.
7. Después de 1916, se impuso una facción basada en una coalición multclasista, estableció una nueva constitución, firmada en 1917, que fortaleció al Estado. Representó un nuevo contrato social con cláusulas específicas semipopulares que fueron más allá de sólo enumerar derechos para establecer la organización de las ramas legislativa, judicial y ejecutiva. La Constitución de 1917 combina derechos individuales y colectivos, mientras que la de 1857 sobre la cual fue modelada en cuanto a su estructura de gobierno no lo hizo; de este modo reconoció las prerrogativas individuales. El documento de 1917 deconstruyó y sintetizó el dualismo del yo y la sociedad, conflicto equilibrado y poder balanceado. Una preocupación a la cual se dirigió era evitar la crisis constitucional, la cual es recurrente entre las sociedades,

excepto quizás la inglesa porque ésta carece de una constitución. El documento de 1917, como el de 1857, era suficientemente moderno para su día. Implementar las medidas y políticas administrativas relacionadas con el trabajo y la tierra y los marcos propuestos para atender los conflictos de clases e impulsar el desarrollo capitalista respondían a demandas expresadas por participantes en la revolución a través de los años. Como un corolario, entraron en vigor reformas e innovaciones, también puntuales, respecto de un amplio rango de asuntos culturales y sociales. En conjunto, estos factores, incluida la nueva constitución, produjeron un *ethos* muy distinto al de la Constitución de 1857, aunque las diferencias a menudo son subvaloradas porque sus esquemas de la estructura del gobierno republicano fueron similares, difiriendo en, por ejemplo, la cuestión del municipio libre. Un componente clave para la democracia local, importante en muchas áreas rurales porque significaba autonomía local y se apartaba de los preceptos del municipio estipulados en la Constitución de 1857. En suma, se elaboraron varias nociones populares de gobierno y se implementaron empoderamientos hasta cierto punto novedosos.

8. Diversos activistas generaron conciencia y actividad. El proceso revolucionario se aceleró y amplió más allá de las iniciales cuestiones agrarias, laborales y constitucionales. Debido a la naturaleza de la sociedad mexicana y las posibilidades del gobierno nacional, se elevó y menguó una inercia interna que era visible: de 1900 a 1909, de 1910 a 1912, de 1913 a 1916, de 1917 a 1920, de 1921 a 1923, de 1924 a 1932, y de 1933 a 1940.
9. El empoderamiento del Estado fue un proceso, no un evento culminante. Un círculo de personas construyó una base de poder y la convirtió en una estructura de Estado. Luego, otro círculo la reconstruía si la oportunidad se presentaba. Así se entrelazaron las intenciones, posibilidades, implementaciones y desenlaces del Estado entre 1917 y 1940. Recordando las palabras de Marx: “Estos hombres planteaban tareas que podían cumplir”. La sociedad aún se caracterizaba por intereses y

prioridades encontrados que competían entre sí, pero ningún grupo o sector era favorecido sobre los demás. Después de varios intentos fallidos de formar coaliciones gobernantes, emergió una coalición multclasista que se asentó efectivamente en el poder, para luego utilizarlo para permanecer allí mediante un entramado de fuerzas, acomodados y recompensas que, con el tiempo y por incrementos, logró concretar el empoderamiento del Estado. Un corolario del proceso fue un consenso casi hegemónico generado internamente con coherencia ideológica y una retórica que lo acompañaba. Activistas importantes impulsaron reformas e innovaciones en muchos campos. El resultado fue un incremento gradual en el poder estatal y federal gracias al acceso a recursos generados por impuestos o créditos. El país experimentó significativos cambios sociales y culturales y escuchó a voceros de varias agendas mientras el proceso revolucionario tuvo el impulso de un mayor rango de participantes e intereses. Aunque empezaron a surgir en la década de 1920, no fue sino hasta después de 1930 cuando se concretaron las alineaciones claves de poder que predominarían hasta 1940. Cárdenas hizo con Calles lo que Huerta no pudo hacer con Obregón: “llegó primero y con más”. Cárdenas precisaba del apoyo sectorial para evitar sufrir el mismo destino que Carranza, pero esos sectores tenían sus propias agendas. No eran marionetas y él cultivó a varios para satisfacer sus necesidades.

En su afán de ser plenamente procesual, este esquema considera elementos que no se reducen fácilmente a los aspectos económicos y políticos más obvios que usualmente sirven de rubros temáticos.

#### TEMAS QUE SE ENTRETEJEN

Para ir más allá de los análisis estructuralistas o conductualistas, una premisa clave sería que las principales políticas catalizadoras se compenetraran de las realidades de la vida, la sociedad y la

época, formando todo un ensamble de relaciones. Como otras revoluciones, la mexicana a la vez expresó y fue moldeada por aspectos sociales y culturales específicos e interrelacionados.<sup>27</sup> Se trata a la vez de un megacontexto; es decir, los baluartes conjuntos de tradiciones negativas y libertarias fueron impactados por los canales del cambio progresivo. Impactando seminalmente en las vidas familiares, los elementos de cambio sí ocurrieron y, más importante, sucedieron a nivel local. Se entretrejían en la política y formaron parte íntegra de las vidas individuales en México y sus fronteras. Algunos aspectos fueron biológicos, otros estructurales; todos fueron culturalmente operantes y específicos. Los vaivenes, las vueltas y los retrocesos de la Revolución fueron energizados por combustibles que surgían de esos complejos rasgos, que pueden ser identificados como elementos para teorizar, como temas para interpretar o como secciones de un marco mayor, sujetos a la sociedad real, así como a elementos imaginados para un discurso propuesto. No deben verse como lentes, sino como paquetes de energía que formaban y contenían la caja pro-teica de la Revolución Mexicana. Son catorce elementos los que deben incluirse con fuerza para diagnosticar y realizar una discusión adecuada de la RM, aunque las narrativas de ese evento suelen omitir algunos de éstos.

---

<sup>27</sup> Sobre paradigmas en estudios de revolución, véase John Foran (ed.), *Theorizing Revolution*; Chalmer Johnson, *Revolutionary Change*, y Jack A. Goldstone, *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, así como el trabajo colectivo Jack A. Goldstone, et al. (eds.), *Revolutions of the Late Twentieth Century*; colegas en la Facultad de Historia de la UCLA, Nikke R. Kiddie (ed.), *Defeating Revolutions*, su introducción y el ensayo por Edward Berenson, “The Social Interpretation of the French Revolution” y las respuestas de J. A. Goldstone, y en otras partes de las obras de los colegas Lynn Hunt, Robert Brenner y Perry Anderson. Véase también la más temprana obra de J. A. Goldstone, “Theories of Revolution: The Third Generation”, en *World Politics*, y Shmuel N. Eisenstadt, “Frameworks of the Great Revolutions: Culture, Social Structure, History and Human Agency”, en *International Social Science Journal*. Para un acercamiento contrastante de paradigmas, véase R. Alford, “Paradigms of Relations Between State and Society”, en L. Lindberg et al., *Stress and Contradiction in Modern Capitalism* y John Holloway y Sol Piccotto (eds.), *State and Capital: A Marxist Debate*.

El género y la sexualidad fueron aspectos integrales de los participantes y de la participación ocurrida durante la RM. La presencia de mujeres en ciertas movilizaciones de la Revolución resulta fundamental. Es un fenómeno mundial y el papel de las mujeres en la RM no fue la excepción.<sup>28</sup> Género y sexualidad están presentes en todas las realidades sociales porque son construcciones sociales y factores biológicos que involucran a mujeres y hombres con variadas expresiones, incluidas las relaciones de mujer-a-mujer y de hombre-a-hombre. Es preciso examinar las expresiones de género nacionales y locales, así como las prácticas personales de sexualidad.

Las prácticas culturales relacionan al género con el sexo, pero dada su mutua expresividad, el sexo también es una construcción de prácticas. En las revoluciones, estas prácticas son criticadas y reafirmadas, y se proponen nuevas. El género y el sexo estuvieron presentes en la RM en varias formas de expresión, pero rara vez fueron delineados hasta la década de 1980. Los recuentos mencionaban la participación de las mujeres, pero nunca la analizaron críticamente en términos de sus dinámicas, prácticas, logros y fracasos. Los voceros de los discursos masculinos de la época de la Revolución expresaron cierta empatía por los asuntos promovidos por las activistas femeninas y hubo intentos de presentar sus visiones. Ricardo Flores Magón, Antonio Villarreal, Salvador Alvarado, Felipe Carrillo Puerto, José Vasconcelos, Francisco Múgica e incluso Lázaro Cárdenas, por mencionar algunos, tenían variados

<sup>28</sup> Sobre género y las prácticas revolucionarias en varios movimientos: Sheila Rowbotham, *Women, Persistence and Revolution*, y M.A. Tetreault (ed.), *Women and Revolution*. Sobre mujeres en la RM: Diane Mitsch y Stephen P. Mumme, "Gender and the Mexican Revolution: The Intersection of Gender, State and Church", en M. A. Tetreault (ed.), *Woman and Revolution in Africa, Asia and The New World*; Shirlene Soto, *The Emergence of the Modern Mexican Woman: Her Participation in the Revolution and Struggle for Equality*, y Clara Lomas, "Transborder Discourse". Sobre la sexualidad antes y después de la RM, véase Carlos Monsiváis, *Salvador Novo, lo marginal en el centro*; Robert McKee Irwin, *et al.* (eds.), *The Famous 41: Sexuality and Social Control in Mexico*; Víctor M. Macías-González y Anne Rubenstein, *Masculinity and Sexuality in Modern Mexico*. Véase también a Adelaida del Castillo y Gibran Giudo (eds.), *Queer in Aztlan*.

puntos de vista con respecto a estas activistas, en lo personal y en lo político. Mayor fue el número de destacados voceros y voceras de los derechos de las mujeres, desde 1900 hasta 1940. Aunque las mujeres activistas y sus partidarios lograron mucho, no cumplieron sus más importantes objetivos: igualdad en general y sufragio electoral garantizados por el Estado, a pesar de que sí se tomaron medidas para dichos objetivos.

Las relaciones entre mujeres y hombres constituyen la más antigua demarcación jerárquica entre los seres humanos en México y aparecen constantemente en materiales históricos. Hay varias hipótesis respecto de los orígenes de la frecuente subordinación de las mujeres a los hombres alrededor del mundo, incluida la de la estructura de sociedades coloniales como la mexicana. En este caso, la jerarquía colonial fue superpuesta a la indígena, caracterizada por un diverso panorama de grupos con variados atributos de género y sexualidad, pero la cuestión es que las mujeres indígenas, en particular, son explotadas y abusadas. En México, los beneficiarios de esta subordinación son los hombres, en distintos grados, pero no todos y no de manera igual. Además, no todas las mujeres, indígenas o no, están subordinadas al mismo grado. La forma más simple y duradera de subordinación se llama patriarcado.

En el caso mexicano, un conjunto particular de hombres mantiene la defensa más férrea del patriarcado: la omnipresente Iglesia católica nacional. De esta manera, el patriarcado se acompaña de la racionalización expresada en todo momento de que el hombre es custodio de la mujer, con el corolario en la práctica, de sujetar a la mujer al servicio del hombre en los papeles de madre y pareja sexual, dependencia reforzada económica, social e ideológicamente. En última instancia, el patriarcado como la subordinación de la mujer al hombre tiene múltiples formas de expresión entre los mexicanos. Pero el patriarcado también subordina jerárquicamente a los hombres, aunque a unos más que a otros. Además, está relacionado con el racismo porque cae más fuerte sobre las mujeres trabajadoras indígenas. Obviamente, la subordinación de la mujer —en lo general y lo específico— ha generado riqueza y recursos, y por inercia

se ha conservado esta fuente de ganancias que, a su vez, mantiene la desigualdad social de género. Algunas mujeres de iniciativa han desafiado al patriarcado a través de movimientos de reforma o revolución, logrando cambios que varían de una sociedad a otra.

En México, la falta de acceso a recursos o comunicaciones adecuados para la mujer, el hostil poder político masculino y el poder institucional de la jerarquía eclesiástica con su comprobada capacidad de movilizar a unas mujeres contra otras, conforman un terreno sumamente difícil para los que defienden el poder de las mujeres, pero algunas mujeres se han atrevido a enfrentar esos elementos. La Iglesia no era sólo el monitor de la sexualidad, sino imponía la conformidad sexual y determinados modos sexuales. Algunos de sus principios están claramente expuestos en relación con temas como la educación sexual, por medio de la cual algunos educadores pretendían incluir en la escuela lecciones sobre la higiene física con una rudimentaria orientación e información relativa al sexo. A través del tema de la educación sexual, la sexualidad se asomó, al menos, al plano de las polémicas públicas y de las maquinaciones burocráticas.

En las revoluciones sociales no hay campo libre de género o de sexualidad, y no lo hubo en la RM, aunque se sabe mucho más sobre el primero que sobre este último. Es evidente que las mujeres participaron en la RM siempre, desde los primeros brotes de inconformidad hasta el cabildeo por y la participación en las medidas de institucionalización. Fue extensa, pero su activismo o, mejor dicho, activismos, siempre ha sido menospreciado. Hoy, una tendencia quiere encajar a la actividad femenina en la esfera de modificaciones de las relaciones familiares y/o en sus esfuerzos por lograr autonomía; cuando en realidad en el proceso revolucionario mujeres activistas trascendieron estas dos propuestas a través de actividades que demandaban igualdad y, más importante aún, prácticas de libertad. Aunque casi se logró el sufragio nacional para las mujeres en los años de 1930, no fue una realidad hasta 1953. Hubo significativas manifestaciones a favor de los derechos de la mujer, así como mítines en contra de ellos. La participación de las mujeres fue un paso importante que recibió apoyo y sufrió

frustraciones, y estuvo afectada por las realidades de racismo y clase; pero las mexicanas progresistas tenían una ideología que deconstruía esas realidades a través de sus propios debates ideológicos sobre la igualdad y la productividad.

#### SEXUALIDAD

Las relaciones sexuales de un tipo u otro fueron parte del escenario de los orígenes, el proceso y los desenlaces de la RM. Se discutía abiertamente sobre las relaciones extramaritales, se mostraban cuerpos desnudos en poses sensuales, algunos eran identificados abiertamente como homosexuales en la ciudad de México. En este aspecto, uno puede contrastar una novela de 1871 escrita por J. T. Cuéllar y los trabajos de Salvador Novo y Xavier Villaurrutia en la década de 1930 para lectores escogidos. Pero, en obediencia a un estándar explícito y salvo unas cuantas líneas en memorias, el género, la sexualidad y la homosexualidad apenas reciben mención en materiales impresos y escritos sobre el proceso revolucionario dirigidos al público en general. Seguramente había mujeres y hombres homosexuales discretamente implicados en el proceso revolucionario. En contraste, algunas obras artísticas muestran claramente que esos temas sí fueron ventilados en público mucho más que en cualquier época anterior. Se debatían la libertad y la latitud y las preferencias sexuales en círculos cerrados y se exploraban en las artes, el teatro y particularmente la poesía en ciertos proyectos que recibían apoyo en un ministerio u otro. Novelas y diarios personales comprueban que esas expresiones fueron parte íntegra de los procesos de renovación y cambio.

#### VIOLENCIA

La mayoría de las discusiones de violencia en la RM articula denuncias relacionadas con estereotipos del supuesto —y estereotípico— carácter mexicano.<sup>29</sup> Los textos hablan mucho de la violencia

<sup>29</sup> Sobre la violencia por mexicanos en contra de mexicanos: algunas afirmaciones críticas validadas por observación personal se encuentran en las obras de Mariano



pero no la analizan más allá de anécdotas de las “fiestas de balas”. De los líderes, Obregón fue el que más empleó la violencia dirigida (*targeted*) hacia sus enemigos por más tiempo, es más, toleró las ejecuciones arbitrarias de presuntos soldados villistas y zapatistas rasos y de alto rango. La violencia es endémica al poder político, como muestra está el uso de agencias policiacas, tribunales, milicias armadas y prisiones en las postrimerías del siglo XX para fines políticos, pero antes y después dentro del proceso de la RM, la violencia parece haber sido al menudeo y no al mayoreo, al menos comparado con los eventos de finales de ese siglo. Díaz practicaba la violencia y Obregón también, pero hubo matices.

#### RAZA/RACISMO

En el contexto y en la práctica revolucionaria, que implican ideas y actos de individuos, los fenómenos sociales pueden ser asuntos universales, específicamente mexicanos o, incluso, totalmente locales.<sup>30</sup> Los mexicanos exhiben o confrontan el racismo, *vis-à-vis* ellos mismos y *vis-à-vis* otros; es parte integral de su realidad social, entretejida con la herencia indígena y africana. Pocos historiadores

Azuela y Martín Luis Guzmán, y sobre una comunidad véase Paul Friederich, *Agrarian Leadership and Violence in Mexico*. De la violencia sufrida por los mexicanos a manos de los extranjeros relacionados con la Revolución está la literatura que abarca las fuerzas armadas de Estados Unidos en la frontera y el Caribe, y Wm. D. Carrigan y Clive Webb, “The Lynching of Persons of Mexican Origin”, y algo subestimado es W. Dirk, Raat, *Revoltosos: Mexico’s Rebels in the United States, 1903-1923*. De la violencia en la zona fronteriza, véase Nicole Giudotti Hernández, *Unspeakable Violence: Remapping U.S. and Mexican Imagineries*. Sobre lazos históricos, véase Ana María Alonso, *Thread of Blood, Colonialism, Revolution and Gender on Mexico’s Northern Frontier*. Para temas más amplios, consulte Hannah Arendt, *On Violence*.

<sup>30</sup> Sobre racismo y racismos véase: Christopher McAuley, “Race and the Process of the American Revolutions”, en John Foran (ed.), *Theorizing Revolution*, y Alan Knight, “Racism, Revolution and Indigenismo, México, 1910-1940”, en Richard Graham (ed.), *The Idea of Race in Latin America 1870-1940*; para el contexto de los discursos y relaciones raciales, véase J. Gómez-Quiñones, “A Triangular Paradigm on Hybridities and Racisms among Mexicans”, en Wm. A. Little, et al. (eds.), *The Borders in all of the U.S. New Approaches to Global Diasporic Societies*, y Marco Polo Cuevas Hernández, *African Mexicans and the Discourse on the Modern Nation*; véase también Anita Brenner, *Idols Behind Altars*.

han notado, mucho menos explorado, las causas y razones de los antecedentes comunes de figuras como Porfirio Díaz, Victoriano Huerta, Ricardo Flores Magón, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Felipe Ángeles y Lázaro Cárdenas, pero todos compartían una descendencia indioafricana, todos fueron indio-africano-mestizos y compartieron otros elementos sociales: ninguno provino de una familia urbana trabajadora; todos vivieron difíciles circunstancias familiares, aunque no de los más pobres, y todos lucharon para escalar socialmente hasta alcanzar el liderazgo público. El desdén que Villa y Zapata reportaron haber experimentado al reunirse con Carranza, el terrateniente, y/o con Obregón, el comerciante, reflejaba sesgos raciales y clasistas, aspectos omnipresentes y permanentes en las relaciones sociales en México.

Obregón, al menos, pudo dejar de lado la incivilidad que marcaba las divisiones clasistas industriales, pero no la de las diferencias étnicas-raciales y de clases rurales. El que las tropas indígenas fueran las primeras sacrificadas en batalla y que sus derechos fueran ignorados al redactar la Constitución de 1917 ejemplifican esta realidad. No obstante, la participación y protagonismo de los indígenas fueron continuos y variados durante las décadas de la Revolución Mexicana.

Las revoluciones subsumen las diferencias raciales y distinciones sociales de varias maneras y el proceso revolucionario mexicano hizo lo mismo; no totalmente, pero hasta cierto punto. Raza es un referente impreciso que tiene que ver con diferencias físicas entre seres humanos, como el color de la piel, los rasgos faciales, el cabello y la simetría del cuerpo. Entre los mexicanos hay un amplio espectro de variación física. Los rasgos físicos de las personas de un grupo pueden variar, incluso en familias extendidas que comparten similitudes de clase, localidad o historia, entre otras. Hace varias generaciones, los escritores que construyeron el concepto de raza identificaron cuatro tipos basados en un imaginario y un exagerado gradiente de colores de piel que iba de amarillo a rojo y de negro a blanco. Todos estos tonos están presentes en la historia de México.

La mayoría de los autores modernos, incluidos mexicanos, impugnan o disputan las diferencias de raza y ponen en tela de juicio la validez científica del discurso racial. Hasta lo trivializan. La “raza” llegó a ser un fenómeno de poder y ganancias alrededor del siglo XIV, y en la época moderna se convirtió en una racionalización para motivos y acciones humanas, como en México. El racismo es un conjunto de valores sociales y valorizaciones culturales que justifica la subordinación de los pueblos no europeos; es decir, la mayoría de los pueblos fue subordinada a las élites de unas pocas naciones europeas que constituían una minoría de la población mundial y ocupaba sólo una pequeña área del planeta. El racismo es un legado colonial que no ha disminuido en México o en otros lugares.

En México, las élites blancas han controlado la mayor parte de la riqueza y consumido la mayor parte de los bienes y recursos desde el siglo XVI. Los valores, el pensamiento y las prácticas racistas se relacionaban con la optimización del poder, la riqueza, el estatus y la psicología de unos *vis-à-vis* los otros. Era tanto abierto como sigiloso, pero podríamos argumentar que se ocultaba paulatinamente durante el siglo XX. En México, la retórica de reformistas y revolucionarios ha desafiado continuamente y por generaciones, al menos en el siglo XX, las distinciones peyorativas basadas parcial o totalmente en el racismo. Preguntar por qué los negros no se organizaron como grupo para exigir sus derechos durante la RM como debió haber sido —o habrían hecho— en Richmond, Virginia, Estados Unidos, o Johannesburgo, Sudáfrica, significa que uno ha olvidado las lecciones de las historias sociales de Guerrero, Veracruz y Oaxaca en México y de otros lugares con grandes poblaciones afromexicanas que han experimentado convulsiones sociales del tipo que nunca ocurrió en Richmond o Johannesburgo. En relación con percepciones raciales transfronterizas es significativo que los afroamericanos en Estados Unidos expresaban la esperanza —según reportajes en cierta prensa afroamericana— de que se había aminorado el racismo en México, donde la herencia

africana es perceptible de norte a sur, de oriente a occidente y en todos los grupos, incluida la élite.

La ya mezclada presencia africana era visible y fue documentada en varios momentos antes del siglo XX; por ejemplo, en la composición de la fuerza laboral y la participación política. Claro está que hubo líderes y actores afromexicanos en la RM, pero a menudo no se entiende que el pensamiento racista era prácticamente omnipresente, incluso entre los mismos grupos que sufrían discriminación durante el proceso revolucionario. Los mexicanos, como comunidad o pueblo, pueden ser víctimas de actitudes y prácticas discriminatorias y experimentarlas internamente; los discriminados, a su vez, discriminan. En México, el proceso revolucionario alentó prácticas sociales que avanzaron en disminuir el racismo, pero el fenómeno persistió.

#### CLASE

La mexicana ha sido una sociedad clasista por siglos y generaciones,<sup>31</sup> con conformaciones de clases que han cambiado tanto internamente como en sus interrelaciones. La lucha de clases es parte íntegra de la historia mexicana. Respecto de la RM, la cuestión analítica de clase debe enfocarse en todos los sectores de la sociedad. Normalmente, los contextos revolucionarios se caracterizan por tener sectores clasistas claramente distinguibles y rasgos de activismo de índole clasista. No existe en la trayectoria de una revolución una sola construcción de clase, mucho menos una sola organización o una personificación o articulación global de clases. Estas generalizaciones pudieran parecer triviales, pero lo cierto

<sup>31</sup> Para obtener información y opiniones sobre clases sociales existen trabajos de información estadística, por ejemplo, que las relacionan: *Estadísticas Sociales del Porfiriato, 1877-1910*; *El Perfil de México en 1980*; J.W. Wilkie, *The Mexican Revolution*, y yuxtaponiendo estas cifras y sumarios a ensayos de Pablo González Casanova como “Sociedad Plural y desarrollo, el caso de México” y otros escritos en *La democracia en México*, y “Enajenación y conciencia de clases en México”, en *Ensayos sobre las clases sociales en México, Nuestro Tiempo*. Los aspectos de clase se delinean en las siguientes obras: Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*; John Hart, *Anarchism and the Mexican Working Class*, y Juan Felipe Leal, *La burguesía y el Estado mexicano*.

es que son aplicables a la RM. Las clases son estratos que decantan una sociedad, sus principales contornos sociales de poder y riqueza. Son además relaciones basadas en el poder, los ingresos y el estatus; relativas y procesuales, no estáticas. Los estratos y las relaciones se refieren a individuos que actúan de múltiples maneras entre sí *vis-à-vis* el tema de la explotación. Entendemos a las clases como interrelaciones mediante las cuales un individuo —o más— gana u obtiene una utilidad a expensas de otro u otros mediante procesos de producción y apropiación. Existe una base y una socialización expresas. La estructura de las relaciones de clases funciona para asegurar la continua producción de un grupo dominante y otros subordinados: los ricos/poderosos, un grupo subordinado de mediadores y, en el fondo, los productores/trabajadores que apenas logran sobrevivir o quizá acumulan unos magros recursos y una modesta representación, condiciones que mantienen subordinada a la plebe. Los primeros reciben más, los últimos menos.

Existe además un elemento intermedio que ocupa el espacio social entre los grandes propietarios y los obreros subordinados, que pudiera parecer ambiguo en cuanto a su composición y sus acciones identitarias, pero cuyos miembros son claramente identificables por su estilo de vida, sus actos y sus alineaciones. Ninguna de las clases de la sociedad —media, superior u obrera— es homogénea, porque constan de individuos o enclaves de individuos que viven en condiciones dispares dentro de estos rubros. Cuando nos detenemos a examinar “la clase”, encontramos una gran diversidad, incluso elasticidad. El estrato más diversificado en cuanto a su relación con la educación, sus habilidades (*skills*) y la compensación que recibe, es la clase trabajadora.

La riqueza y la propiedad —o la falta de ellas— son aspectos de la pertenencia de clase y aparecen en el propio corazón de la revolución. En la práctica, los poderosos controlan no sólo la producción contemporánea de riqueza, sino también la riqueza producida por generaciones pasadas, pero no controlan los sueños de la gente que la ha producido. El que los ricos dueños de fábricas o tierras hayan

heredado la fortuna acumulada por sus antepasados es ampliamente reconocido. En la conciencia popular, el capital podría ser considerado como la masa de ganancias derivadas de la mano de obra y los recursos de la mayoría que son reinvertidas y, eventualmente, cuestionadas. El capitalista gana mucho más dinero de lo que invierte en la mano de obra e insumos. Aunque nunca se llega a saber con precisión cuánta riqueza acumula, la gente lo sospecha y es tema de discusión. La labor de muchos se transforma en el capital de unos pocos; las mayorías venden su fuerza de trabajo en un proceso de explotación que produce enajenación y alienación o una separación entre la producción y la propia identidad.

En México, los obreros industriales y los jornaleros en la agricultura comercial constituían sin duda las fuerzas laborales más significativas de la moderna era industrial y éstas articularon el deseo de una distribución de la riqueza más equitativa. Los trabajadores a lo largo y ancho del país fueron un grupo diverso, pero muchos participantes de la Revolución surgieron de sus filas y contaron con numerosas iniciativas organizativas. Entre los obreros industriales hubo huelgas a gran escala en el interior del país y la frontera norte. Con el tiempo, algunos obreros llegaron a entender la relación con el capitalista y cómo los explotaba y subordinaba; fueron ellos los que se convencieron de que debían cuestionar en varias maneras su relación desigual con los dueños del capital. Habían logrado la conciencia de clase, actuaban en consecuencia y se dispersaban geográficamente a pesar de los magros recursos de que disponían para coordinar y movilizarse a nivel nacional. Iniciativas de reforma y movilizaciones revolucionarias lograron modificar en cierta medida la disparidad entre obreros y capitalistas, y en algunas situaciones los dueños desaparecieron como actores sociales y económicos. Pero permanecía, sin embargo, la desigualdad del obrero y las luchas de los trabajadores seguían su curso. La conciencia de clase del trabajador se expresó de manera diversa y enérgica en manifestaciones públicas. El más fuerte impulso de reformas significativas dependía de la organización y persistencia obreras. Los estudiosos se sumergen en discusiones sobre si las

iniciativas de los obreros y los sindicatos urbanos fueron débiles y vulnerables o no (aunque ellos mismos sufren para organizar una *kermés* para la escuela local), pero los hechos son claros. Lo que sí es seguro es que los obreros conformaron el sector más fuerte en 1940, salvo las fuerzas armadas. Había allí derechos constitucionales para trabajadores, sus filas se ensancharon, los sindicatos se multiplicaron y sus dirigentes aprendieron de la experiencia. El empoderamiento de los trabajadores evolucionó a diferencia de otros países. No hubo leyes que prohibieran las organizaciones laborales y los sindicalistas ciertamente se dedicaron a la política con entusiasmo.

#### ETNIAS/ETNICISMOS

Se aduce que cada persona en México pertenece a una etnia y, retóricamente, que la etnicidad de cada familia se borra. Si raza se refiere al fenotipo, entonces etnicidad hace referencia a las prácticas culturales y a la identificación. Como muchas otras, la sociedad mexicana es pluriétnica, compuesta por personas cuyas raíces pueden encontrarse en África, Asia, Medio Oriente y Europa, las cuales coexisten con la gente de descendencia mayormente indígena, que forma la mayoría.

En México, origen étnico múltiple significa: comunidades distintas enraizadas históricamente. Hay más de un centenar de grupos indígenas allí. Podría parecer que en la sociedad mexicana la prominencia étnica ha ido disminuyendo paulatinamente con el paso de las generaciones entre la época colonial y el siglo XX,<sup>32</sup> pero en realidad la impronta de la conciencia étnica sigue marcada. La historia de las relaciones étnicas ha sido siempre muy compleja, desde 1520 cuando algunos grupos nativos apoyaron a los europeos contra los mexicas. Más tarde, en la época de la Independencia, hubo etnias

<sup>32</sup> Sobre las etnias o la etnicidad están los escritos de Alan Knight, *Racism, Revolution and Indigenismo: México, 1910-1940*; Ángeles González Gamio, *Manuel Gamio, una lucha sin fin*; Víctor Campa Mendoza, *La problemática de las etnias en México*; Rodolfo Stavenhagen (ed.), *Problemas étnicos y campesinos*, y M. A. Bartolomé, *Gente de costumbre y gente de razón: las identidades étnicas en México*.

que defendieron a la Corona, pero otras se alinearon con los insurgentes. Resulta curioso, entonces, que la participación de los indios, indiomestizos y afroestizos en el proceso revolucionario apenas es reconocida, a pesar de su involucramiento en movimientos sociales anteriores al estallido de la revolución armada; por ejemplo, los de 1892, 1896 y 1900, entre otros. Sabemos sin duda que hubo gente de color en la administración porfirista y más en las filas revolucionarias, como resume una frase tajante de una antigua residente y autora blanca, Anita Brenner: “se removió la tierra”. En tono similar, un diplomático inglés dijo que lo que le hacía falta a México para progresar era un gobierno de hombres blancos; es decir, reconoció que los gobernantes de ese tiempo no eran blancos. Sin duda, el racismo de los extranjeros tiene consecuencias, pero las repercusiones del racismo al interior de la sociedad son más inmediatas.

Se asume que en las modernizantes sociedades poscoloniales la pertenencia histórica a un grupo ancestral coexistía con la pertenencia a la nación. En una sociedad, los análisis y descripciones de la etnicidad suelen asociarse con aspectos de raza o cultura. Discusiones en sociedades multinacionales y pluriétnicas convencen a uno de que los grupos étnicos deben ser tratados discretamente. Pero la persistencia de la etnicidad sobresale, especialmente, en épocas de crisis, cuando las etnias exigen derechos, recursos y prerrogativas que el Estado central se muestra renuente a otorgar. Un proceso de participación que fue muy evidente en la RM fue la presencia de indios en, literalmente, todos lados y en cada bando. Ya fuesen mayas o yaquis, mixtecos o tarahumaras, los indios insistían cada vez más en su identidad étnica. Se dice que Zapata hablaba náhuatl con su círculo más cercano e hizo llamamientos en esa lengua y que Villa entendía el tepehuán (o tepehuano) y el tarahumara, y Flores Magón el zapoteco y el mixteco.

¿Y el indio qué?, pregunta el respetado erudito Miguel León-Portilla. La cuestión se basa en un reto que los dirigentes políticos mexicanos han enfrentado en una variedad de maneras. La solución no es simplemente elaborar programas, aunque León-Portilla enumeró programas y organizaciones que se dirigían a comuni-



dades indígenas. Tampoco es cuestión de reconocimiento, ya que programas y reconocimientos han sido promovidos y ejecutados durante la primera mitad del siglo XX; de hecho, muchos esfuerzos en favor de los indígenas ocurrieron en México antes que en otros lugares. La pregunta básica entonces requiere de un acuerdo sobre autonomía, autodeterminación e igualdad que no se ha alcanzado, pero que se ha planteado persistentemente.

En México, las etnias han exigido sus derechos por generaciones, desde que la primera delegación indígena confrontó y contradijo a un Virrey, y desde que los primeros insurgentes africanos demandaron un municipio libre. Ciertamente, lo étnico tiene varias facetas, expresiones y perspectivas, tanto históricas como contemporáneas, y no se limita a los amerindios. Sin embargo, algunos observadores han sucumbido a la tentación de omitir la participación indígena a pesar de su amplio activismo. La cuestión india —como se ha desglosado— estuvo presente en la RM, pero se analiza sólo después de negaciones y vacilaciones y, aun así, sólo de manera imperfecta con reconocimientos simbólicos y modestos programas de mejoría social relacionados con las artes. La directiva “incorporar al indio” estuvo vigente por un tiempo; incluso aparecía al pie de página del membrete del gobierno. Tratar la cuestión india fue y es de la más alta prioridad para dejar atrás el legado del colonialismo en lo ideológico y, en lo material, para reestructurar la economía. México es un país indígena en el cual algunas voces han persistentemente pedido cambios positivos dramáticos relacionados con cada aspecto de la cuestión india que hervía y hierve a fuego lento debajo de la superficie: ¿y el indio? Sólo se podía construir un *ethos* revolucionario capaz de vencer a la dependencia capitalista y la cosmología eurocéntrica al contraponer otro: opuesto y contrastante. Para los mexicanos, las fuentes de ese *ethos* vendrían de la presencia indígena y su legado, y no de leer o emular a los europeos. Pero los activistas revolucionarios no veían completamente con buenos ojos las opciones basadas en lo indígena y se conformaron con medidas de corto alcance (*tokenismo*). Pero la cuestión no se desvaneció.

La mayoría de las personas es religiosa. Algunos escritores afirman que los mexicanos, tanto los de ayer como los de hoy, lo son más que otros. Sin duda, la religión impactó el proceso revolucionario.<sup>33</sup> Aunque lo religioso y, ciertamente, los valores espirituales van más allá de una institución, la Iglesia católica siempre ha arrojado su sombra sobre México. Es alrededor de este huso nacional que gira lo religioso o la religión en esta sociedad. Jamás hubo un movimiento importante en la historia mexicana posterior al siglo XVIII en que la religión no jugara un papel significativo. Es muy importante para mucha gente en una sociedad y, de un modo u otro, emerge como un aspecto de revoluciones en muchas naciones. Por esta razón, los movimientos de revolución y reforma suelen ser profundamente afectados o influidos por preceptos religiosos, por los religiosos y por las instituciones religiosas, a veces abiertamente, a veces de manera velada. A menudo, sin embargo, no se reconoce a la religión como una dinámica omnipresente, a menos que el movimiento en cuestión se inspire directamente en ella o los religiosos sean claros aliados u obstáculos. Allí donde no alcanza tal importancia, la religión quizá sea reconocida por los activistas u observadores, pero nunca analizada adecuadamente como un elemento en la fórmula que resume los resultados de la Reforma o la Revolución. También existe la tendencia histórica formada por activistas reformistas de que la Iglesia católica debería estar sujeta a los preceptos constitucionales y algunos han pedido hasta su reducción completa tanto en el siglo XIX como en el siglo XX.

En México, la religión católica es un credo, una institución y un conjunto de intereses; es claro el dominio de los religiosos en

<sup>33</sup> Sobre religión y la Iglesia católica en el marco de la Revolución véase Alicia Olivera de Bonfil, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929*; Jean Meyer, *La cristiandad*, y David C. Bailey, *Viva Cristo Rey: The Cristero Rebellion and the Church-State Conflict in Mexico*. Meyer resume su obra en inglés en *The Cristero Rebellion: The Mexican People Between Church and State, 1926-1929*; Robert Quirk, *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1920-1929*.

general y, más particularmente, de los clérigos y administradores, quienes siguen de cerca todo acontecimiento político. Ejercen poder e influencia y suelen insistir en que la gente les debe lealtad, primero y en todo momento; incluso en medio de una revolución, sea que la apoyen tibiamente o —y con más razón— cuando se oponen a ella. Por supuesto, hay religiosos que se identifican con las necesidades y quejas de sus congregaciones. Por lo demás, las instituciones religiosas pueden cambiar su postura varias veces y de varias maneras durante la trayectoria de una revolución, pero invariablemente valoran aquello que les resulte más ventajoso. Los líderes religiosos siempre creen y articulan un argumento que sostiene que sus valores y prioridades superan los de los demás y cuando la oportunidad se presenta, se lanzan a intervenir por el lado del poder.

Así sucedió en México, a pesar de corrientes pro seculares y anticlericales relativamente fuertes con sus propios reclamos de legitimidad histórica y apoyo sectorial. Los líderes de la Iglesia católica mexicana, por su parte, se organizaron y emitieron propaganda desde las filas contrarrevolucionarias; incluso procuraron apoyo fuera del país. Clandestinamente, en los años de 1920, sus preladados apoyaron una rebelión regional contra el gobierno y, antes y después, movilizaron varias fuerzas: una influyente y agresiva prensa como portavoz; fuertes grupos laicos, entre ellos organizaciones de mujeres; y, tras bambalinas, su propio partido político, sindicatos emergentes y fuertes vínculos con el extranjero. La crisis Estado-Iglesia de la década de 1920, que algunos quieren explicar como una “serie de torpezas cometidas por torpes” en ambos bandos, suele ser presentada como un escenario en que la Iglesia católica (entiéndase sus preladados de mayor jerarquía) fue víctima de unos rufianes desfasados: el presidente Calles y su círculo cercano. Claro está que los historiadores que comparten esta visión están defendiendo la postura propagada por muchos de los medios de que disponía la Iglesia en ese tiempo de crisis, incluida su capacidad de comunicar con sectores en Estados Unidos. Pero lo que esta evaluación del conflicto no

menciona es que en el momento en que el gobierno reconoció a la Iglesia como una fuerza significativa, la institución y sus jerarcas se distanciaron de los agravios sociales y económicos de los campesinos y rancheros cristeros. Aparte, los historiadores a veces pasan por alto la historia eclesiástica y sus tendencias supremacistas en México y otros países mayoritariamente católicos, así como actividades de la Iglesia que apoyaron a intereses reaccionarios en otros países, incluyendo a líderes y agrupaciones fascistas en España y Portugal. Cuando consideramos la resonancia de algunas de las iniciativas contemporáneas de la Iglesia en lo político e ideológico, junto con la fluidez que caracterizó al círculo Obregón-Calles y la corrupción e hipocresía de los líderes políticos en los años veinte, parecería ser que era un momento propicio para que la jerarquía católica hubiera intentado procurar mayor reconocimiento constitucional. Como sea, la institución católica y su feligresía sobrevivieron para apoyar, a finales de 1930 y bajita la mano, a un nuevo partido conservador y para defender otras posturas antiprogresistas.

#### HEGEMONÍAS

En la práctica, uno puede examinar la hegemonía desde un enfoque en la educación, tanto en torno a su currículum como su *ethos*.<sup>34</sup> Inmiscuidos en este proceso hallamos a varios sectores, expresiones institucionales, contenciones sustantivas, a un grupo de profesionistas, un legado y una serie de anhelos. El sector educativo, tal y como operaba, en buena medida desafiaba claras distinciones entre lo viejo y lo nuevo, y entre la tradición y la modernidad sectaria y secular. La educación para tantos como pudiese ser posible había sido una meta y una obligación por todo el país. Los regímenes del siglo XIX la sostuvieron y el anarco-

<sup>34</sup> Sobre educación: Mary Kay Vaughn, *The State Education and Social Class in Mexico, 1880-1928* y *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants and Schools in Mexico 1930-1940*; David Raby, *Educación y revolución social*; Guadalupe Monroy Huitrón, *Política educativa de la revolución*, y Josefina Z. Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*.

comunista PLM denunció su carencia o insuficiencia, y estaba entre los intentos visionarios de lo que un plan de estudios y de enseñanza sensible e igualitaria podría hacer para promover la igualdad y la fraternidad, así como exponer la desigualdad sexual y el patriarcalismo. El proyecto hegemónico del educador eventualmente involucró decisivamente tanto a la izquierda como a la derecha. La escuela era el medio moderno para promover la armonía y la democracia, es decir, la hegemonía y la contrahegemonía. Lo que los progresistas hicieron en relación con las necesidades en materia de educación del país fue notable. Su error táctico fue asociar o denominar su proyecto como educación socialista, lo cual no lo fue, exacerbando los ánimos de la perenne hegemonía que en México está representada por la alianza de la Iglesia católica y los conservadores seculares. Pero la modernidad fue ejemplificada en muchos aspectos de la sociedad mexicana en las décadas de revolución, objetivamente porque la sociedad estaba en transición, con un pasado inmediato que vislumbraba el futuro inmediato al tiempo que las masas se movilizaban y protestaban. En efecto, fue en la arena de la educación en la que se concretó la yuxtaposición de valores y perspectivas de, para y sobre la sociedad. El resultado fue una hegemonía en proceso, que encaraba siempre una contrahegemonía de un tipo u otro. Varios activistas revolucionarios entendían eso claramente, quizá porque era una constante forjada a través del tiempo, que en muchos sentidos databa no de décadas sino de generaciones. En Anáhuac, una educación accesible y de calidad no existía desde la época de las Calmecas.

Distintos individuos y sectores trataron de adueñarse de la revolución. Las iniciativas y el cabildeo populares incidieron en cambios de políticas y en la administración. Las demandas populares jugaron un papel importante por ser reflexiones y expresiones que llegaron a constituirse como una fuerza que, junto con actividades urbanas, rurales, agrícolas e industriales, sostuvieron la dinámica revolucionaria. Pero no podemos perder de vista que todo esto tenía articulaciones con la derecha, el centro y la izquierda. Diferentes escritores produjeron obras basadas en angustias per-

sonales, el folclor popular, pedagogías institucionales o las artes emergentes, donde plasmaron nociones y quehaceres intelectuales. Los populares corridos nacionalistas —algunos de los más famosos compuestos en los años de 1930— no difieren mucho de algunas de las discusiones ateneistas, en la elitista atenea, lo que debe indicar que algunos intelectuales jugaban el rol de cajas de resonancia de las preocupaciones y evaluaciones de la gente. Profesores y estudiantes en los planteles educativos se enfrentaban entre sí y con los administradores a causa de prioridades, implementaciones y nombramientos. El principal plantel universitario se convirtió en quizá la universidad más accesible que existía. Al surgir el sector del profesorado como uno de los más formidables, se multiplicaron las disputas burocráticas. Al mismo tiempo, una intransigente Iglesia —jamás cercenada por completo— se opuso a la demanda por una pedagogía crítica del siglo XX y su implementación. Prácticas vanguardistas en el arte, lo político y lo personal fueron recibidas con desdén y reprobación, aunque ganaron algunos admiradores. En realidad, la hegemonía y la construcción de la educación fueron la firma, abierta y oculta, de la Revolución, y su impronta aún no ha sido expurgada. Por un lado, la educación se dirigió a, y representaba, la superestructura, las necesidades y deseos. Pero lo personal y lo político chocaron y se fundieron en el terreno de la educación como también en el amplio universo de la cultura. Son muchos los anhelos, necesidades, aspiraciones y contradicciones personales que quedan por examinarse como aspectos importantes de la Revolución Mexicana, aunque eran expresos y visibles en su proceso.

#### LO NACIONAL

Lo nacional se refiere al amplio marco social en que tiene lugar la revolución social; para muchos participantes representa un estándar que mide toda propuesta e iniciativa.<sup>35</sup> Lo nacional no es sim-

<sup>35</sup> Sobre lo nacional: Frederick C. Turner, *The Dynamic of Mexican Nationalism*. Para consideraciones de lo nacional antes de 1911 véase J. Gómez-Quíñones, *Los*

plemente realidad social o imaginación politizada, sino las dos a la vez. Claro está que el concepto de “lo nacional” puede ser cuestionado, incluso impugnado, por ser un producto de la imaginación o un anticuado artefacto de una economía superada. Pero la imaginación obviamente da forma a la política. La gente anhela la redención de los males sociales cuidando su propio jardín o tratando de cambiar el barrio. Hasta hoy en la historia humana, la revolución ha sido nacional, no obstante que algunos activistas suelen mencionar una próxima ola internacional que será la última fase de la redención revolucionaria. Tal maremoto nunca ha ocurrido a pesar de algunos periodos de actividad intensificada, como en las décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial. Lo nacional es local o no en absoluto, y lo cultural implica siempre al individuo o no es real. En México, como en otros países, en la práctica, lo nacional incluye varias agrupaciones étnicas y de identidad racial que se articulan y actúan con variaciones territoriales en las actividades económicas. No obstante, hay activistas que enfatizan lo importante de lo nacional. Es cierto que en la RM hubo figuras con una fuerte lealtad e identificación subnacional, ejemplificadas en las férreas lealtades locales de los zapatistas y villistas. De hecho, lo nacional no incluía a todas las personas que vivían en territorio mexicano, justo cuando, de hecho, fueron las condiciones revolucionarias las que estimularon lo nacional como proceso. Lo nacional, en particular sus expresiones progresistas, tenía críticos y

---

*intelectuales, Porfirio Díaz y la revolución.* Sobre el mismo tema pero posterior a 1920, Arnaldo Córdova, *La ideología de la revolución.* Ciertamente, los planes y manifiestos proveen afirmaciones sobre estas perspectivas; véase M. González Ramírez (ed.), *Planes políticos y otros documentos*; también *Planes en la Nación Mexicana.* Para declaraciones y plataformas de los partidos está Carmen Nava Nava, *Ideología del Partido de la Revolución Mexicana.* Para la izquierda véase D.C. Hodges, *Mexican Anarchism after the Revolution*; Barry Carr, *Marxism and Communism in Twentieth-Century Mexico*; P. Ignacio Taibo, *Bolsheviks: Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México, 1919-1925*, y A. Martínez Verdugo, *Historia del comunismo en México.* Aparte, hay ensayos pertinentes en Roderic A. Camp, et al. (eds.), *Los intelectuales y el poder en México.* Sobre el Estado mexicano hay varios títulos incluidos en la bibliografía. Algunas lecturas para empezar: Luis Alberto de la Garza, et al. (eds.), *Evolución del Estado Mexicano.* De orientación teórica hay Gianfranco Poggi, *The State.*

opositores. Entre éstos se encontraban elementos identificados de la Iglesia católica, las élites locales y regionales reaccionarias que sostenían a la sociedad de la época colonial como lo ideal y otras personas de una mentalidad retrógrada similar.

Para 1910 y las décadas siguientes, el nacionalismo como articulación era expresado por oradores públicos quienes subrayaron la priorización de lo que se creía estaba en el interés nacional en lo cívico, económico, social y cultural; consistía en un importante y visible conjunto de agendas para modernizaciones integrales positivas. Estas agendas tenían tanto críticos como enemigos. Hasta cierto punto fue asimismo un fenómeno social en el sentido de que durante los movimientos revolucionarios del siglo XX muchas (¿casi todas?) personas con consciencia cívica profesaban su solidaridad y hermandad con la gente de descendencia mexicana; reflejo de una mentalidad que se extendió, relativamente, después de 1910 y durante al menos las siguientes tres décadas. En la práctica, esto no contradice el que en casi todas las batallas unos mexicanos se enfrentaron a otros —las únicas excepciones fueron unas pocas escaramuzas con tropas norteamericanas— como durante la persecución generalizada de los mexicanos, especialmente la de aquellos identificados con las facciones revolucionarias radicales como las del PLM y las de los villistas. De mucho le serviría al observador o analista armar una perspectiva crítica operante o eficiente para este fenómeno moderno, tan elusivo socialmente y, a la vez, tan dramáticamente escenificado en actos políticos y estéticos. Ciertamente es que el fenómeno de lo nacional ha sido manejado inadecuadamente por algunos escritores y manipulado por motivos colonialistas por autores sesgados. La literatura sobre lo nacional es voluminosa, como es de esperarse, ya que constituye una parte importante de la realidad social y de la imaginación politizada; cuando lo nacional es visto por un solo intérprete o grupo de intérpretes puede ser ideología.

En este sentido resultan significativas dos agrupaciones que adujeron tener credenciales revolucionarias: los anarquistas y los marxistas. Los primeros afirman saber todo lo que es necesario



para una revolución, mientras que se supone que estos últimos aprenden a través del estudio y la práctica. Esto justifica escrutar detalladamente su actuación en el proceso revolucionario. Los anarquistas enfatizaron la propaganda y las acciones opositoristas a partir de principios del siglo XX hasta la década de 1940. También hablaron de una pedagogía crítica ilustrada, un currículo humanista y del papel clave de la educación en la formación de los niños como futuros ciudadanos. Al contrario de las aseveraciones de críticos que procuran aislarlos en las márgenes, eran más que precursores, eran el núcleo de la formación de la izquierda mexicana moderna. Al denunciar al capital, a la Iglesia y al Estado, ellos fueron rotundamente pro trabajadores, pro igualdad femenina y antiopresión de todas clases, internacionalistas y además estaban listos para la revolución, en cualquier lugar y en cualquier momento. Si somos objetivos, veremos que los marxistas mexicanos no tuvieron una estrategia o metodología para el país que habitaban, irónicamente la estrategia y el método fueron los principales productos en la realización de la Revolución. Su actuación contrasta fuertemente con los liderazgos ejemplares que emergieron en la era contemporánea en China bajo Mao Tse-Tung y en Italia con Antonio Gramsci; el primero con su hoz y el segundo con un estilete. Pero los comunistas mexicanos jamás lograron desarrollar una fuerza significativa. Alojados en Chapultepec, pero dependientes del Kremlin, vacilaban. Al parecer, nunca entendieron que estaban inmiscuidos en una guerra que evolucionaba y, como dice el axioma, “si no sabes que estás en una guerra, ya la perdiste”. Mao y Gramsci sí sabían que estaban en una guerra. Por otra parte, Mao y Gramsci cuestionaron la eficacia de los materiales que tenían desde Moscú y desarrollaron los propios; los mexicanos, sin embargo, tropezaron en satisfacer esta necesidad de producir materiales adecuados.

Ambos, anarquistas y marxistas, se atribuían una visión progresivamente extranacional que resulta más aceptable intelectualmente para aquellos que buscan una ideología real sólo en la metrópolis europea. Aunque sus respectivos seguidores quisieran

distanciarse entre sí respecto de las circunstancias mexicanas y se inclinaron por compartir algunas similitudes y elementos de sus raíces europeas. En la práctica, algunos activistas poco preocupados por la ortodoxia en sus mentes y hábitos enlazaron al anarquismo y al marxismo con aspiraciones nacionalistas, lo que dejó consternados a los puristas. Aunque la expectativa era que el anarquismo y el marxismo cumplieran papeles organizados en una vanguardia popular, en realidad, su rol fue limitado. Ni uno ni otro logró lidiar con éxito con las realidades organizativas mexicanas, tampoco mejoraron sus idiosincrasias analíticas a largo plazo. Por razones específicas nunca pasaron de ser seguidores modestos, jamás jugadores en un partido que pertenecía a otros. Los anarquistas nunca pudieron organizarse coherentemente; los marxistas jamás lograron hacerse suficientemente nacionales. Los anarquistas mexicanos se concebían como partidarios y agitadores, y sin duda ellos tuvieron éxito en no tener ningún liderazgo efectivo u organización. Como tal, desconocieron a todo liderazgo y organización, ciertamente con éxito. Por su parte, los comunistas no identificaron claramente su papel de activistas en México, sino que pensaban que se encontraban en un enorme océano que algún día se levantaría para alzar su nave. Recuérdese que el partido conducido por Mao rechazó instrucciones y delegados recomendados por el Partido Comunista Soviético que constantemente estaba equivocado en cuanto a los dos; esto fue sin duda un paso clave para Mao. Era poco probable que la segunda (1889-1923) o tercera (1919-1943) internacional (los foros transfronterizos vigentes de las organizaciones socialistas marxistas) llegaran a comprender el escenario mexicano. Peor aún, la percepción era que el Partido Comunista Mexicano (PCM) estaba dominado por extranjeros y siempre fue etiquetado así por activistas no comunistas. Como prueba, resulta que el primer coordinador del PCM fue un agente encubierto de la inteligencia militar de Estados Unidos, llamado José Allen. Además, las prioridades y tácticas del partido las determinaron no gente en Moscú, sino personas en Nueva York. Estructuralmente hablando, el PCM estaba subordinado al Partido

Comunista de aquel país y fue orientado por las estrategias y tácticas de Earl Browder, quien más tarde fue repudiado por el Partido Comunista de Estados Unidos por supuestamente socavar el optimismo revolucionario. Asimismo, sus vínculos con las fortunas de la URSS afectaron lo que hicieron y no hicieron a finales de los años treinta y durante los años cuarenta. Para estar seguros, sin las sogas de Moscú, en aquellos años los círculos trotskistas aparecen en los años de 1930 y no prosperan sino hacia el final de la década de 1940 a pesar de la presencia en algún momento de Trotsky. Dichos círculos hicieron hincapié en el desarrollismo y reformaron las prácticas electorales.

Grupos marxistas y anarquistas reprobaron la prueba ideológica que consistía en que grupos europeos de ideología izquierdista fortalecerían el avance de la revolución en México al proveer mejor organización y análisis. Pero esto no sucedió; los años treinta fueron tiempos de crisis para la izquierda internacional. Hacia finales de la década de 1930, los marxistas mexicanos dudaban mientras que el Estado fortalecía su centrismo y los anarquistas se cristalizaban como iconos. Lo que sí ocurrió en la izquierda mexicana fue más interesante: un entrelazamiento de lo nacionalista, lo marxista y lo anarquista que produjo una síntesis notablemente creativa en ella durante el siglo XX, la cual por cierto ha provocado considerable consternación entre los predicadores ortodoxos —a menudo extranjeros— de esos campos de pensamiento. Los activistas de la izquierda mexicana hablan el idioma y usan el vocabulario de los tres. Además, en cierto sentido, los anarquistas independientes y las tendencias marxistas persisten en la revoltura que es la política de oposición en México. Estos son parte de la izquierda en la actualidad.

#### LO IDEOLÓGICO

Ideología, entendida como ideas, creencias, argumentos y representaciones, es parte integral de los movimientos de reforma y revolución en la historia moderna de México gracias a sus agresi-

vos y prescriptivos discursos públicos.<sup>36</sup> Claro que hay diferentes definiciones de ideología. En lugar de decir “sin ideología, no hay movimiento”, nos atrevemos a decir “todo movimiento es ideológico”. Para analizar enfrentamientos ideológicos que eran bastante públicos, el reto consiste en analizar esta dimensión del activismo cívico que, en el caso mexicano, es heterogénea, cambiante y practicada mayormente por una minoría de la población nacional. El primer paso es reconocer que hay diferentes tipos de ideología y diferentes niveles ideológicos, así como articulaciones partidarias más obvias e ideologías básicas a nivel local mucho menos evidentes. Un segundo paso nos lleva a reconocer que los movimientos de cambio social no tienen una sola ideología monolítica y homogénea. Más bien, participan varias, aunque un grupo (o más) del movimiento quizá aduzca su superioridad ideológica, hegemonía o predominio. En realidad, los movimientos se caracterizan por la competencia y evolución ideológicas durante su trayectoria, como ocurrió en México. El tercer paso es entender que la gente adquiere ideología mientras participa en las marchas, mítines, asambleas, grupos y otras actividades del proceso revolucionario. Lo “ideológico” puede ser el estandarte del movimiento y, como tal, convertirse en un foco accesible para el examen comparativo de movimientos, pero algunos historiadores negarían esto para el caso mexicano. Goran Therborn dice sencillamente: “Ideología es el medio a través del cual operan la conciencia y la significatividad”.

En los círculos políticos de México, la ideología llegó a ser un término de identificación común y un aspecto de la más amplia politización de la sociedad y de los esfuerzos propositivos de varios sectores dedicados a exigir igualdad. En buena parte de la literatu-

<sup>36</sup> Sobre lo ideológico: Armando Bartra (ed.), *La corriente más radical de la revolución mexicana*; Arnaldo Córdova, *La ideología de la revolución mexicana*; Fernando Curiel, *La revuelta, Interpretación del Ateneo de la Juventud*, y Claudio Lomnitz, *Exits from the Labyrinth: Culture and Ideology in the Mexican National Space*. Ensayos pertinentes a la Revolución en Camp, et al. (eds.), *Los intelectuales y el poder en México*, y Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. Para los años precedentes a 1920 véase a J. Gómez-Quiñones, *Porfirio Díaz, los intelectuales y la Revolución*.

ra, los grandes cambios políticos en México son entrelazados (según narran los historiadores) con planteamientos y prescripciones ideológicos mixtos. Las lógicas articuladas son, en realidad, llamadas a la acción, no argumentaciones. Un rubro es el nacionalismo, un término sujeto a varias interpretaciones. Muchos historiadores estadounidenses huyen del tema del nacionalismo y lo estigmatizan como “turbio”, aunque es tan palpable como las formas cotidianas de retórica pública en su propia sociedad: Estados Unidos, en todos los niveles. Lo único turbio es su prisma de análisis. Estos historiadores pueden estar influenciados por sus antecedentes culturales que los llevan a entender que sólo el chauvinismo o la denigración de los demás son el estímulo retórico galvanizador de los asuntos públicos y la manipulación de los ciudadanos estadounidenses. Como sea, las personas pro colonialistas y de mentalidad sesgada se incomodan ante este término, mientras que las personas del resto del espectro político utilizan retórica nacionalista para fomentar una variedad de opiniones.

Dada la herencia colonialista y el poder del chovinismo, en México, el nacionalismo anunciado persistió como credo crítico, programa político y sentimentalismo social por varias décadas; se fortaleció después de 1910, llegó a su punto culminante en los años treinta y luego declinó. El nacionalismo —como lo usan los académicos— obviamente fue una respuesta a la ansiedad surgida del anhelo de contar con una intelectualidad y creatividad verdaderamente autóctonas y autónomas. Sus articuladores hablaban de él como una visión del autodesarrollo de un país subdesarrollado cuyos ciudadanos demandaban igualdad cívica a nivel nacional y respeto a nivel mundial. El nacionalismo mexicano funcionaba como un lazo de solidaridad en una sociedad plagada de graves fracturas que exigía una libertad operativa como nación y estado del mundo, así como una agenda cultural capaz de superar el eurocentrismo.

Inicialmente en México, el nacionalismo como un conjunto de credos de desarrollo económico y de autonomía soberana se extendía gradualmente al inicio del siglo XX entre sectores educados y politizados, miembros de la clase media baja, estudiantes

de bachillerato y universidad, pequeños propietarios y obreros industriales, y abarcaba expresamente un amplio rango de agravios y temas identificados por y para los nacionalistas. Allí se entiende que el nacionalismo es distinto a una simple obligación al patriotismo, a la defensa de la patria o al orgullo en ciertos aspectos de la herencia cultural; es decir, el culturalismo. Sus voceros entienden que no es una llamada a golpear o despreciar a los vecinos, pero tampoco una simple actitud o etapa *vis-à-vis* los extranjeros, una racionalidad para la supremacía. De hecho, las expresiones nacionalistas mexicanas apenas mencionan a sus vecinos del Golfo del Caribe y Centroamérica. En las primeras décadas del siglo XX, su articulación cubría un programa, más o menos coherente, de desarrollo económico e institucional. En México, el nacionalismo alcanzó su apogeo en la década de 1930. Luego se convirtió en un discurso meramente retórico que ridiculizaron los cómics de los años cincuenta. El verdadero fracaso de los nacionalistas no fue su estrechez o estridencia, como alegaban los eurocéntricos. Más bien, fallaron en profundizar, probar, cuestionar y repudiar los efectos dañinos de los errores y pretensiones eurocéntricos para la plena autenticidad civilizatoria, con lo que provocaron no sólo distorsiones cívicas, éticas y estéticas, sino un daño real al pueblo mexicano. En efecto, el fracaso de rechazar integralmente quinientos años del colonialismo europeo y no simplemente parte de ello, tuvo repercusiones persistentes. Por esto, el nacionalismo mexicano parece tan moderado, comparado con el de algunos otros del siglo XX; en realidad, muchísimos mexicanos no eran nacionalistas.

LO DEMOGRÁFICO Y LO ESPACIAL:  
GENTE Y ESPACIO

El contexto de revolución es un proceso que implica la participación de grupos, movimientos, edades y rasgos de calidad de vida situados en geografías y espacios específicos.<sup>37</sup> En México, al inicio del

<sup>37</sup> La demografía espacial aún no ha sido explorada a detalle, aunque autores de estu-

siglo XX, la población había crecido, especialmente el sector menor a los treinta años de edad. Las fotografías de sus participantes hablan gráficamente de juventud, masculina y femenina. Los jóvenes sobresalen en las actividades de la RM, a veces en acciones masivas, a veces en esferas más discretas, incluidos en los sitios educativos. Pero, los censos y otros estimados reportan un descenso de aproximadamente un millón de vidas entre 1910 y 1920. Si es cierto, es un número considerable, una pérdida demográfica de ocho a diez por ciento de la población. También es importante señalar que la Revolución impactó físicamente la región históricamente más desarrollada del país, el Bajío, al área más modernizada, el norte, y a la zona más cosmopolita, la capital. En el México de 1910, la gente contemplaba acciones y entraba en acción influenciada por circunstancias especiales que reflejaban varios factores. El apego al espacio y el cambio o su ausencia formaron parte de su conciencia social y política, y de sus realidades locales. Algunos politizaron su profundo apego al terruño, pero otros abandonaron el suyo para ir a otro lugar, quizá a un pueblo o a la ciudad. Muchos tomaron una decisión más atrevida y emigraron al extranjero. Comúnmente, individuos cambiaban de domicilio y emprendían nuevas carreras en el sector privado o público. Así, la inmigración impactó los orígenes y procesos revolucionarios.

Esos desplazamientos y alteraciones demográficas impactaron a una sociedad que experimentó la revolución y la transición de varias maneras. Para participar en las filas revolucionarias uno debía trasladarse físicamente y, a menudo, cambiar de círculo social, pero las dimensiones espacial-demográficas de estos cambios rara vez han sido calculadas explícitamente en el análisis de procesos revolucionarios. Esos desplazamientos de población y sus canales de conducción

---

dios culturales la mencionan. Sobre el cambio social y demográfico véase Claudio Lomnitz, *Deep Mexico Silent Mexico* y *Exits from the Labyrinth: Culture and Ideology in the Mexican National Space*; también, Moisés González Navarro, *Población y sociedad en México, 1900-1970*. Para una perspectiva más amplia, véase Stephen Vern, *The Culture of Time and Space, 1880-1918*, y S. Colum Gilfillan, "Environmental and Population Problems Reconsidered", en *Technological Forecasting and Social Change*.

deben ser elucidados y evaluados durante el surgimiento, el proceso y las transformaciones de los magnos eventos políticos de las primeras décadas del siglo XX porque sus impactos tienen consecuencias a corto y a largo plazo en lo económico, lo social y lo político.

#### LO EXTRANJERO Y LO TRASNACIONAL

Respecto de la población mexicana al inicio del siglo XX, el impacto de lo extranjero y de los extranjeros no se limitaba exclusivamente a inversionistas, corporaciones y barcos de guerra, sino que incidía en una creciente esfera de articulaciones y prácticas económicas, políticas y morales.<sup>38</sup> Y estas prácticas iban de la mano con respuestas ideológicas y organizacionales en todo el planeta. México era una arena de varios fenómenos transnacionales en múltiples niveles. La RM estaba conectada política y culturalmente con corrientes revolucionarias y organizacionales, así como con movimientos nacionalistas e ideológicos. En muchos sentidos y facetas, lo extranjero mantuvo una presencia permanente antes, durante y después de la revolución. Todos los mexicanos fueron afectados por lo extranjero, desde los mayas en la Selva Lacandona hasta los tarahumaras de la sierra e interactivamente hasta cierto punto. Los mexicanos también impactaron a los extranjeros, tanto directa como indirectamente, y se podría argumentar que esta situación venía de tiempo atrás. Además, la RM ocurrió en el marco de la crisis internacional de la década de 1900 de la Primera Guerra Mundial, del colapso financiero de

<sup>38</sup> Obras que superan las versiones asépticas de las relaciones Estados Unidos y México: Daniella Spenser, *El triángulo imposible: México, Rusia Soviética y Estados Unidos*; Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*; Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1824-1970*, entre muchos otros. La multifacética dimensión extranjera de la RM es notablemente subestudiada; hay pocas obras que examinan los aspectos transfronterizos y aún menos que enmarcan lo transnacional. Está mi ensayo “Piedras contra la Luna”, en J. W. Wilkie, et al. (eds.), *Contemporary Mexico*, y J. Torres Pores, *La revolución sin fronteras*, así como el trabajo de Devra Weber, “Re-envisioning the Twentieth-Century History of the American Left through a Mexican Left”; Gerald Horne y Helen Delpor, *The Enormous Vogue of Things Mexican: Cultural Relations Between the United States and Mexico, 1920-1935*.



1929 y definitivamente del advenimiento y desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas.

Lo extranjero está invariablemente inmiscuido en el conflicto, predominantemente nacional, de la revolución social, desde varias fuentes y de múltiples maneras. En México, el extranjero no sólo existe a nivel nacional como una presencia doméstica, sino que se encuentra a la vuelta de la esquina; son muchas sus presencias, algunas políticas, otras no, y otras más que influyen en lo intelectual y lo cultural; en realidad estaba en todos lados. Aquí, el multifacético sistema mundial constituye un círculo continuo. Conceptos extranjeros implican realidades que rebasan los triviales juegos diplomáticos practicados por los gobernantes, que muchos académicos acogen sin examinar en su totalidad. Las fuerzas extranacionales, los Estados y las entidades extranjeras organizadas como corporaciones e instituciones también impactaron los movimientos sociales reformistas y revolucionarios, en maneras y grados que la literatura actual no elucida consistentemente. Sin excepción, existen entre las actividades revolucionarias influencias ideológicas extranjeras y agentes institucionales que incrementaron dramáticamente su presencia en las revoluciones a partir de 1900. Algunos extranjeros también apoyaron y participaron en aspectos del mismo proceso revolucionario.

Es obvio que los gobiernos extranjeros, especialmente el de Estados Unidos y en segundo lugar el de la Gran Bretaña, no sólo trataron de influir en la revolución social, sino que se autoatribuyen el derecho y el poder de determinar si una revolución debe o no ocurrir. Las tendencias transfronterizas y planetarias revelan influencias o determinaciones externas. Pueden ser progresistas o reaccionarias desde la perspectiva de las fuerzas, los objetivos y el progreso del movimiento, pero generan varios grados de influencia que pueden ser amplias y energizantes.

Proponer que la Revolución Mexicana floreció a causa de un contexto mundial “permisivo” es humor macabro o encubrimiento, si no preguntan a las víctimas de los bombardeos de Veracruz en abril de 1914. Reportes consulares de la época hablan

elocuentemente de cómo los mexicanos eran vistos. Las potencias coloniales de hecho se han opuesto sistemáticamente a la revolución social, en cualquier lugar y en cualquier momento. En el caso de la RM, la clara presencia o intercesión extranjera no se limitó a los agentes y agencias de gobierno porque intereses medianos y pequeños también actuaban y cabildeaban junto con numerosos advenedizos *freelance*. Las revoluciones del siglo XX han sido impactadas notablemente por influencias extranjeras, desde una limitada presencia económica y comunicación ideológica, hasta intervenciones a gran escala y de varios tipos. Ciertamente, junto con el ejército, otras fuerzas emplean sus tácticas para incidir económica o políticamente en una revolución en proceso. Las revoluciones son, en buena medida, una expresión histórica de una cultura y sociedad, pero son afectadas hondamente por forasteros, incluso por dramáticas intervenciones de potencias externas e influencias ideológicas hegemónicas; estas últimas en forma de un incesante bombardeo ideológico que pone en tela de juicio las prioridades de la revolución y lo que sus líderes deben hacer y no hacer. En la RM, las potencias exteriores ejercieron su influencia a través de sus fuerzas armadas y la presión política. A su vez, el gobierno mexicano actuó internacionalmente apoyando a la República Española en 1937 y al exilio republicano español que vino más adelante, y defendió los principios de la no intervención y de la autodeterminación en las relaciones internacionales.

#### CULTURA, EL MEGATEMA

Todos los caminos analíticos que atraviesan lo nacional en México conducen a la continuidad y al cambio cultural.<sup>39</sup> La discusión del

<sup>39</sup> Sobre cultura: John Rutherford, *Mexican Society during the Revolution: A Literary Approach*; Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*; Carlos Monsiváis, “La cultura mexicana en el siglo XX”, en Wilkie, *et al.* (eds.), *Contemporary Mexico*; Jorge Alberto Manrique, “El proceso de las artes, 1910-1970”, en *Historia General de México*, V. 4, y Fernando Curiel, *La revuelta...* Para visiones y métodos distintos respecto de educación y sociedad, véase Martha Robles, *Educación y sociedad en la historia de México*; Mary Kay Vaughan, *The State, Education and Social Class in Mexico, 1880-1928*, y David Raby, *Educación*

crítico fenómeno de las interrelaciones entre cultura y revolución no es menos desafiante que el tema de revolución en sí. Empezamos con la frustrante tarea de buscar definiciones, pero sigamos con la de averiguar e indagar sus modalidades. Se podría argumentar que una cierta revolución, multifacética y enmarañada, es una manifestación de una emergente cultura nacional multiclassista e invariablemente difusa, amorfa y, a la vez, sobredeterminada y cambiante. Las manifestaciones culturales van más allá de simples dicotomías —popular frente a élite, o lo auténticamente popular frente a gobierno-institución-patrocinio— y sin duda son más que sólo artífices de un nacionalismo cultural. Los actos motivados por una profunda reflexión de conciencia contienen una agenda en desarrollo, usualmente más estrecha y prescriptiva, que sigue a los esfuerzos intelectuales de grupos artísticos y de preocupaciones pedagógicas. Más importante, sean populares o institucionales, las manifestaciones culturales transforman y se adaptan. Son, en la práctica, motores de incentivos que actúan de manera recíproca y a la vez se desestabilizan y constriñen mutuamente. Un grupo revolucionario, el PLM, atacó con toda intención una serie de valores, creencias y prácticas que consideraba reaccionarios, entre ellos la moralidad de las relaciones de género. De hecho, sus partidarios denunciaron pública y directamente los opresivos valores y prácticas sociales. En el estudio del proceso revolucionario, uno debe examinar no sólo las complejidades de las manifestaciones culturales tal y como eran al inicio del siglo XX, sino analizar aquello que sus articuladores y los progresistas decían acerca de la cultura en ese momento, las circunstancias que vivían y las prácticas culturales que ellos proponían en su retórica y simbología con el paso de los años.

---

y *revolución social*. Para un resumen retrospectivo de los hallazgos culturales del Seminario de Cultura Mexicana, 1942, véase en Raúl Cardiel Reyes, *et al.*, *Cultura mexicana*. Para estudios de historia cultural contemporánea, consulte *Hispanic American Historical Review*, mayo de 1999. Los trabajos básicos sobre el pensamiento y hacer de la historia cultural son de los colegas David Warren Sabean y Lynn Hunt.

Los portavoces de la revolución pronunciaban un discurso identificable y ofrecían representaciones específicas que pronto fueron captadas, imitadas y caricaturizadas. Ciertamente, algunos aspectos y figuras de la RM llegaron a ser símbolos de ella mientras seguía su proceso. Claramente, las demandas y posibilidades del proceso revolucionario estimularon a diversos artistas y a las artes en general a lograr hazañas importantes que luego presentaron a varios públicos. Algunos autores han sostenido que la cultura revolucionaria fue la de los revolucionarios que acogían aspectos de la vida y del pensamiento cotidianos que, hasta cierto punto, contradecían las normas anteriores, pero también articulaban una insurgencia y una aspiración en materia cultural integradas en una radical visión social y política. Mientras tanto, como lo habían hecho por cientos de años, la gente creaba y superaba las manifestaciones y prácticas culturales. En este sentido, esta revolución es cultura en proceso: dinámica, cambiante, definidora de diferencias en un contexto de revolución social, de tiempos duros y de cambios sociales; todo, desde luego, claramente enraizado históricamente y operante contemporáneamente. Las mentalidades revolucionarias comparten demografías, el espacio y el tiempo con otros conjuntos sociales y de valores. A la vez, estuvieron presentes y fueron fuertes tanto las voces y personificaciones conservadoras como las contrarrevolucionarias. Las nuevas tecnologías y la escala de las inversiones requeridas para llegar a audiencias masivas influyeron significativamente en, por ejemplo, el campo de la música y del cine. Buena parte de los entretenimientos, incluido el cine, era de tinte conservador. Examinar sus posibilidades de vinculación social significa perder de vista lo que en realidad proponían al público popular: un franco conservadurismo social e idealización del régimen de Díaz. El cine difundía la propaganda más ampliamente de lo que podrían hacerlo los volantes, periódicos o murales. La cultura es parte del proceso revolucionario, pero examinar la cultura en relación con la revolución no es fácil. El creciente volumen y complejidad de los estudios de la RM engendra la importancia, no tanto de la dependencia económica o de la política emergente,

sino del más profundo y denso ambiente de lo cultural, que al examinarse articula múltiples aspectos de la vida, muchos de ellos contradictorios. Las revoluciones son contextualizadas por prácticas culturales y valores que expresan individuos y adquieren un carácter social o identidad política; toda expresión existe en una matriz cultural que, a fin de cuentas, está enraizada en relaciones de producción y reproducción, también cambiantes. Para muchos, ser mexicano es una práctica cultural con muchos colores, tintes y tonos, y no todos los que nacieron en la geografía nacional se autoidentifican como tales. No existe un estándar fácil y conformado que denota el universo entero de las prácticas, valores y creencias o situaciones sociales de los mexicanos, tampoco un comportamiento estándar de políticas progresistas o regresivas que practican los individuos. En situaciones coloniales y neocoloniales como las de México, hubo distinciones entre la cultura de los colonizados y la de los colonialistas, aunque muchas se traslapaban. Además, no toda la gente que vivía en México se identificaba a sí misma como mexicana, como si existiera un molde unitalla; es decir, personas insertas en una práctica cultural históricamente derivada pueden imaginar una cultura utópica, como también visualizar economías utópicas. Entre sus recuerdos consagrados encontramos creencias atesoradas, tradiciones populares, conmemoraciones y actuaciones especiales, nociones cívicas de antaño, iniciativas intelectuales formales y conscientes, así como movimientos artísticos coherentes. Cierto es que en la praxis revolucionaria el no exhibir la cultura apropiada podría traer como consecuencia su muerte. Hasta ahora, ningún analista ha podido sortear los muchos elementos denotados por el rubro de cultura, aunque estén omnipresentes en las esferas sociales en todo momento; Raymond Williams no lo logró para el caso de Inglaterra y Carlos Monsiváis tampoco lo consiguió para México.

Elementos culturales interactúan con lo político y lo económico de varias maneras y en diversas instancias; no siempre abierta o explícitamente, pero siempre inherente porque fomentan la movilización política y los reclamos de los derechos del pueblo. Los protagonistas

imaginan que están protestando desde las filas populares, pero no en términos clasistas. La cultura no es sólo de la gente entre las élites y las clases dominantes, también es una realidad porque ellos participan y actúan como creadores de cultura, incluso determinan la cultura popular. Estos sectores tienen distintas características y prácticas culturales, y el ciudadano común es muy consciente de ellas; incluso, a veces las encuentran graciosas. Hay también los contextos inter-étnicos, donde los subordinados comparten una cultura distinta con la del grupo dominante, el cual traza líneas étnicas en ciertas situaciones definitorias; es decir, la gente española, mexicana y mestiza *versus* la no-gente indígena o africana. En movimientos sociales y revoluciones están omnipresentes valores y prácticas culturales. Durante los años de mayor actividad, los anarquistas se dirigieron concienzudamente a las artes revolucionarias y exigían una educación libertadora para los jóvenes. Por supuesto, los rebeldes repudiaban las preferencias y conductas culturales de los porfiristas. Política y socialmente, el espectro cultural puede incluir aspectos que favorecen la resistencia y el cambio, así como elementos que impulsan la reacción y el retroceso y, a menudo, puede resultar apolítico e indiferente ante los anuncios partidistas. Para el caso mexicano podemos mencionar dos ejemplos contrastantes: primero, el contenido y la percepción pública de las sardónicas estrofas anónimas y populares de *La Cucaracha* y los adornados versos nacionalistas del *Suave Patria* de Ramón López Velarde y, por el otro, en el dominio conscientemente intelectual, las romantizaciones y acerbas críticas de la Revolución, escenarios imaginados por intelectuales de derecha e izquierda. En realidad, revolución contiene idealizaciones y denigraciones de los discursos de lo nacional, pero la crítica es manifestación de vigor y vitalidad. En sus especificidades y generalidades, las prácticas culturales son importantes y deben ser examinadas de manera específica en el desarrollo y culminación del movimiento; presumiblemente con apoyo para los aspectos positivos y críticas para los negativos, pues ambos están siempre presentes.

Lo que aquí consideramos temas son, de hecho, marcos para las representaciones globales de la Revolución, una tarea aún sin

realizarse. Sin demarcaciones temáticas, enumerar los elementos de la RM en un esfuerzo por proveer una síntesis adecuadamente contextualizada de la revolución que produciría, cuando mucho, una versión anecdótica en un marco político limitado, como ocurre con la mayoría de los sintetizadores de dicha revolución. Las realidades sociológicas e ideológicas de este fenómeno podrán mejor juzgarse si se subsumen en un paradigma que se va desplegando progresivamente e incluye un rango de elementos interactivos. En los discursos de la ciencia, muchos físicos han concluido tentativamente que no existe una sola teoría de campo unificada que abarque todos los fenómenos o siquiera una serie de ellos, a pesar de que el reto ha atraído a grandes personalidades. Sin descartar completamente el valor de teorizar una fórmula universal, algunos historiadores, sociólogos y politólogos argumentan que podría existir un esqueleto que enmarca revolución, pero ninguna teoría totalizadora y global de ella. Yendo más allá del énfasis proverbial en causas y orígenes, podemos acordar que el siguiente esqueleto explicativo de las revoluciones responde a la interactividad totalizadora de 1) economía, 2) gobierno, 3) sociedad, 4) cultura, 5) crisis, 6) política explosiva y 7) lo internacional.

Como hemos notado, la teoría de la Revolución Mexicana precisa delimitarse, quizá siguiendo estos puntos: 1) una economía dispar y errática a merced de tendencias y directivas extranjeras; 2) un estado autoritario, ineficiente y primitivo sin más futuro que la crisis de 1910 o la de 1916; 3) una sociedad con distinciones insidiosas, pero que iba cambiando y modernizándose en sectores de la clase media y de los trabajadores asalariados industriales, comerciales y agrícolas; 4) un contexto cultural marcado por luchas entre un colonialismo sobreviviente, pero anticuado y opresivo, y elementos pujantes, críticos y desafiantes de lo moderno; 5) una crisis sistémica que afectó principalmente la economía, pero también el gobierno; 6) una política disidente e intencionalmente rebelde antes y después de la crisis política de 1910; 7) la realidad internacional de corrientes revolucionarias y opresivas estrategias y tácticas de las potencias coloniales,

aunque la principal potencia que acechaba al país permanecía estable, efectiva e intervencionista; 8) un espectro plural de individuos comprometidos con el cambio que organizaron y, a la larga, llamaron a la rebelión armada, ejemplares de la voluntad de armar una revolución organizada; 9) un subsecuente, prolongado y accidentado proceso de contención para definir prioridades y el ejercicio del poder; 10) contenciones y agendas culturales; 11) la construcción de un Estado regenerativo con suficientes recursos (económicos), legitimidad (apoyo clientelar y marco ideológico) y medios de poder (coerción y consentimiento), y 12) un notable aumento de actividades artísticas, homenajes a la cultura popular y la promoción consciente de instituciones educativas de arte y cultura, apoyados sí por el Estado, pero principalmente impulsados por las personas involucradas en estas actividades. El proceso revolucionario mexicano, a fin de cuentas, consistió en una serie de manifestaciones culturales, encuentros ideológicos, enfrentamientos armados y acciones administrativas promotoras de reformas, iniciado y galvanizado por élites innovadoras *versus* élites conservadoras que interactuaban con una población multclasista e involucraban a participantes populares que también propusieron y se interpusieron en lo cívico y lo cultural. La tormenta cultural de la RM se intensificó y arrasó a lo largo de varios años. Si, como algunos aducen, Mao Tse-Tung dijo que tendrían que pasar quinientos años para evaluar la Revolución Francesa, entonces necesitamos cuatrocientos años más para analizar adecuadamente la Revolución Mexicana.

SINGULARIDADES, ELEMENTOS  
COMUNES Y SUMAS

Durante la Revolución, la movilización de activistas aumentó y se diversificaron los temas en pugna.<sup>40</sup> Algunos cambios notorios

<sup>40</sup> Sobre singularidades y aspectos compartidos de las revoluciones del siglo XX, véase John Foran (ed.), *Theorizing Revolution*, especialmente el ensayo “The Comparative-Historical Sociology of Third World Social Revolutions, Why a Few Succeed and Most Fail”.



ocurrieron debido a la persistencia de las fuerzas y a un contexto propicio al cambio. Las dificultades económicas y políticas causadas por la Gran Depresión en Estados Unidos y Europa permitieron ciertas maniobras e incluso dieron ciertas palancas a los actores mexicanos. Las corporaciones y gobiernos en el extranjero encaraban dificultades. Además, los sindicatos de izquierda y los partidos políticos progresistas gozaron de cierta fuerza con la cual sus adversarios tuvieron que lidiar. Las fuerzas conservadoras de Occidente se dividían entre fascistas e imperialistas, había algunos conflictos armados y se vislumbraban otros a punto de estallar. El balance del escenario internacional favorecía el cambio progresivo. Lázaro Cárdenas resultó ser un líder nacional relativamente capaz, honorable y moderadamente exitoso que lucía aún atractivo comparado con sus predecesores. En sus mejores momentos, actuó en favor de la amplia equidad popular, como era su deber, y también honró a las sensibilidades locales. Además, defendía los intereses de varios sectores, incluido el de los empresarios e inversionistas. Cárdenas se construyó como un líder nacional a medida que construía el Estado, trabajó lo local, regional y nacional, lo personal y lo sectorial. Él había aprendido cómo juntar fuerzas y cómo aislar a opositores.

Cárdenas contaba con ayudantes capaces, recursos y poder real unido entre sí para efectuar cambios. Sus colaboradores tenían más defensores que nunca, ellos tenían una base para su propaganda política. Cárdenas y sus colaboradores diseñaron un proyecto seminal único en la historia de la política mexicana. Una organización de masas estable, bien financiada y permanentemente organizada: el PRM (1938). Esta entidad consistió en sindicatos respaldados por trabajadores agrícolas relativamente bien organizados, los miembros organizados de sectores de cuello blanco y los oficiales militares también organizados. El partido también fue una plataforma ideológica. Cárdenas asumió el papel de controlador del proceso revolucionario, y en este sentido es significativo que se rehusara a firmar la legislación que otorgaba el sufragio a las mujeres, aunque ya había sido ratificado por el Congreso y

tenía el apoyo de los gobiernos de los estados. Además, cuando llegó el momento de nombrar sucesor, optó por un conservador patrocinado por el ejército, no un progresista social, a pesar de que un pariente de su candidato era ampliamente conocido por enriquecerse a expensas del erario público. Pero Cárdenas quería una transición estable mediante el aparato político que él había construido. Lograrla fue su mayor prioridad al término de su administración, e hizo muchas concesiones para este fin, incluso en sus negociaciones con Estados Unidos y en particular su elección de un sucesor al que éste no podría hacer caso omiso. Criticar negativamente las últimas elecciones que él presidió es hacer eco de sus críticos en el país y en el extranjero, y una forma de revocar la legitimidad de sus logros. De hecho, Cárdenas tuvo logros significativos: consolidó y fortaleció gradualmente el aparato central del Estado y confirió poderes a sus agencias más que a sus predecesores. Él otorgó legitimidad a un régimen continuo; proveyó las bases de un gobierno económicamente estable y puso las reglas del juego para que desarrollistas y otros grupos pudieran participar en la economía nacional.

Este cúmulo de cambios radicales puede resumirse así: 1) el empoderamiento del Estado expresado en un aparato dotado de una nueva constitución con premisas colectivas y prerrogativas individuales que claramente favorecían el bien público; 2) cambios de fondo en la tenencia de la tierra y sus relaciones; 3) el efectivo empoderamiento de los servicios industriales, manufactureras y comerciales, así como de los trabajadores y empleados del sector público; 4) el efectivo empoderamiento del Estado nacional por encima de los concesionarios y corporaciones extranjeros, incluidos los productores de materias primas, las entidades crediticias y banqueras, el comercio de importación/exportación y los negocios de distribución y ventas; 5) la nacionalización de las corporaciones petroleras norteamericanas y británicas mediante la negociación o cuasi negociación de convenios; 6) relaciones más equitativas entre el gobierno de Estados Unidos y el Ejecutivo federal mexicano; 7) una enorme mejoría en la asignación de recursos para la

educación y su mejor administración en todos los niveles, con un significativo mejoramiento de la provisión de servicios educativos en zonas rurales, incluidas importantes campañas nacionales de alfabetismo; 8) la revitalización de las artes basada en valores del bien colectivo y accesibilidad pública, junto con el surgimiento de un *ethos* artístico popular pro humanista que implicaba apoyar a los artistas y a la difusión de sus obras; 9) un partido dominante que operaba a escala nacional, ostensiblemente dentro de los lineamientos de una sucesión de programas populares; 10) el ostensible reconocimiento de las normas de una constitución con una estructura basada en la no reelección de los oficiales a nivel nacional, estatal y local; 11) el uso del poder del Estado y sus agencias para impulsar el desarrollo económico y una más amplia distribución de los bienes y servicios básicos; 12) relaciones sociales más fluidas y menos demarcadas, y 13) un aumento en el número de pequeños propietarios y de trabajadores semicalificados y calificados, con un incremento de empleados semiprofesionales y profesionales y de personas autoempleadas. Este conjunto de cambios se basaba, aparentemente, en positivos valores sociales colectivos y constituyó un acomodo político que, con el tiempo, cedería ante una renovación de índole conservadora, no progresista. En suma, en los años treinta, las fuerzas progresistas de México lograron cumplir parcialmente algunas de las aspiraciones relacionadas con el bien público que fueron expresadas en los años anteriores a los eventos de la crisis política de 1910-1911, reforzadas en 1914 y 1917, y luego repetidas en los años veinte. Además, la amenaza de una nueva y significativa insurrección armada se había disminuido. Por los cambios en armamento y el número de unidades militares efectivas, la probabilidad de que un levantamiento contra el Estado al estilo de las acciones armadas de 1911 y 1913 tuviera éxito era muy baja. Las agencias policíacas de uno y otro tipo también se expandieron. Por supuesto, los medios de comunicación disponibles constituyeron un importante activo para el gobierno y, aún más, para las élites que los administraban directamente y, junto con el gobierno, controlaban los medios de diversión popular. En

un giro novedoso, este control incluía a los expendios de bienes de consumo. Quizá se inició en la década de 1920 un programa social parcialmente revolucionario mandado por el Estado, pero fue hasta la década de 1930 y los años sucesivos que uno apoyado totalmente por las entidades federativas de la sociedad civil quedó plenamente activado; el verdadero empoderamiento del Estado.

Claro está que el ritmo de estos amplios avances socioeconómicos fue gradual en los años de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, al coincidir con el empoderamiento de los círculos empresariales, el atrincheramiento de una élite partidista, la burocratización de las agencias de política pública, la sucesión de élites gobernantes vinculadas con élites económicas estables, el control de los disidentes, el poder de los medios masivos de comunicación, y el control de las comunicaciones.<sup>41</sup> El Partido Revolucionario Institucional (PRI) con todos sus modos y prácticas fue, de hecho, la creación de los círculos de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) y Miguel Alemán Valdés (1946-1952) en las décadas de 1940 y 1950. Empero, el hecho es que como resultado de los cambios radicales anteriores a los años cuarenta, las décadas de 1940, 1950 y 1960 constituyeron un periodo de relativo crecimiento y estabilidad para la economía en general, que redondeaba en una mejor calidad de vida para muchos mexicanos. Siguió, aunque despacio, la redistribución de la tierra, las mujeres ganaron el derecho al voto y el principio de la no reelección produjo una rotación programada en los puestos de elección popular. En esa época, el tono de la retórica oficial se mantenía a la izquierda del centro, aunque las prácticas administrativas eran centristas.

Sean construidas o no las revoluciones, ciertamente experimentan transiciones. El interés en este proceso de transición es disparate, en el sentido de que los desenlaces de revolución son analizados más bien por científicos sociales convencionales y sólo en raras oca-

<sup>41</sup> Para evaluaciones críticas, dos antes del 2000 y otra después, véanse: Nora Hamilton, *The Limits of State Autonomy*; Heather Williams, *Social Movements: Markets and Distributive Conflict in Mexico*, y Jorge Cadena-Roa, “State Pacts, Elites and Social Movements in Mexico’s Transition to Democracy”, en Goldstone (ed.), *States, Parties and Social Movements*.

siones por teóricos de revolución dentro de las ciencias sociales. Las revoluciones que terminan abruptamente pueden examinarse en términos contundentes (asesinatos, golpes de Estado, intervenciones), pero las que cambian con el tiempo precisan de análisis más matizados que toman en cuenta cambios políticos, económicos, sociales y administrativos. Elucidaciones políticas parciales son sólo el principio de una explicación más amplia, sea que la conclusión llegue relativamente pronto o a más largo plazo. En ambos casos, las consecuencias de la revolución siguen sin examinarse. En primer lugar, esas consecuencias abarcan los cambios sociales que de manera importante facilitan cambios más allá de los procesos inicialmente impulsados por la revolución. En el caso mexicano, sí hubo una final, pero ha sido ofuscada porque por momentos la transición de la revolución no fue sólo velada, sino encubierta por figuras políticas que sostenían retóricamente que la revolución continuaba después de los años cuarenta. Es un dispositivo retórico, pero se ha escenificado de igual manera en varias sociedades.

Proponer la fecha aproximada de 1940 para el cierre de la RM tiene cierta claridad cronológica: marcó el final de un sexenio notable y abrió paso a otro muy contrastante en su retórica, estilo, prioridades e iniciativas. Las relaciones entre México y Estados Unidos se transmutaron en una alianza declarada con arreglos negociados y acordados sobre el trabajo y la defensa. El Ejército mexicano no se podía comportar como en el pasado dentro de esta asociación. Tampoco podemos subestimar los efectos convulsivos de los eventos y consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, que llevaron a la polarización de las relaciones internacionales en dos bloques, obligando al gobierno de México a alinearse con un bloque. Más puntualmente para el escenario mexicano, la transición hacia la posguerra puede ser demarcada por varias medidas: la reforma agraria era una realidad histórica para decenas de miles de residentes rurales; existían mecanismos, medios y avenidas para tratar algunas necesidades laborales respecto de representación, salarios, condiciones del trabajo y, al menos en principio, prestaciones; había un sistema educativo de varios niveles con una

amplia cobertura, ostensiblemente accesible a mucha gente; paulatinamente se atendía la equidad de la mujer; supuestamente se reconocía a los indígenas, tanto vivos como muertos, los últimos más que a los primeros, y el racismo —fuente de humor barato— fue condenado, al menos en la retórica. Más notablemente, el sector derecho del espectro político logró nivelar el campo de juego con su contraparte izquierda. La élite conservadora tenía recursos, redes y comunicaciones; es decir, las bases indispensables de una significativa influencia sectorial. Y la cúspide de la Iglesia católica no sólo mantenía sus recursos ideológicos, fondos y creyentes ciegamente fieles de siempre, sino adquirió un creciente número de seguidores pro activos de clase media y confirmó el firme apoyo de los obispos católicos en Estados Unidos.

En resumen, México cambiaba paulatinamente entre los albores del siglo XX y los años treinta, apuntando a lo que llegaría a ser a mediados del siglo y después. La Revolución se había convertido en historia que, desde luego, sigue su marcha por más que algunos deseen que se repita. La explicación de lo que ocurrió en la RM yace en el cambio social, internacional y doméstico. En el México del siglo XXI, a diferencia de Rusia, pocos negarían la realidad de la Revolución y, en contraste con China, donde una sociedad entera disimula que la revolución continúa, pocos la endosarían unilateral o completamente. Aparte, en México, en contraste con Francia, la gente no olvida la revolución, sino la recuerda. En el siglo XXI es posible juzgar que la Revolución Mexicana fue una transición hacia un futuro más exitoso que los movimientos revolucionarios de Medio Oriente, África y el sureste de Asia.

La Revolución Mexicana implicó cambios en las prácticas políticas, la retórica y los símbolos. Conforme se desenvolvía, la manera en que la gente pensaba de lo político cambió, en el sentido de que pocos creían que hacer política pudiera propiciar el cambio social y la plenitud de recursos económicos; no obstante, sí pensaban y a veces actuaban políticamente. Ahora la intención de movilizarse y la realización de manifestaciones se entretrejan con la creación e implementación de propaganda. Para los que parti-

cipaban en grupos y organizaciones, la politización se convirtió en un elemento regular de la vida cotidiana. La política se había vuelto personal. Las opciones políticas, las prácticas culturales y las representaciones artísticas implicaban o mejoraban una experiencia revolucionaria que estaba al alcance de la gente trabajadora, los profesionistas y los activistas persistentes. De hecho, ni la política ni las artes fueron instrumentos exclusivos de una clase, tampoco herramientas monopolizadas por una élite modernizadora. Hubo análogos de un sector consciente compuesto de individuos visibles e identificables dedicados a la política. Y todos estos elementos contribuyeron a cierta coherencia, aunque no necesariamente unidad. La política no era monolítica, las camarillas políticas y los que ocupaban puestos públicos eran accesibles y se cambiaban; por interés propio se hacían alcanzables a participantes potenciales o experimentados y dieron voz a demandas populares. Los actores políticos compartían la creencia de que la política era racional y operaba a varios niveles y de distintas maneras; entendían, en efecto, que era nacional. Igualmente importante, entendían que la política era limitada y a menudo amoral. Quizá el ideal que algunos mexicanos compartían era creer que la sociedad estaba regenerándose a través de medios entendibles y que a largo plazo el desarrollo nacional se acercaría al de los países desarrollados de tamaño mediano o, al menos, que México sería una de las naciones más desarrolladas de América Latina. Muy pocos creían que las diferencias de clase se disminuirían marcadamente o que se lograría una república democrática plenamente participativa, aunque algunos sí pensaban en la posibilidad de mejorar algunos de estos aspectos. Los mexicanos no se cambiarían de un momento a otro, pero sí estaban aprendiendo que debían cambiar y tolerar el cambio, tanto social como cultural. Se podría argumentar que existe una operativa tradición revolucionaria mexicana que ha subsumido a muchas acciones disidentes a través de las generaciones y que en la conciencia pública sanciona las acciones anti Estado o, en términos más modestos, que hay una tradición de disidencia y protesta popular dirigida en contra de las autoridades que es con-

tinua y regular —no sólo periódica— y que busca obtener beneficios populares. Los revolucionarios mexicanos de principios del siglo XX antecedieron a las visiones de Lenin y Mao sobre la organización, la disciplina y el partidismo, y abordaron un rico legado histórico mientras que estos dirigentes no lo hicieron así. Debe tomarse en cuenta tanto lo que la Revolución hizo como lo que no hizo en el contexto de análisis históricos que subsumen legados de *longue durée* de la colonización europea, de las conflictivas movilizaciones sociales de independencia y de las frustradas aspiraciones de lograr una gobernanza democrática entre las décadas de 1850 y 1870 —las de la Reforma y la República Restaurada— y, desde luego, de las constantes frustraciones experimentadas durante las fases iniciales de la Revolución en un mundo dominado por grandes potencias y de la realización de las continuas luchas por el cambio social progresista.

Conforme progresaba la experiencia revolucionaria, nunca hubo un gobierno marcadamente diferente ni un partido revolucionario exclusivo, ni una única organización popular ni inviolables textos dogmáticos. Mucha gente, sin embargo, levantaba como estandartes cívicos los ideales del republicanismo y las prácticas democráticas, y es probable que esto se haya incrementado entre las generaciones sucesivas. Se presentaron a los mexicanos de principios del siglo XX tres amplias opciones cívico-políticas: autoritarismo-modernización; igualitarismo comunal socialista-anarquista y capitalismo neonacionalista y democrático-republicano reformado. Estas opciones pueden identificarse en la retórica y los símbolos de las decisiones políticas. Al menos hasta 1940, muchos preferían esta última, como muestran las preferencias de la gobernanza política y las idealizaciones culturales. Pero esta opción no respondía a todas sus necesidades en sus circunstancias contemporáneas y tampoco a su deseo de una sociedad nacional más próspera e igualitaria en el futuro. Otras opciones eran ahora imaginables gracias, en parte, a que había ocurrido la Revolución Mexicana. La hilera de socialismo revolucionario democrático que hallamos entre algunos mexicanos data de la Revolución y el he-



cho que haya sido tolerada, a pesar de algunos amagues, refleja el derecho de articular y organizarse públicamente; un derecho garantizado por el recuerdo de los levantamientos armados de la Revolución. La gobernanza democrática republicana es difícil, en todos lugares y siempre. El proceso de revolución produjo la moderna sociedad mexicana, que evolucionó entre fallas y promesas hasta finales del siglo XX.

La Revolución Mexicana es un caso de confrontaciones internas armadas ocurridas en el siglo XX, con la reconstrucción del Estado, políticas impulsadas por el Estado y cambios sociales fomentados institucionalmente. Se inspiró e implicó esporádicas movilizaciones populares durante un periodo muy largo. Bajo criterios simplificados y yuxtaponiendo su perfil general con los de otras revoluciones emergen comparaciones y contrastes con los casos previos a la Segunda Guerra Mundial, por un lado, de Francia (década de 1780), Rusia (años de 1900) y China (años de 1920) y, por el otro, de Vietnam (1945), Cuba (1959) e Irán (1978) después de esa conflagración. Estos últimos tres presentan marcos cambiantes respecto de las condiciones económicas y mundiales a mediados del siglo XX que contrastan con las manifestaciones anteriores. El caso francés fue influido por su época, hacia finales del siglo XVIII. Respecto del primer grupo, condiciones y causas contextuales, así como precipitantes políticos relativamente inmediatos fueron importantes, pero en cada uno los procesos y desenlaces fueron más importantes que los precipitantes. En este sentido, todos fueron distintos. Guerras internacionales jugaron papeles cruciales en varios, pero no tanto en el caso mexicano. Por otra parte, México cargaba con una muy importante realidad internacional; no un elefante, sino una ballena, que implicaba agresiones políticas, económicas y militares. Cada una de esas revoluciones —de Rusia, China y México— también fue marcada por múltiples elementos sociales y grandes contingentes de participantes, con cambios y variaciones. En México y Francia, los actores fueron diversos, mientras que en relación a los sectores clasistas, a la larga resultaron más estrechos en las revoluciones de

Rusia y China; esto por la importancia de un grupo político dominante. Los casos francés y mexicano atestiguaron varios experimentos de gobernanza, mientras que en Rusia y China los varios acomodos iniciales y de corta duración de gobierno pronto cedieron ante un grupo organizado que tomó el control hegemónico bajo un solo liderazgo y organizó purgas desalmadas de sectores disidentes concurrentes y jugadores partidistas. En estos aspectos, México y Francia difirieron, con la excepción del acoso de algunos inconformes. Pero en Rusia, China, Irán, Vietnam y Cuba la persecución de los inconformes fue inexorable. Intervenciones armadas extranjeras ocurrieron en todos estos países. Fueron repelidos en Francia, Rusia, China, Irán, Vietnam y Cuba, pero sólo confrontadas en forma parcial en México, ya que allí el proceso revolucionario fue monitoreado por un Estado vecino mejor equipado al cual no se podía materialmente impugnar.

En todos esos países, la inercia del cambio revolucionario se amplió y se radicalizó hasta un punto para luego transformarse en algún momento al estallarse un conflicto internacional. Tanto los cambios mayores impulsados por programas políticos y económicos como los cambios espontáneos a nivel local siguieron a enfrentamientos políticos internos de un tipo u otro. El caso francés vio menos cambios que los otros, y los más drásticos tuvieron lugar en Rusia y China, donde por varias décadas se implantó la planeación y dirección del Estado, aunque a medida que pasa el tiempo los estudiosos identifican más continuidades. Hasta ahora, lo que abarca del 2014, la evolución económica de Irán, Vietnam y Cuba ha sido distinta a la de Rusia o China. En México, predominó una mezcla de arreglos económicos en que hubo inversión estatal en una economía con significativos sectores y aspectos en manos de particulares donde las fuerzas del mercado impulsaban la distribución, todo sostenido por obreros que laboraban en muy variadas condiciones y con salarios también muy variables. Cada país tenía un espectro de relaciones y compensaciones laborales, aunque todos predicaban la primacía del bienestar de los trabajadores. Rusia y China fracasaron en sus intentos de lograr un nivel sustentable de producción y de

relaciones de producción de índole socialista. De hecho, lejos de avanzar hacia esa supuesta meta, retrocedieron cada vez más. Todas las revoluciones sociales proclamaban la participación popular y pluralista de la ciudadanía en el gobierno, en todas se aumentó el número de participantes y todas reconocieron más amplios derechos para que los ciudadanos participaran en todos los niveles, en contraste con las condiciones que prevalecían anteriormente. Además, con la excepción de Francia, estas revoluciones engendraron partidos populares dominantes, aunque sólo la gobernanza mexicana permitió la existencia de otros partidos que pudieran llevar a cabo actividades públicas al lado del grupo dominante. Todas estas sociedades experimentaron significativos procesos de modernización en relación con las condiciones que existían antes de sus revoluciones y todos permitieron la libre circulación de información científica. Aparte, cada uno adujo contar con un programa ideológico apropiado y único conducente a sus metas revolucionarias, aunque con el tiempo todos experimentaron cambios ideológicos. Comparados con Rusia y China, Francia y México fueron relativamente abiertos a la libertad de expresión y en las artes. Con el tiempo, el tránsito de varias de estas revoluciones las apartó del proceso revolucionario, otras aún están por hacerlo. No se observa que la experiencia francesa o la mexicana hayan influido de manera significativa en las revoluciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial en Irán, Vietnam y Cuba, pero la de Rusia y China sí. Los cambios económicos, sociales y políticos que experimentó México durante y después de la guerra, aunados a las dramáticamente cambiantes condiciones internacionales reportadas a lo largo del siglo XX, significan que el proceso mexicano difícilmente puede equipararse al de Irán, Vietnam o Cuba, que fueron impactados fuertemente por los años de confrontación entre Estados Unidos y Unión Soviética.

#### CONCLUSIÓN

La mexicana fue la más temprana de las revoluciones sociales de gran alcance del siglo XX. Duró largo tiempo y tuvo un altísimo

costo material y de vidas humanas. Exhibió algunas similitudes con las revoluciones que vendrían después, aunque con muchas diferencias. Fue un proceso complejo y multifacético que involucró a diversos sectores, grupos, clases y líderes con una multiplicidad de objetivos. Claro está que agentes de Estados Unidos incidieron en sus orígenes, procesos y desenlaces, pero podemos preguntar, ¿hasta qué punto influyó su intervención en el proceso? La respuesta está condicionada; es decir, en cierta medida y en ciertas instancias, pero en general lo central fue aquello que ocurrió entre los mismos mexicanos. Las categorías de clase tienen utilidad informativa para entender el proceso de la RM, hablando no sólo de relaciones, sino también de intereses y movilizaciones, pero necesitamos entender que lo subjetivo, lo personal y lo local explican mejor las acciones que una perspectiva más bien macroestructural. Las tendencias internacionales de la primera mitad del siglo XX están claras, pero la Revolución Mexicana es única. Fue una experiencia nacional que surgió como consecuencia de la integración de los países latinoamericanos en la economía mundial, proceso del cual los casos de Puerto Rico y Cuba también son ejemplos. Estas dos sociedades no produjeron revoluciones en la primera mitad del siglo XX, más bien sus posibilidades de transitar hacia naciones soberanas se desvanecían. La soberanía potencial de Puerto Rico se debilitaba en la segunda mitad del siglo mientras que la autonomía real de Cuba floreció. Hubo expresiones de la regeneración nacionalista y anticolonial en América Latina en varias ocasiones, pero ninguna se integró en una amplia estética cultural o a un mandato amplio para regenerar la nación como ocurrió en la RM. Analíticamente es importante que la RM permita examinar las secuelas de una revolución a lo largo del siglo XX sin coloraciones marxistas.

Las tradiciones historiográficas pertinentes a los estudios de revolución implican dicotomías: lo específico *versus* lo general, lo estructural *versus* lo conductista, y testimoniales de las ciencias sociales *versus* los de las humanidades, los cuales benefician nuestro conocimiento. En una literatura amplia y rica, casi todas las

obras ofrecen interpretaciones que resaltan conflictos entre diferentes sectores del gobierno, pero pocas se esfuerzan por explicar los frustrantes procesos que conducen a lograr reformas modestas que benefician a grandes contingentes de personas y menos aún delinear plenamente las consecuencias culturales de la experiencia revolucionaria y del impacto de la presencia extranjera. En la historiografía, la Revolución Mexicana forma parte de la problemática analítica de elaborar una teoría mínima adecuada que abarque todas las revoluciones sociales del siglo XX. En el siglo XXI, los académicos no sólo están mejor ubicados para analizar los contenidos y elementos de revolución, sino que ocupan una mejor posición desde dónde evaluar los desenlaces y secuelas de revolución. Además, su abanico de aspectos y casos comparables se ha ampliado con los cambios políticos de fines del siglo XX y principios del XXI. Los numerosos estudios de las revoluciones permiten a los académicos analizar las revoluciones del siglo XXI, incluidas las que quizá constituyan resultados históricos de revoluciones del siglo pasado que en este momento son nuestro umbral analítico.



## BIBLIOGRAFÍA

- ACEVEDO, Esther (ed.), *El nacionalismo y el arte mexicano*, México, UNAM, 1986.
- AGUILAR CAMÍN, Héctor, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1985.
- (ed.), *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, México, Nueva Imagen, 1979.
- , *Subversiones silenciosas: Ensayos de historia política de México*, México, Nuevo Siglo, 1993.
- y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México, Cal y Arena, 1989.
- ALONSO, Ana María, *Thread of Blood: Colonialism, Revolution and Gender on Mexico's Northern Frontier*, Tucson, University of Arizona Press, 1995.
- ALONSO, Jorge, et al. (eds.), *El nuevo Estado mexicano*, 2 vols, México, CIESAS y Nueva Imagen, 1992.
- ANDERSON, Rodney, *Outcasts in their Own Land. Mexican Industrial Workers, 1906-1911*, DeKalb, Northern Illinois Press, 1976.
- ANGUIANO, Arturo, *El Estado y la política obrera del cardenismo*, México, ERA, 1975.
- ANKERSON, Dudley, *Agrarian Warlord Saturnino Cedillo and the Mexican Revolution in San Luis Potosí*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1984.

- ANREUS, Alejandro, *et al.* (eds.), *Mexican Muralism, A Critical History*, Berkeley, University of California Press, 2012.
- AUB, Max, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.
- AZUELA DE LA CUEVA, Alicia, *Arte y Poder: Renacimiento artístico y revolución social, México 1910-1945*, México, El Colegio de Michoacán y Fondo de Cultura Económica, 2005.
- BANTJES, Adrian, *As if Jesus Walked on Earth: Cardenismo, Sonora and the Mexican Revolution*, Wilmington, Scholarly Resources, 1998.
- BASAVE BENÍTEZ, Agustín, *México mestizo: Análisis del nacionalismo Mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- BALDWIN, Deborah, *Protestants and the Mexican Revolution: Missionaries, Ministers and Social Change*, Urbana, University of Illinois Press, 1990.
- BARTRA, Roger, "Peasants and Political Power in Mexico: A Theoretical Approach", en *Latin American Perspectives*, vol. 5, 1975.
- BARRERA BASSOLS, Jacinto, "Prólogo" en Ricardo Flores Magón, *Correspondencia*, México, CONACULTA, 2000.
- BECKER, Marjorie, *Setting the Virgin on Fire: Lázaro Cardenas, Michoacán Peasants and the Redemption of the Mexican Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1995.
- BEEZLEY, William H., *Insurgent Governor Abraham González and the Mexican Revolution in Chihuahua*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1973.
- , *et al.* (eds.) *Rituals of Resistance: Public Celebrations and Popular Culture in Mexico*, Wilmington, Scholarly Resources, 1994.
- y MacLachlan C. M., *Mexicans in Revolution, 1910-1946: An Introduction*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2009.
- BENJAMIN, Thomas, *La Revolución: Mexico's Great Revolution as Memory, Myth and History*, Austin, University of Texas Press, 2000.
- , *A Rich Land, A Poor People; Politics and Society in Modern Chiapas*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1989.
- y Mark Wasserman (eds.), *Provinces of the Revolution: Essays on Regional History, 1910-1929*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990.
- BLISS, Katherine E., *Compromised Positions: Prostitution, Public Health and Gender Politics in Revolutionary Mexico*, Pennsylvania State University Press, University Pk., 2001.

- BONFIL BATALLA, Guillermo, *México Profundo: Declaiming a Civilization*, Austin, University of Texas Press, 1996.
- BOYER, Christopher, *Becoming Campesino: Politics, Identity and Agrarian Struggle in Michoacan*, Stanford, Stanford University Press, 2003.
- BRADING, David (ed.), *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980.
- BRENER, Anita, *Idols, Behind Altars*, 1929.
- BROWN, Jonathan C., *Oil and Revolution in Mexico, 1890-1940*, Berkeley, University of California Press, 1993.
- BRUNK, Samuel, *Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1995.
- BRUSHWOOD, John S., *Narrative innovation and political change in Mexico*, Nueva York, Peter Lang, 1989.
- BUCHENAU, Jurgen, *Plutarco Elías Calles and the Mexican Revolution*, Lanham, MD, Rowman and Littlefield, 2007.
- BUFE, Chaz y Mitchell Cownen Verter (eds.), *Dreams of Freedom, A Ricardo Flores Magón Reader*, Canadá, AK Press, 2005.
- BUFFINGTON, Robert, *Forging the Fatherland: Criminal and Citizen in Modern México*, Tucson, University of Arizona, 1980.
- BUTLER, Mathew, *Popular Piety and Political Identity in Mexico's Cristero Rebellion: Michoacán, 1927-1929*, Oxford, Oxford University Press, 2004.
- BURKE, Michael E., "The University of Mexico and the Mexican Revolution", en *The Americas*, V. 34, octubre 1977.
- CAMP, Roderic A., *Generals in the Palacio: The Military in Modern Mexico*, Oxford, Oxford University Press, 1992.
- , *Intellectuals and the State in Twentieth Century Mexico*, Austin, University of Texas Press, 1985.
- CAMPBELL, Howard, et al. (eds.), *Zapotec Struggles: Histories, Politics and Representations from Juchitán to Oaxaca*, Washington D.C., Smithsonian Institute, 1993.
- CAMPBELL, Hugh G., *La derecha radical en México, 1929-1949*, traducción Pilar Martínez Negrete, México, SEPSetentas, 1976.
- CAMPA MENDOZA, Víctor, *La problemática de las etnias en México*, México, SCientyc Ediciones, 1985.
- CAREAGA, Gabriel, *Los intelectuales y la política en México*, México, Editorial Contemporáneos, 1974.



- CANO, Gabriela y Verena Radkau, *Ganando Espacios. Historias de vida: Guadalupe Zúñiga, Alura Flores y Josefina Vicens, 1920-1940*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1989.
- CHASSEN-LÓPEZ, Francie R., "Oaxaca: del Porfiriato a la Revolución, 1902-1911", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 51, núm. 2, Visiones de México (abril-junio, 1989), UNAM, 1986.
- COCKROFT, James D., *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913*, Austin, University of Texas Press, 1976.
- CHÁVEZ CARBAJAL, María Guadalupe (coord.), *El rostro colectivo de la nación mexicana, 1942-1992*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1997.
- CARDIEL REYES, Raúl, *et al.*, *Cultura Mexicana*, México, Seminario de Cultura Mexicana, 1992.
- CARR, Barry, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, México, SEPSetentas, 1976.
- , *Marxism and Communism in Twentieth-century Mexico*, Omaha, University of Nebraska Press, 1992.
- , *The State of Culture: Institutional Patrimony in Post Revolutionary Mexico*, Ph. D. dissertation, University of Illinois, Urbana, Champaign, 1999.
- CONTRERAS, Ariel José, *México 1940: industrialización y crisis política*, México, Siglo XXI Editores, 1977.
- CORDERA, Rolando y Carlos Tello, *México y la disputa por la nación: perspectivas y opciones del desarrollo*, México, Siglo XXI Editores, 1981.
- CÓRDOVA, Arnaldo, *La ideología de la revolución: La formación del nuevo régimen*, México, ERA, 1974.
- , *La formación del poder político en México*, México, ERA, 1972.
- , *La política de masas del Cardenismo*, México, ERA, 1974.
- CRAIG, Ann L., *The First Agraristas: An Oral History of a Mexican Agrarian Reform Movement*, Berkeley, University of California Pr., 1983.
- CUMBERLAND, Charles C., *The Mexican Revolution: The Constitutionalist Years*, Austin, University of Texas Press, 1972.
- CURIEL, Fernando, *La revuelta: interpretación del Ateneo de la Juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

- DALE-LLOYD, J., *Cinco ensayos sobre cultura material de rancheros y medieros del noroeste de Chihuahua, 1886-1910*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2001.
- DARNOVSKY, Marcy, *et al.*, *Cultural Politics and Social Movements*, Estados Unidos, Temple University Press, 1995.
- DAWSON, Alexander, *Indian and Nation in Revolutionary Mexico*, Tucson, Arizona University Press, 2004.
- DE GUZMÁN, Daniel, *Aesthetic Currents in Mexico Between 1910-1940, a Cultural Appraisal of the Revolution*, New Haven, Yale University Press, 1957.
- DE LA GARZA, Luis Alberto, *et al.* (eds.), *Evolución del Estado mexicano*, V. 1, México, Ediciones El Caballito, 1986.
- DE LA PEÑA, Guillermo, *Herederos de promesas: Agricultura, política y ritual en los altos de Morelos*, México, Centro de Investigaciones Superiores, INAH, 1980.
- DE MENDIZÁBAL, Miguel Othón, *et al.*, *Ensayos sobre las clases sociales en México*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1970.
- DELPAR, Helen, *The Enormous Vogue of Things Mexican: Cultural Relations between the United States and Mexico, 1920-1935*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1992.
- DESSAU, Adalbert, *La novela de la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- DÍAZ ARCINIEGA, Víctor, *Querrela por la cultura "Revolucionaria"*, (1925), México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- ESCOBAR OHMSTEDE, Arturo, *Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centro Americanos, n.d.
- ESPÍN DÍAZ, Jaime, *Tierra fría, tierra de conflictos en Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986.
- FABELA, Isidro, *Historia diplomática de la Revolución Mexicana*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1959.
- FALCÓN, Romana, *Revolución y caciquismo, San Luis Potosí, 1910-1938*, México, 1984.
- FLORESCANO, Enrique, *Etnia, Estado y nación: ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Aguilar, 1997.
- FOLGARAIT, Leonard, *Mural Painting and Social Revolution in Mexico, 1920-1940: Arts of the New Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

- FOWLER-SALAMINI, Heather y Mary Kay Vaughan, *Women of the Mexican Countryside, 1850-1990. Creating Spaces, Shaping Transitions*, Tucson, University of Arizona Press, 1994.
- FRENCH, William E., *A Peaceful Working People: Manners, Morals and Class Formation in Northern Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1996.
- FRIEDERICH, Paul, *Agrarian Revolt in a Mexican Village*, Chicago, University of Chicago Press, 1977.
- , *Princes of Naranja: An Essay in Anthrohistorical Method*, Austin, University of Texas Press, 1986.
- FRYE, David L., *Indians into Mexicans, History and Identity in a Mexican Town*, Austin, University of Texas Press, 1996.
- GARCIADIEGO, Javier, “El Estado moderno y la Revolución Mexicana, 1910-1920”, en Javier Garcíadiego, *et al.*, *Evolución del estado mexicano*, V. 2, México, Ediciones El Caballito, 1986.
- , *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México, 2000.
- GILLY, Adolfo, *El cardenismo, una utopía Mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.
- , *The Mexican Revolution*, Nueva York, The New Press, 2005.
- , *et al.*, *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, México, Nueva Imagen, 1983.
- GIUDOTTI-HERNÁNDEZ, Nicole, *Unspeakable Violence*, Durham, Duke University Press, 2011.
- Gledkill, John, *Casi nada: A Study of Agrarian Reform in the Homeland of Lázaro Cárdenas*, Albany, NYSU Institute of Meso American Studies, 1991.
- GÓMEZ CAMPOS, Rubí de María, *El sentido de sí: Un ensayo sobre el feminismo y la filosofía de la cultura en México*, México, Siglo XXI, 2004.
- GÓMEZ-QUINONES, Juan, *Porfirio Díaz, los intelectuales y la Revolución Mexicana*, México, Ediciones El Caballito, 1981.
- , *Sembradores. Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano: A Eulogy and Critique*, Los Ángeles, University of California, Chicano Studies Center, 1977.
- GONZÁLEZ, Michael J., *The Mexican Revolution, 1910-1940*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2002.

- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, *Historia de la Revolución Mexicana: periodo 1934-1940, Los días del presidente Cárdenas*, México, El Colegio de México, 1981.
- , *Independencia y Revolución*, selección y prólogo, Álvaro Ochoa Serrano, México, El Colegio de México, 2013.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, *Democracy in Mexico*, Nueva York, Oxford University Press, 1970.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Sergio, *Los bajos fondos: el antro, la bohemia y el café*, México, Cal y Arena, 1989.
- GUERRA, François-Xavier, *México del antiguo régimen a la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, Rosa, *Contemporáneos: la otra novela de la Revolución Mexicana*, Huelva, Universidad de Huelva, 1999.
- HABER, Stephen H., *Industry and Underdevelopment: The Industrialization of Mexico, 1890-1940*, Stanford, Stanford University Press, 1989.
- HALE, Charles A., *The Transformation of Liberalism in late 19<sup>th</sup> Century Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1989.
- HALL, Linda B., *Álvaro Obregón: Power and Revolution in Mexico, 1911 to 1920*, Texas A & M University Press, College Station, 1981.
- , *Oil, Banks and Politics: The United States and Post Revolutionary Mexico, 1917-1924*, Austin, University of Texas Press, 1995.
- HAMILTON, Nora, *The Limits of State Autonomy: Post Revolutionary Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1982.
- HANSEN, Roger D., *Mexican Economic Development. The Roots of Rapid Growth*, Washington D. C., National Planning Association, Studies in Development Progress, 1971.
- HART, John Mason, *Revolutionary Mexico: The Coming and Process of the Mexican Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1987.
- HENDERSON, Peter V. N., *Félix Díaz, the Porfirians and the Mexican Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1981.
- HENDERSON, Peter V. N., *In the Absence of Don Porfirio: Francisco León de la Barra and the Mexican Revolution*, Estados Unidos, Scholarly Resources Inc., 2000.
- HERSHFIELD, Joanne, *Imagining la Chica Moderna; Women, Nation and Visual Culture in Mexico, 1917-1936*, Durham, Duke University Press, 2008.

- HEINZELMAN, Kurt (ed.), *The Covarrubias Circle*, Austin, University of Texas Press, 2004.
- HODGES, Donald C., *Mexican Anarchism After the Revolution*, Austin, University of Texas Press, 1995.
- HOLDEN KELLY, Jane, *Yaqui Women: Contemporary Life Histories*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1998.
- HORNE, Gerald, *Black and Brown: African Americans and the Mexican Revolution, 1910-1920*, Nueva York, University Press, 2005.
- HUIZER, Gerrit, *La lucha campesina en México*, México, Centro de Investigaciones Agrarias, 1970.
- HURLBURT, Laurence P., *The Mexican Muralists in the United States*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1989.
- IANNI, Octavio, *El Estado capitalista en la época de Cárdenas*, México, ERA, 1977.
- JACOBS, Ian, *Ranchero Revolt: The Mexican Revolution in Guerrero*, Austin, University of Texas Press, 1982.
- JOSEPH, Gilbert M., et al. (eds.), *Fragments of a Golden Age in Mexico: Transnationalism and the Politics of Culture Since the Revolution*, Durham, Duke University Press, 2001.
- , *Revolution from Without: Yucatan, Mexico and the United States, 1880-1924*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.
- y Daniel Nugent (eds.), *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Mexico*, Durham, Duke University Press, 1994.
- KATZ, Friedrich, *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998.
- (ed.), *Riot, Rebellion and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1988.
- , *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*, Chicago, University of Chicago Press, 1981.
- KNIGHT, Alan, “Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana”, en *Memoria del Simposio de Historiografía Mexicanista*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1990.
- , “The Mexican Revolution: Bourgeois? Nationalist? Or just a Great Rebellion”, en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 4, núm. 2, 1985.

- , *The Mexican Revolution*, 2 vols., Lincoln, Nebraska University Press, 1986.
- KRAUZE, Enrique, *Mexico, Biography of Power, A History of Modern Mexico, 1810-1996*, Nueva York, Harper-Collins, 1997.
- , *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. México, SEP y Siglo XXI Editores, 1985.
- , *Historia de la Revolución Mexicana: periodo 1924-1928. La reconstrucción económica*, México, El Colegio de México, 1977.
- LAFRANCE, David, *Revolution in Mexico's Heartland: Politics, War and State Building in Puebla, 1913-1920*, Wilmington, Scholarly Resources, 2003.
- LAJOUS, Alejandra, *Orígenes del partido único en México*, México, UNAM, 1982.
- LEAL, Felipe, *La burguesía y el Estado mexicano*, México, El Caballito, 1972.
- LEAR, John, *Workers, Neighbors, and Citizens: The Revolution in Mexico City*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2001.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Independencia, Reforma, Revolución. ¿Los indios qué?*, México, CONACYT, 2011.
- LIEUWIN, Edwin, *Mexican Militarism: The Rise and Fall of the Revolutionary Army, 1910-1940*, University of New Mexico Press, 1968.
- LOMNITZ-ADLER, Claudio, *Exits from the Labyrinth: Culture and Ideology in the Mexican National Space*, Berkeley, University of California Press, 1992.
- LOMNITZ, Claudio, *The Return of Comrade Ricardo Flores Magón*, Nueva York, Zone Books, 2014.
- LÓPEZ, Rick A., *Crafting Mexico: Intellectuals, Artisans and the State after the Revolution*, Durham, Duke University Press, 2010.
- , "Lo más mexicano de México: Popular Arts, Indians and Urban Intellectuals in the Ethnicization of Post-revolutionary National Culture, 1920-1972", tesis doctoral, New Haven, Yale University, 2001.
- , "The India Bonita Contest of 1921 and the Ethnicization of Mexican National Culture", en *Hispanic, American Historical Review*, vol. 82, 2002.
- LOZOYA, Jorge Alberto, *El Ejército Mexicano, 1911-1965*, México, El Colegio de México, 1970.

- LAU JAIVEN, Ana y Carmen Ramos Escandón, *Mujeres y revolución 1900-1917*, México, INEHRM e INAH, 1993.
- MAGAÑA ESQUIVEL, Antonio, *La novela de la Revolución Mexicana*, 2 vols., México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos, 1964.
- MALLON, Florencia E., *Peasant and Nation: The Making of Post Colonial Mexico and Perú*, Berkeley, University of California Press, 1995.
- MANRIQUE, Jorge Alberto, *Arte y artistas mexicanos del siglo XX*, México, CONACULTA, 2000.
- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos, *El laboratorio de la Revolución: El Tabasco garridista*, México, Siglo XXI Editores, 1979.
- , *Los rebeldes vencidos: Cedillo contra el estado Cardenista*, México, UNAM y Fondo de Cultura Económica, 1990.
- MATUTE, Álvaro, *La Revolución Mexicana, actores, escenarios, acciones (vida cultural y política, 1901-1929)*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1993.
- MEDINA, Tzvi, *El minimato presidencial: historia política del maximato, 1928-1935*, México, ERA, 1981.
- , *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, 1972.
- MEDINA PEÑA, Luis, *Hacia el nuevo Estado, 1920-1935*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- MEJÍA BARQUERA, Fernando, *La industria de la radio y televisión y la política del Estado mexicano (1920-1960)*, México, Fundación Manuel Buendía, 1989.
- MEYER BARTH, Jean A., *La cristiada*, 3 vols., México, El Colegio de México, 1973-1974.
- , *The Cristero Rebellion: The Mexican People Between Church and State, 1926-1929*, Cambridge, University Press, 1980.
- , *El Sinarquismo, el cardenismo y la Iglesia (1937-1947)*, México, Tusquets, 2003.
- , *La révolution mexicaine*, París, Calman-Levy, 1970.
- MEYER COSSÍO, Lorenzo, *Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1928-1931*, México, El Colegio de México, 1971.
- , *Mexico and the United States in the Oil Controversy, 1917-1942*, Austin, University of Texas Press, 1972.

- , “El Estado mexicano contemporáneo”, en *Lecturas de Política Mexicana*, Centro de Estudios Internacionales México, El Colegio de México, 1977.
- , *Su Majestad Británica contra la Revolución, 1900-1920. El Fin de un imperio informal*, México, El Colegio de México, 1991.
- MEYER, Michael C., *Huerta: A Political Portrait*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972.
- MEYERS, William K., *Forge of Progress, Crucible of Revolt: The Origins of the Mexican Revolution in La Comarca Lagunera 1880-1911*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1994.
- MICHEL, Concha, *Dos antagonismos fundamentales*, México, Editorial de Izquierda, 1938.
- MIDDLEBROOK, Kevin J., *The Paradox of Revolution: Labor, the State and Authoritarianism in Mexico*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1995.
- MILLER, Marilyn Grace, *Rise and Fall of the Cosmic Race. The Cult of Mestizaje in Latin America*, Austin, University of Texas Press, 2004.
- MILLER, Nicola, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, Nueva York, Verso, 1999.
- MONROY HUITRÓN, Guadalupe, *Política educativa de la revolución, 1910-1940*, México, SEPSetentas, 1975.
- MONROY DE MARTÍ, María Isabel (ed.), *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 1991.
- MONTES DE OCA, Rosa Elena, “The State and the Peasants”, en J. L. Reyna y R.S. Weinart (eds.) en *Authoritarianism in Mexico*, Filadelfia, Institute for the Study of Human Issues, 1977.
- MORA, Manuel Aguilar, “Estado y revolución en el proceso mexicano”, en A. Gilly, *et al.*, *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, México, Nueva Imagen, 1983.
- MORENO, Julio, *Yankee Don't Go Home! Mexican Nationalism, American Business Culture and the Shaping of Modern Mexico, 1920-1940*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2003.
- NIBLO, Stephen R., *War, Diplomacy and Development: The United States and Mexico, 1938-1954*, Wilmington, Scholarly Resources, 1995.



- NIEMEYER, E. V., *Revolution at Queretaro: The Mexican Constitutional Convention of 1916-1917*, Austin, Institute of Latin American Studies, University of Texas Press, 1974.
- NOVO, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, CONACULTA e INAH (Memorias Mexicanas), 1964.
- NUGENT, Daniel (ed.), *Rural Revolt in Mexico: U. S. Intervention and the Domain of Subaltern Politics*, Durham, Duke University Press, 1998.
- , *Spent Cartridges of Revolution: Anthropological History of Namiquipa Chihuahua*, Chicago, University of Chicago, 1993.
- OCHOA SERRANO, Álvaro, *Los agraristas de Atacheo*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1989.
- (coord.), *Escritores y escritos de la Revolución*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2004.
- OLCOT, Jocelyn, *Revolutionary Women in Post-revolutionary Mexico*, Durham, Duke University Press, 2005.
- , “‘Take Off that Streetwalker’s Dress’: Concha Michel and the Cultural Politics of Gender in Post-revolutionary Mexico”, en *Journal of Women’s History*, vol. 21, núm. 3, 2009.
- , *et al.* (eds.), *Sex in Revolution: Politics and Power in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 2007.
- O’MALLEY, Ilene V., *The Myth of the Revolution and the Institutionalization of the Mexican State*, Nueva York, Greenwood Press, 1986.
- OROZCO, Mónica Irene, *Protestant Missionaries, Mexican Liberals, Nationalism and the Issue of Cultural Incorporation of Indigenous Peoples in Mexico, 1870-1900*, tesis doctoral Santa Bárbara, University of California, 1999.
- OROPESA, Salvador A., *The Contemporaneous Group: Rewriting Mexico in the Thirties and Forties*, Austin, University of Texas Press, 2003.
- PARÉ, Luisa, *El proletariado agrícola en México: campesinos sin tierra o proletarios agrícolas*, México, Siglo XXI Editores, 1977.
- PONIATOWSKA, Elena, *Las Soldaderas: Women of the Mexican Revolution*, El Paso, Cinco Punto Press, 2006.
- PORTER, Susie S., *Working Women in Mexico City: Public Discourses and Material Conditions, 1870-1931*, Tucson, University of Arizona Press, 2003.
- PURNELL, Jennie, *Popular Movements and State Formation in Revolutionary Mexico: The Agraristas and Cristeros of Michoacan*, Durham, Duke University Press, 1999.

- QUIRK, Robert E., *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1920-1929*, Bloomington, Indiana University Press, 1973.
- , *The Mexican Revolution, 1914-1915: The Convention of Aguascalientes*, Nueva York, New Citadel Pr., 1970.
- RAAT, Dirk W., *Revoltosos: Mexico's Rebels in the United States, 1903-1923*, College Station, Texas A&M Press, 1981.
- RABY, David, *Educación y revolución social*, México, SEPSetentas, 1974.
- RAMÍREZ, Mari Carmen, *The Ideology and Politics of the Mexican Mural Movement: 1920-1925*, tesis doctoral, University of Chicago, 1989.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen, *Género historia: la historiografía sobre la mujer*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1992.
- REICH, Peter Lester, *Mexico's Hidden Revolution: The Catholic Church in Law and Politics Since 1929*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1995.
- REYNA, Jose Luis, y Richard S. Weinert (eds.), *Authoritarianism in Mexico*, Filadelfia, Institute for the Study of Human Issues, 1977.
- REYNOLDS, Clark W., *La economía mexicana: Su estructura y crecimiento en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.
- RIVERA-GARZA, Cristina, *The Masters of the Streets: Bodies, Power and Modernity in Mexico, 1867-1930*, tesis doctoral, University of Houston, 1995.
- ROBLES, Martha, *Educación y sociedad en la historia de México*, México, Siglo XXI Editores, 1977.
- RICHMOND, Douglas W., *Venustiano Carranza's Nationalist Struggle, 1893-1920*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1983.
- RONFELT, David (ed.), *The Modern Mexican Military: A Reassessment*, UC San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies, 1984.
- RUBIN, Jeffrey W., "Decentering the Regime: Culture and Regional Politics in Mexico", en *Latin American Research Review*, vol. 31, núm. 3, 1996.
- , *Decentering the Regime: Ethnicity, Radicalism and Democracy in Juchitán, México*, Durham, Duke University Press, 1997.
- RUIZ, Ramón Eduardo, *The Great Rebellion: Mexico 1905-1924*, Nueva York, Norton, 1980.
- , *The People of Sonora and Yankee Capitalists*, Tucson, University of Arizona Press, 1988.

- , *Labor and the Ambivalent Revolutionaries, 1911-1923*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1976.
- RICHARD, Román, *Ideología y clase en la Revolución Mexicana: la Convención y el Congreso Constituyente*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976.
- SÁENZ, Aarón, *La política internacional de la Revolución: Estudios y documentos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- SANDERSON, Steven E., *Agrarian Populism and the Mexican State: The Struggle for Land in Sonora*, Berkeley, University of California Press, 1981.
- SANDOS, James A., *Rebellion in the Borderlands: Anarchism and the Plan de San Diego, 1904-1923*, Norman, University of Oklahoma Press, 1992.
- SARAGOZA, Alex M., *The Monterey Elite and the Mexican State, 1880-1940*, Austin, University of Texas Press, 1988.
- SCHAEFER, Claudia, *Textured Lives: Women, Art and Representation in Modern Mexico*, Tucson, University of Arizona Press, 1992.
- SCHAVELZON, Daniel (ed.), *La polémica del arte nacional en México, 1850-1910*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- SCHMIDT, Henry C., *The Roots of Lo Mexicano: Self and Society in Mexican Thought 1900-1934*, Texas A&M University Press, College Station, 1978.
- SCHNEIDER, Luis Mario, *El estridentismo: la vanguardia literaria en México*, México, UNAM, 1999.
- SCHULER, Friederich E., *Mexico Between Hitler and Roosevelt: Mexican Foreign Relations in the Age of Lázaro Cárdenas*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1998.
- SHERIDAN, Guillermo, *México en 1932: la polémica nacionalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- SEMO, Enrique, *Historia mexicana: economía y lucha de clases*, México, ERA, 1978.
- SMITH, Stephanie, *Gender and the Mexican Revolution: Yucatan Women and the Realities of Patriarchy*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2009.
- SEFCHOVICH, Sara, *México, país de ideas, país de novelas: una sociología de la literatura mexicana*, México, Grijalbo, 1987.

- SMITH, Peter H., "Elites, Revolution and Authoritarianism: Political Recruitment in Mexico, 1900-1971", en *Latin American Perspectives*, vol. 10, primavera de 1975.
- SOTO, Shirlene, *The Emergence of the Modern Mexican Woman: A Study of her Participation in the Revolution, 1910-1940*, Colorado, Arden Press, 1990.
- SPENSER, Daniela, *El triángulo imposible: México, Rusia soviética y Estados Unidos en los años veinte*, México, CIESAS, 1998.
- SKIRIUS, John, *Vanconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- SKOCPOL, Theda, *States and Social Revolution: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Nueva York, Cambridge University Press, 1979.
- STREEBY, Shelley, *Radical Sensations: World Movements, Violence and Visual Culture*, Estados Unidos, Duke University Press, 2013.
- TAIBO, Paco Ignacio, *Bolsheviks: Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México, 1919-1925*, Joaquín Mortiz, México, 1986.
- TANNENBAUM, Frank, *The Mexican Agrarian Revolution*, Nueva York, MacMillan, 1929.
- TAYLOR, Lawrence D., *La gran aventura en México: El papel de los voluntarios extranjeros en los ejércitos revolucionarios mexicanos 1910-1915*, 2 vols, México, CONACULTA, 1993.
- TENORIO-TRILLO, Mauricio, *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation*, Berkeley, University of California Press, 1996.
- TELLO, Carlos, *La tenencia de la tierra en México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1968.
- TINKER SALAS, Miguel, *In the Shadow of the Eagle: Sonora and the Transformation of the Border During the Porfiriato*, Berkeley, University of California Press, 1997.
- TOBLER, Hans Werner, *La Revolución Mexicana: Transformación social y cambio político, 1876-1940*, México, Alianza Editorial, 1994.
- TREJO, Evelia, *La historiografía del siglo XX en México, recuentros, perspectivas teóricas y reflexiones*, México, UNAM, 2010.
- TUÑÓN PABLOS, Esperanza, *Mujeres que se organizan: El Frente Único Pro Derechos de la Mujer, 1935-1938*, México, UNAM, 1992.

- TUTINO, John, *From Insurrection to Revolution in Mexico: Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1986.
- TURNER, Frederick C., *The Dynamic of Mexican Nationalism*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1968.
- VANDERWOOD, Paul, *The Power of God Against the Guns of Government*, Stanford, Stanford University Press, 1998.
- VAUGHN, Mary K., *Cultural Politics in Revolution: Teachers, Peasants and Schools in Mexico 1930-1940*, Tucson, University of Arizona Press, 1997.
- , *The State, Education and Social Class in Mexico, 1880-1928*, Tucson, Northern Illinois University Press, 1982.
- y Stephen E. Lewis, *The Eagle and the Serpent: Nation and Cultural Revolution in Mexico, 1920-1940*, Durham, Duke University Press, 2006.
- VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1975.
- WARMAN, Arturo, *We Come to Object: the Peasants of Morelos and the National State*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1980.
- , *...Y venimos a contradecir: Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1976.
- , *et al.*, *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1970.
- WASSERMAN, Mark A., *Capitalists, Caciques and Revolution: The Native Elite and Foreign Enterprise in Chihuahua, 1821-1911*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1984.
- , *Persistent Oligarches: Elites and Politics in Chihuahua Mexico 1910-1940*, Durham, Duke University Press, 1993.
- WEBER, Devra, “Keeping Community, Challenging Boundaries: Indigenous Migrants, Internationalist Workers and Mexican Revolutionaries 1900-1920”, en John Tutino (ed), *Mexico and Mexicans in the History and Culture of the United States*, Austin, University of Texas Press, 2012.
- WEINER, Richard, *Race, Nation and Market: Economic Changes in Porfirian Mexico*, Arizona, Arizona University Press, 2004.

- WELLS, Allen y Gilbert M. Joseph, *Summer of Discontent, Seasons of Upheaval: Elite Politics and Rural Insurgency in Yucatan 1876-1915*, Stanford, Stanford University Press, 1996.
- WHITE, Anthony, *Siqueiros*, California, Floricanto Press, 1990.
- WIDDIFIELD, Stacie G., *The Embodiment of the National in Late Nineteenth Century Mexican Painting*, Tucson, University of Arizona Press, 1996.
- WILKIE, James W., *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change Since 1910*, Berkeley, University of California Press, 1970.
- (ed.), *Revolution in Mexico, Years of Upheaval, 1910-1940*, Nueva York, Alfred H. Knopf, 1969.
- (ed.), *Society and Economy in Mexico*, Los Ángeles, UCLA Latin American Center Publications, University of California, 1990.
- WOLFSKILL, George y Douglas Richmond, *Essays on the Mexican Revolution: Revisionist Views of the Leaders*, Austin, University of Texas Press, 1979.
- WOMACK, John, *Zapata and the Mexican Revolution*, Nueva York, Vintage Books Edition, 1968.
- ZOLOV, Eric, et al. (eds.), *Representing Mexico: Transnationalism and the Politics of Culture Since the Revolution*, Durham, Duke University Press, 2000.
- ZAMORA, Emilio, *The World of the Mexican Worker in Texas*, Texas A&M Press, College Station, 1995.
- ZAVALA, Adriana, *Becoming Modern, Becoming Tradition: Women, Gender and Representation in Mexican Art*, State College, Penn State University Press, 2010.

## TEORÍA

- ANDERSON, Perry, *Lineages of the Absolutist State*, London, New Left Books, 1974.
- AYA, Rod, *Rethinking Revolutions and Collective Violence: Studies on Concept, Theory and Method*, Ámsterdam, Het Spinhuis, 1990.
- BARRÓN, Luis, *Carranza*, México, Tusquets, 2009.

- CARDOSO, Fernando Enrique y Enzo Faletto, *Dependency and Development in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1979.
- CALHOUN, Craig J., *The Question of Class Struggle*, Chicago, University of Chicago Press, 1982.
- COHAN, A.S., *Theories of Revolution: An Introduction*, Nueva York, Halstead Press, 1975.
- CORRIGAN, Philip, *Social Forms/Human Capacities*, Londres, Routledge Publisher, 1990.
- DRAPER, Hal, *Karl Marx' Theory of Revolution*, 2 vols, Nueva York, Monthly Review Press, 1978.
- DUNN, John, *Modern Revolutions: An Introduction to the Analysis of a Political Phenomena*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972.
- EISENSTADT, Shmuel N., *Revolution and the Transformation of Societies*, Nueva York, Free Press, 1978.
- ECKSTEIN, Harry (ed.), *Internal War*, Nueva York, Free Press, 1964.
- FORAN, John (ed.), *Theorizing Revolutions*, Nueva York, Routledge, 1997.
- FOUCAULT, Michel, "Society Must Be Defended", en *Lectures at the Collège de France, 1975-1976*, Nueva York, Picador, 2003.
- , *Discipline and Punish*, Penguin Publishers, Harmondsworth, Eng.







TEORIZANDO SOBRE  
LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO  
Se terminó de imprimir en la Ciudad de México en junio de 2015  
en los talleres de Agys Alevín, S.C., Retorno Amores No. 14,  
Col. del Valle, México 03100, D.F.  
Su tiraje consta de 1 000 ejemplares.

En la abundante historiografía que existe sobre la Revolución Mexicana, son pocos los intentos de su teorización. El doctor Juan Gómez-Quiñones, con base en las diversas interpretaciones que se han hecho sobre los procesos revolucionarios, hace un análisis teórico y metodológico sobre las revoluciones sociales en general y sobre el movimiento mexicano en particular. Su objetivo es “contribuir a explicar el multifacético fenómeno histórico de revolución social” y dilucidar cuestiones que considera pendientes.

El Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) se congratula en publicar esta obra valiosa para los estudiosos de la revolución que forjó al México del siglo xx.

PATRICIA GALEANA

Teorizando sobre la Revolución Mexicana

